

Sofía en Londres



STEFFY GEA

Sofía en Londres

Steffy Gea

Sofia en Londres

©2017, Steffy Gea

Instagram: [@sofiaenlondres](https://www.instagram.com/sofiaenlondres)

Facebook: [Steffy Gea](https://www.facebook.com/SteffyGea)

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros

métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Steffy Gea

Amante de la lectura y las series cuando su pequeño tesoro se lo permite.

Gran seguidora del motociclismo.

Desconecta del mundo cuando escribe,
imaginar le hace soñar.

No ha terminado una cosa,
que ya ha empezado otra.

Inquieta y creativa.

Su lugar favorito está en Calafell.



Contenido

[Prólogo](#)

[Cómo me convertí en quien soy](#)

[¡Aquí empieza el cambio!](#)

[La cena](#)

[Primer despertar en Londres](#)

[La primera noche de fiesta](#)

[Día de resaca](#)

[De ruta con Matilda](#)

[Primeras dudas](#)

[Primera cita con Oliver](#)

[Una sensación agridulce](#)

[Disculpa](#)

[Toca pensar](#)

[Horas antes](#)

[Veinticuatro horas en Barcelona](#)

[La entrevista](#)

[Con Oliver](#)

[Camino al aeropuerto](#)

[De vuelta a Londres](#)

[El día siguiente](#)

[Primer intento](#)

[En su casa](#)

[Con Mamá](#)

[Oliver está de vuelta](#)

[De compras](#)

[Un día de playa curioso](#)

[Confesión a Mark](#)

[Tic-tac, treinta](#)

[Mi cumpleaños](#)

[Fiesta del treinta](#)

[cumpleaños](#)

[Fin de fiesta](#)

[Penúltima semana en Londres](#)

[La carta](#)

[Último fin de semana](#)

[Carta para Oliver](#)

[Carta para Mark](#)

[Últimos tres días](#)

[Mudanza y despedida](#)

[Último día](#)

[Viaje de vuelta](#)

[Mi hermano](#)

[En casa](#)

[¿Buenos días?](#)

[Primer día de trabajo](#)

[Te echo de menos](#)

[Martes](#)

[Halloween](#)

[Comida sorpresa](#)

[La boda](#)

[Enlace de Matilda y George](#)

[Un mes después](#)

[Mamá, Matilda, Papá y Oliver](#)

[Ámsterdam](#)

[Primer día de formación](#)

[En Londres, ¡sorpresa!](#)

[Mark](#)

[Confesiones](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Muchas historias ya contadas empiezan en una edad en la que el protagonista ya es consciente. La mía no: voy a empezar a contaros mi historia desde el principio, cuando no entendía qué pasaba, cuando empezaba a descubrir objetos, colores, formas... a descubrir mi entorno, a descubrirlo todo. Me refiero a juguetes, muñecas, a experimentar con mis compañeros de guardería... un sinfín de novedades para mi edad. Aprendía repitiendo lo que veía a mi alrededor... cuando me quedaba sin espacio en la pizarra y seguía en la pared... este era mi único objetivo en días malos, cuando llegaban las rabietas interminables sin un motivo de peso, en los días de lluvia, era capaz de ver tres veces seguidas la misma película de dibujos. Imaginad lo poco consciente que era: tenía unos dos años aproximadamente cuando mi mundo era perfecto, era feliz... Lo tenía todo, mis padres estaban casados, vivíamos en un piso bastante grande, tres habitaciones muy amplias, con mucha luz, cada una pintada con un color diferente; la mía, como no podía ser de otra manera, era de princesa, rosa, con un armario repleto de ropa, tanta que no daba tiempo a ponérmela antes de que cambiara de talla. La habitación de jugar era amarilla clarito, llena de juguetes, muñecas, cuentos, había tantas cosas que aburrirse era casi imposible, aunque cuanto más tienes menos sabes qué hacer. La habitación de mis padres era morada, con un armario gigante, todo de espejo, y una cómoda dorada preciosa. Dos baños: el pequeño, que solían utilizar los invitados, de color azul clarito, y el grande, para uso nuestro, bastante más grande y de color arena, con bañera de hidromasaje, que nunca se utilizó. Del salón recuerdo una decoración muy viva, un tanto rústico moderno, un reloj enorme en la pared con el fondo de una playa

paradisíaca. No había muchas figuras, lo que había eran muchas fotos nuestras, aunque, la verdad, solo recuerdo una en la que aparecíamos mis padres y yo con unos amigos suyos y su hijo, algo mayor que yo. A día de hoy sigo teniéndolo todo, pero de otra manera, las cosas cambiaron de la noche a la mañana —ahora os contaré esos cambios—, claro que solo era una niña con una única preocupación: disfrutar y jugar.

Os invito a vivir conmigo el viaje de mi vida, mi cambio de niña a mujer.

Cómo me convertí en quien soy

En este momento tengo tres años, acabo de empezar el colegio y mi nombre es Sofía.

La situación familiar ha cambiado, mis padres se divorciaron cuando tenía poco más de dos años. Actualmente mi padre ya tiene pareja y Mamá no, tampoco vive en Barcelona: es todo un poco complicado, o eso parece. Eso parece, lo digo porque aún no sé qué es lo normal en temas amorosos y demás temas de adultos, pero poco a poco os iré explicando todos estos cambios. Os aseguro que hasta día de hoy todo ha sido una aventura llena de sorpresas.

Mi padre se llama Martín, tiene 58 años y vive en Barcelona con su actual pareja y conmigo. Trabaja como funcionario.

Mi madre —¡ay! mi madre— se llama Cintia, vive en Londres, trabaja en una floristería y no tiene pareja y allí, en Londres, es, desde luego, donde viviré los mejores momentos de mi vida, y no viajaré sola.

He sido una niña buena —comía y como bien—, desde que nací he dormido toda la noche y sigo haciéndolo, ya matizaremos esto.

Un salto en el tiempo: tengo 29 años, en breve llegan los 30, no lo llevo muy bien, que digamos, pero bueno, mejor poder cumplirlos y contarlos. Los cambios de década afectan a todo el mundo.

Físicamente no me puedo quejar, como casi de todo, y oye, no estoy nada mal: soy de pelo castaño, más bien clarito, y mis ojos, como decía mi maestra, son el mar paraíso: una mezcla de azul, blanco y verde —parece que estuviera describiendo el arco iris, aunque no es del todo incierto—, es como la segunda equipación del F.C. Barcelona (2016-2017): turquesa.

Tengo carácter fuerte, siempre han dicho que soy muy lista y creativa, pero bueno, ya os he dicho suficiente sobre mí, ya juzgaréis vosotros según me vayáis conociendo.

Volvamos atrás. De los tres a los seis fueron años de cambios: empecé el colegio, nuevos amigos, cambios familiares... no os puedo contar mucho más porque se supone que mi memoria no alcanza a almacenar esa edad, aunque tenga algunos recuerdos sueltos. A partir de los seis años empezaron las responsabilidades, para mí, importantes: deberes, primeros exámenes, nuevas normas, supongo que lo normal para esa edad, o eso me querían inculcar. No sé tú, pero yo pase por mil normas, mil castigos... lo habitual, aunque me hubiera gustado, siendo ahora consciente, haber tenido algo menos de presión y más comprensión. Hay a quien le gusta seguir consejos y quien cree en sus propios criterios, sea como fuere, fui cumpliendo con los objetivos. Sacaba buenas notas, me costaba un poco ponerme porque me distraía una mosca, pero los resultados fueron positivos. He tenido y tengo gente muy importante a mi lado, que siempre me han ayudado. Luego os hablo de alguien especial, qué digo especial, alguien imprescindible en mi vida, si quisiera nombrarlo sería mi diario de abordo, mi pequeño refugio.

No hubo cambios hasta la adolescencia, en la que, aunque todo siguió igual, yo empezaba a cambiar como persona, lógicamente ya no era una niña: empezaba a interesarme por otras cosas, mi carácter empezaba a moldearse aún más, seguía estudiando, me saqué mi graduado con matrícula, cumplí la mayoría de edad, obtuve el carnet de conducir... Hago un resumen rápido porque no pasó nada emocionante en mi vida, nada destacable, y no quiero aburrirlos.

Los siguientes años fueron un poco más intensos: me saqué la carrera de veterinaria, empezamos a conocer el mundo de la noche, entrar, salir, chicos —ninguno especial, era muy tímida y, aunque sé que os interesa, mi primera vez, como la de muchas, no merece la pena ni recordarla, un desastre total,

una noche algo contenta un chico guapo en casa de una amiga...—, nada fuera de lo corriente para nuestra edad, algún trabajo eventual y poco más.

Pero era el momento de un cambio, sin darme apenas cuenta ya estaba en los 29, en breve cumpliría 30, y eso, como os he contado antes, bien, bien no lo llevaba, me faltaba algo: tenía que hacer un cambio, un trabajo estable, un amor en mi vida... y así empezó todo.

Esta situación me llevó a tener que tomar una decisión: ¿Qué hacía ahora? ¿Quién quería ser? ¿Cómo quería encauzar mi vida?

Ese verano, mi amiga Matilda y yo pasamos las vacaciones en Londres con mi madre. Solía ir cada verano, pero ninguno había sido como sería este.

¿Encontré las respuestas a mis preguntas? La respuesta es sí.

Todas las emociones que no había experimentado hasta el momento se iban a convertir en mí día a día porque, acabado el verano, la historia continuaría.

¡Aquí empieza el cambio!

21 de junio, Matilda y yo estamos en la cola de embarque para coger el vuelo a Londres. Debería haber salido a las 9.30 de la mañana, pero parece que vamos a salir con algo de retraso. Le mando un wasap a mi madre informándola para que no esté más de la cuenta esperando en el aeropuerto: la conozco y debe de estar tan ansiosa por que llegemos que seguro que ya está allí.

«Mamá, vamos con retraso, cuando ya estemos embarcadas, te aviso, un beso, horas para abrazarte».

«Muy bien, Sofía, que tengáis buen vuelo, ansiosa por veros».

Después de media hora, por fin, empieza a moverse la cola, vamos entrando poco a poco. Como siempre, nos sentamos en las primeras filas para poder salir después escopetadas a por las maletas y evitar la avalancha. «Mamá, ya estamos dentro, nos vemos en breve, besos».

«Aquí os espero, ¡buen viaje!»

Después de una hora y media, más o menos, por fin llegamos. Qué ganas teníamos de empezar las vacaciones, más que merecidas. El vuelo ha sido tranquilo, sin turbulencias, y el cielo despejado, por lo que hemos podido disfrutar de las maravillosas vistas.

—¿Estás bien, Mati? —le pregunto.

—Sí, esta vez ha ido bien el aterrizaje.

Matilda no lleva muy bien los viajes en avión, suele llegar bastante pálida, pero parece que esta vez lo ha llevado mejor, han debido de influir las ganas locas de vacaciones.

Ya veo a Mamá a lo lejos, con los ojos empañados, emocionada, como siempre, nos abrazamos, son muchos meses sin vernos, desde semana santa, y solo pude estar tres días con ella. Por aquellos meses estaba trabajando como auxiliar en una clínica veterinaria, era una suplencia, pero me ayudó a ganar experiencia.

Abraza a Matilda, a la que quiere como si fuera hija suya, porque somos uña y carne y mis aventuras siempre, siempre, son con ella, así que lo sabe casi todo de ella. Sí, casi todo, igual que de mí: hay cosas que quedan entre amigas. Matilda tiene la misma edad que yo, nos separan pocos meses, ella los cumple el uno de diciembre y yo el uno de septiembre. Vive a pocas calles de mi casa en Barcelona y siempre hemos ido juntas al colegio y al instituto. A la universidad no fuimos juntas: ella hizo Biología y yo Veterinaria, adoro a los animales y me considero una defensora de ellos, hago lo que puedo cuando puedo, de hecho, prácticamente toda mi familia tiene o ha tenido un animal.

Ella es más atrevida que yo, cambia de color de pelo en cada estación del año, por lo que me arriesgaría a decir que su color natural es ¿castaño oscuro? Físicamente somos muy parecidas, así que podemos compartir la ropa, yo soy más de vaqueros y ella de vestiditos, aunque siempre algún trapito cambia de armario.

Como amiga es incomparable, nos compenetramos muy bien y siempre está cuando la necesito, es generosa, cariñosa y muy alocada.

Así que este verano juntas y en Londres promete.

Mi madre vive en el centro, en una casita monísima, es pequeña, pero muy acogedora, de estilo rústico, pero moderno, me encanta, la mayoría de las cosas las ha hecho ella misma, es muy creativa y siempre está inventando o cambiando algo, creo que eso lo he heredado de ella, a mí también me gustan mucho las manualidades. Nos encantan las rosas blancas, tienen un significado especial para mí y, como Londres es una ciudad gris, mi madre ha

querido darle más luz a su casa y nunca faltan las rosas blancas en cajitas de madera que habían sido usadas para transportar fruta, remodeladas por ella y con un resultado muy original.

La casa tiene dos plantas, tres habitaciones, una cocina abierta al salón y dos baños y no nos olvidemos de la mini terracita estupenda que queda medio escondida por los edificios que la rodean. Un lugar sensacional para no pensar, para crear, para relajarse, para olvidar...

Durante estas vacaciones, mi madre nos dejará la planta de arriba para nosotras, ella dormirá abajo, ya sabe que no vamos a parar y así no la molestaremos, ella trabaja, hasta el 16 de agosto no coge unos días de vacaciones. No tenemos pensado descansar mucho, pero si desconectar.

¡Por fin, llegamos a casa de Mamá!

Deshacemos las maletas y colocamos todo lo mejor posible, van a ser muchos días, así que tacones van vestidos vienen.

El siguiente paso es comer, entre el retraso del vuelo, el trayecto desde el aeropuerto de Gatwick a casa y que aquí es una hora menos, estamos hambrientas.

Como era de esperar, mi madre nos había preparado de todo, comida de aquí, de allí y demás, vamos, que ya tenemos *tuppers* para toda la semana. Mejor, así tenemos qué saquear cuando lleguemos de madrugada, de haber salido de fiesta, que te entra ese hambre inexplicable, como si no hubiese un mañana o llevaras días sin comer.

Ahora toca descansar, aquí no se estila, pero la siesta es la siesta y más si esta noche queremos salir a cenar por aquí.

Ya son las seis de la tarde, la siesta me ha sentado de lujo, qué ganas tenía de estar aquí... Aquí se cena antes, así que empezamos a ponernos monas para salir a ver Londres con mamá y ya cenaremos algo al lado de los almacenes Harrods. Recuerdo que hay un mini bar donde hacen las mejores hamburguesas con cebolla y queso que he comido nunca, cada vez que vengo

a visitar a Mamá vamos allí. Y si no recuerdo mal, allí trabaja Oliver, un chico que he ido viendo siempre que iba, guapísimo, de mi edad, pelo castaño, ojos verdes, alto, un tanto musculoso, lo justo para que sea un cuerpo perfecto, Oliver, Oliver, Oliver...

La cena

Después de unas vueltecitas y de disfrutar de esa fantástica ciudad, llegamos al mini bar y, como no podía ser de otra manera, se llamaba Hamburger by Spain, sí, tal cual, «Hamburguesas españolas» y, cómo no, las mejores del mundo, qué voy a decir yo.

El dueño ya conoce a mi madre, no sé si solo de ir a comer o han coincidido en otras ocasiones, prefiero dejarlo en que se conocen de ir a comer. Nos sientan donde siempre, debajo de una pequeña escalera de caracol de hierro, un rincón muy acogedor con una pequeña ventana donde se ven los grandes almacenes iluminados, una zona más íntima, con candelabros de luz tenue en las paredes y un aroma que no sabría describir: ese sitio es mágico, a pesar de ser una hamburguesería.

Peter, que así se llama el dueño, rápidamente hace venir a Oliver.

—Oliver, ¡mira quién ha venido a visitarnos! Es Sofía y sigue tan guapa como la recordábamos.

Mis colores empezaron a encenderse y mi cara, con el colorete que llevaba puesto, parecía que podía iluminar la sala, ¡qué vergüenza!

Oliver sale de la cocina, está tal y como lo recordaba, ¡qué guapo es!

—Hola, Sofía. Cuánto tiempo sin verte, ya nos había dicho tu madre que vendrías a pasar el verano.

—Hola, Oliver. Estás igual que siempre. Sí, me quedaré hasta septiembre, después, ya veremos.

—Me alegra tenerte por aquí —dice Oliver—, espero que podamos vernos mientras estés por aquí, ¿sigues teniendo mi teléfono? —pregunta.

—Mmm, sí, sí lo tengo, vale, ya hablamos. Nos vendrá bien alguien que nos enseñe locales chulos por aquí, donde poder salir a bailar y tomar unas copas.

—Muy bien, Sofía, pues espero tu llamada, vuelvo a la cocina.

—Sí, vale, hasta luego.

En ese momento me sentía tonta, ni siquiera recordaba qué le había contestado, ¿tenía su número y nunca habíamos hablado? En ese momento estaba nerviosa, mi madre y Matilda no tardaron ni un segundo en darse cuenta de la situación y no paraban de reírse de mí, pero ya me vengaré, ya. Era evidente la tensión que se había creado, pero no quería pensar más en el tema porque mi estómago no me iba a dejar disfrutar de esas maravillosas hamburguesas cargadas de cebolla, queso, una salsa que solo ellos saben hacer y la yema de huevo que cae por los dedos y te deja hipnotizada. Qué rico.

Después de esta fantástica cena, y por ser el primer día, decidimos quedarnos en casa, para ponernos al día con Mamá de todos estos meses y de los planes a partir de ahora. Seguro que ella nos da algún consejo mágico para ver cómo encauzar todo.

Subimos a la terraza y saca una botellita de mora con poco alcohol, son los mejores licores que he probado, tanto es así que nos dieron las tres de la mañana y en la botella no quedaba ni una gota. Era hora de dormir, mañana nos esperaba otro gran día para disfrutar.

Primer despertar en Londres

¡Uy! son las 10 de la mañana, qué tarde, pues sí que he dormido; en realidad han sido siete horas, pero con lo cansada que acabé ayer del viaje y demás es normal que me den las mil. Tengo varios wasap que leeré más tarde, ahora necesito desayunar algo, Mamá y Matilda ya están desayunando.

—Buenos días, Bella Durmiente ¿has descansado bien, hija?

—*Bon día*, Mamá, Matilda. He dormido muy bien, pero si no fuera por las horas que son y las tripas que rugen me quedaría un ratito más en la cama.

La verdad es que echaba de menos despertar aquí, se respira un ambiente diferente y, aunque no hemos escogido como destino un hotelazo con piscina y en primera línea del mar, siento que es aquí donde me apetece estar: este sitio me da buenas vibraciones y me ayuda a desconectar.

Ya estamos listas para ponernos en marcha, quiero llevar a Matilda al museo de cera, no recuerdo si el bus era el 14 o el 24 o quizás sea otro, en fin, probaremos suerte. Mientras transcurren los 20 minutos que tenemos de trayecto, compruebo los mensajes, y no falla: Papá ya está controlando, quiere conocer todos los detalles de cada uno de los movimientos que hago, lo tranquilizo, le digo que todo está bien, que estamos de ruta y que esté tranquilo, que el verano pasa rápido y pronto estaré de vuelta.

Vaya, tengo un mensaje de Oliver, de esta mañana a las 8, pues sí que es madrugador; se ofrece para acompañarnos a ver la ciudad... tarde, ya hemos salido y no sé por qué me he puesto tan nerviosa, esto no me había pasado antes con él, ¿le contesto? ¿Y qué le pongo? No sé qué decirle ¡ay!, dios qué me pasa.

«Buenos días, Oliver, acabo de leer el mensaje, estamos de camino al museo de cera, si quieres esta noche puedes llevarnos a algún local a tomar unas copas y bailotear un poco. O si se te ocurre otro plan estaremos encantadas. ¡Un saludo!»

Se lo cuento a Matilda que enseguida empieza a sonreír.

—Ya vi la otra noche la conexión que había entre vosotros, pero no recuerdo que tuvieras interés en él —dice Matilda.

—Ni yo Matilda, ni yo.

Llegamos al museo, lo que significa que el bus era el correcto, la verdad es que ahora mismo estoy más pendiente del móvil que de otra cosa. Consigo desconectar durante el recorrido, Matilda tiene ese don: hacer que cada minuto sea único, y ha sido imposible reírnos más con algunos personajes, la verdad es que ha sido muy divertido y el resultado de las fotos son para morir de la risa.

Hacemos algo que teníamos en nuestra lista de deseos para este viaje, que es comprar comida en los puestecitos que te encuentras por la calle y comer en algún parque sentadas y disfrutando del paisaje, y así lo hacemos, Frankfurt, patatas *chip* y extra de kétchup.

Reviso el móvil: qué casualidad, hoy Oliver tiene el día libre y se ofrece a llevarnos a pasar un buen rato a una discoteca cercana y de las más conocidas del lugar. Lógicamente aceptamos, teníamos ganas de salir por Londres, las fiestas aquí son distintas a las de casa, no tienen tanta marcha, pero no están mal.

Son las cinco de la tarde y decidimos volver a casa, aquí cenan más temprano y Oliver me ha dicho que nos recogerá sobre las diez, así que es hora de volver, descansar, cenar y arreglarnos. Ahora me entra el pánico: qué me iba a poner, Oliver venía a buscarnos y quería impresionarlo, pero qué digo, otra vez pensando en él y de qué forma: no, Sofía, no. No te metas en historias, es un viaje temporal y luego tienes que volver a casa, ¿y qué?

¿Dónde queda todo? No, no, no, no, me dije a mí misma. Acabamos de cenar y, como era de esperar, estaba tan nerviosa que me sienta fatal la comida. Ya son cerca de las nueve, es momento de empezar a arreglarnos, conociéndonos, puede darnos las diez y no estar listas, y no empezariamos con buen pie. Matilda es rápida, ya tiene en mente qué ponerse, tejjano oscuro ajustado, una camisa de seda roja y no podían faltar sus famosos tacones rojos. Estaba segura de que esta noche iba a dejar con la boca abierta a más de un londinense.

Era mi turno, abro el armario y, como era habitual en mí, no sabía qué ponerme y esta noche, menos que ninguna. ¡¡Matilda!! La llamo a voces para que me oiga desde el baño, ¡necesito tu ayuda! Poco le costó escoger modelito:

—Te vas a poner este fantástico vestido, que te queda de lujo, con los tacones fucsia Esta noche se te tiene que ver.

—Gracias, Matilda, una vez más me salvas la vida.

Ya está, Matilda me ha dado la solución en cinco segundos, y sí, me gusta, el vestido es negro, ajustado hasta la rodilla y con la espalda al descubierto, bastante sexy y poco provocativo, con una pequeña transparencia a la altura del pecho, con los tacones fucsia es un contraste que puede funcionar. Ahora toca peinarse y maquillarse. Poca cosa de potingue, como siempre algo de base, colorete, la raya del ojo, rímel *waterproof* y, en este caso, los labios fucsia, el pelo algo ondulado, y lista. Me gusta el resultado. Aunque si me viera mi prima, ya me estaría dando lecciones de maquillaje.

Las diez menos diez y ya estamos listas, parece imposible, pero esta vez vamos a ser puntuales.

Oliver está a punto de llegar y estoy como un flan, los tacones se mueven solos y es que no consigo quedarme quieta. Matilda y Mamá me tranquilizan y me aconsejan que me deje llevar, que no piense en septiembre, que disfrute, que hay cosas que no se vuelven a repetir.

La primera noche de fiesta

¡Ya está aquí!, oigo el coche en la puerta.

—Pasadlo bien y tened cuidado —nos dice Mamá.

—Sí, Mamá, hasta luego.

Bajamos los tres escalones que tiene la casa, me sujeto bien a la barandilla, no quedaría muy bien ahora un traspie o sí: vendría corriendo a socorrerme, me cogería en sus fuertes brazos... —¡Vuelve, Sofía!, que aún nos caemos las dos —dice Matilda.

—Sí, sí, perdona. Había dejado correr mi imaginación —pienso para mí.

Oliver nos abre la puerta del coche para que entremos, nunca me la habían abierto, la verdad, me pareció hasta extraño, pero quedó elegante. Iba con unos pantalones negros con alguna apertura en las rodillas y un polo color naranja con letras blancas, no me había dado tiempo a leer qué ponía, pero le quedaba bien. Parecía que nos habíamos puesto de acuerdo en ir con colores llamativos: rojo, fucsia, naranja. En fin, la noche empieza, a ver cómo acaba.

Entramos en una discoteca, no muy lejos de donde vivimos. Era enorme, mucho *gogo*, mucha iluminación, cócteles con bengalas, ¡guau!, era increíble ese sitio. Oliver empieza a saludar a gente y a presentarnos, llevábamos unos cuantos y no recordaba ningún nombre. Llegamos a una zona cerrada con un cordón, donde, enseguida, uno de los vigilantes lo aparta y nos da acceso. Estábamos en uno de los reservados, Matilda y yo no podíamos cerrar la boca de lo impresionadas que estábamos, nos quitamos las chaquetas y, al darnos la vuelta, ya entraba nuestra bandeja con tres botellas del mejor champán, una bengala enorme y unas cuantas copas: no íbamos a estar los tres solos, los amigos y amigas de Oliver también estaban en el reservado. La música era

comercial, la misma que escuchamos en Barcelona, así que enseguida nos ponemos a bailar juntas. Oliver nos sirve una copa a cada una y seguimos bailando. Estaba buenísimo y muy fresquito.

La noche fluyó bien, tanto sus amigos como sus amigas fueron muy agradables y Oliver muy atento, no hubo mucho acercamiento entre nosotros, pero sí muchas miradas, yo creo que los dos nos observábamos mutuamente. Ya es un paso que no me quitara la vista de encima.

Eran las cinco de la madrugada y ya íbamos camino a casa, Matilda se había pasado un poquito con el champán e iba medio adormilada, me fijé en que ella también había echado alguna que otra miradita con Henry. Parece un chico agradable y guapete. Mañana ya la interrogaré.

Llegamos a casa y con ayuda de Oliver conseguimos que Matilda entre. Se despide flojito para no despertar a Mamá, me da un beso en la mejilla de los que te apetece quedarte pegada un ratito más:

—Buenas noches, Sofi. Lo he pasado muy bien.

¿Sofi? ¿Me acabo de convertir en su Sofi? El champán también me tenía algo afectada

—Muchas gracias por todo, Oliver. Nosotras también lo hemos pasado muy bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana, preciosa —dice Oliver.

—Adiós —dijo Matilda como pudo.

Preciosa, me ha llamado preciosa, y me ha dado un suave beso en la mejilla, lo reconozco: ya me tenía loquita.

Era momento de descansar. Subimos a la habitación como podemos, Matilda está delgada, pero pesa y más escaleras arriba. La tumbo en la cama y estoy tan emocionada que así la dejo. Me pongo el pijama, me desmaquillo, reviso algunas de las fotos que nos hemos hecho y me quedo dormida con una sonrisa en mi boca.

Día de resaca

Son las once de la mañana: abro los ojos y no me apetece levantarme. Matilda sigue como la dejé anoche. Ya verás cuando se vea. Mamá está trabajando, hoy no llega hasta las seis, y viendo la hora que es, creo que será una mañana perdida.

Me levanto sin hacer ruido y me preparo algo de desayunar sin pasarme, hoy se nos junta con la comida, aunque qué más da, estamos de vacaciones.

Oigo a Matilda refunfuñar, ya se ha debido de mirar al espejo, anoche la dejé hecha un cuadro. Baja con la cara lavada, la ropa limpia y quejándose de dolor de cabeza.

—No me extraña, amiga, anoche no sabías ni dónde estabas. Tuvo que ayudarme Oliver a meterte en casa —le digo.

— ¿A qué hora llegamos? ¿Tanto bebí? —pregunta preocupada.

—Hombre, las burbujas del champán parece que te afectaron y mucho, pero tranquila no te desmelenaste, je, je.

Pasamos el día en casa, estábamos cansadas y sin muchas ganas de ir de ruta, así que hoy *sofing* y pelis cursis, como las llamamos nosotras: nos encantan.

Cartas a Julieta, Princesa por sorpresa, una y dos, Miss agente especial, una y dos, y así nos podemos tirar horas.

Mamá está a punto de llegar, así que decidimos arreglarnos. Hoy nos toca a nosotras invitarla a cenar. Y como no podía ser de otra manera repetimos sitio.

—Buenas noches, Peter.

—Buenas noches, chicas, siempre es un placer verlas, ¿el mismo sitio de siempre?

—Sí, por favor —contesta Mamá.

Hoy es un poco más temprano y las luces de los almacenes aún no están encendidas. Observo a la gente pasar, veo que cada uno va a lo suyo, casi todos enganchados a los móviles, en cualquier momento se chocarán contra cualquier otra persona u objeto de la calle, siempre de prisa y corriendo, no vivimos tranquilos, y deberíamos parar un poco, conversar, meditar... pero parece difícil, porque el mundo gira así de deprisa. Ahora recuerdo que debería haber llamado a Papá, ya estará mordiéndose las uñas, dos días sin hablar conmigo. Mañana por la mañana será lo primero que haga: hablaré con él.

Peter nos trae la cena. Es raro que aún no haya salido Oliver a saludarnos, la hamburguesería está llena, debe de ser por eso, tiene mucha faena.

Tengo ganas de ver cómo está hoy, qué reacción tiene al verme. Anoche estuvo muy pendiente de nosotras y eso me gustó, quiero seguir viendo su actitud. Las fotos demuestran la química que hay entre nosotros.

Disfrutamos de la cena, le contamos a Mamá cómo fue la noche, nos reímos mucho al contarle cómo se ha levantado Matilda, parecía la muñeca diabólica, lo pasamos bien.

Hemos terminado la cena y nos disponemos a salir del local, cuando a lo lejos oigo mi nombre:

—Sofía, Sofía, espera un momento, por favor —dice Oliver.

Mamá y Matilda salen del local mientras yo espero dentro. Se para delante de mí, algo ahogado de correr y lleno de manchas—Parece una noche de mucho trabajo —le digo.

—Uf —resopla—, sí, la verdad es que hoy tenemos dos turnos completos. Quería preguntarte algo Sofía, ¿vendrías conmigo a cenar el sábado por la noche? Tú y yo. Después podemos pasar a recoger a Matilda y salir con mis

amigos a otro sitio nuevo que han abierto hace poco y nos consta que está muy bien, ¿qué te parece?

En ese momento sentía que me iba a desmayar o que las piernas se me iban a doblar e iba a caer redonda al suelo, no me salían ni las palabras, me estaba pidiendo una cita, eso es una cita en toda regla.

—Sí, claro, me parece bien, ya me dirás a qué hora me recoges el sábado.

—Genial, hablamos, hasta el sábado, preciosa.

—Hasta el sábado.

Otra vez me ha llamado preciosa, ahora sí que ya no quepo dentro de mí.

Mamá y Matilda esperan impacientes que les cuente qué quería, pero al ver mi cara ya se lo imaginan, parecía una especie de celebración, me abrazaron y hablaban como si me fuera a casar.

—Tranquilas, es una primera cita, quizás al conocernos más desaparece ese *feeling* entre nosotros.

—Anda, Sofía, le encantas, está claro, solo con ver cómo le brillan los ojos cuando estás tú... —dice Mamá.

Matilda y yo decidimos ir a tomar algo, Mamá trabaja así que se va para casa.

Cogemos un taxi y nos dirigimos a la zona de Tower Bridge, el famoso puente de Londres.

Encontramos un local chiquitito muy *vintage*, entramos, nos sentamos al final, la música está floja por lo que se puede hablar, tienen un mini escenario donde también se puede bailar, nos pedimos dos *gin-tonics*, uno con fresa y otro con lima, para gustos los colores. Las paredes están decoradas con fotos de los primeros años del siglo pasado, gente bailando y tomando algo en ese mismo local. No sé cuántos años tendrá, pero parece que hay mucha historia en esas imágenes, es un sitio acogedor. Aprovecho para preguntarle a Matilda por Henry, que me hace una mueca rara con los ojos que no llego a entender. Me confiesa que hubo miraditas, pero que ni siquiera hablaron, aunque

reconoce que es muy guapo y que no le importaría tener algo con él. Si dice eso, no lo dejará escapar, ha seleccionado a su presa.

Se nos acercan dos chicos muy majos, nuestro inglés no es muy fluido, pero nos defendemos muy bien. Matilda, que es como es, enseguida les invita a sentarse, qué apuro me da esto, en fin, nos invitan a unos chupitos y conversamos un rato. La verdad es que son bastante agradables y educados, los dos son morenos de mediana altura, uno con los ojos azules y el otro marrones. Se llaman Mark y George. Se nos hace tarde, así que nos despedimos muy educadamente. Matilda intercambia el teléfono con ellos mientras yo voy al servicio para no tener que hacerlo. Hay un taxi en la puerta, así que estupendo, nos montamos y vamos directas a casa. Hoy no es tan tarde así que podremos descansar más y mañana madrugar para poder ir al Museo Británico.

Es el tercer museo más visitado del mundo, la entrada es gratuita, es enorme y muy interesante, contiene antigüedades procedentes de Grecia, Egipto, Oriente medio, Roma y otros lugares.

De ruta con Matilda

Bon día, nos ponemos en marcha, no está lejos de casa de Mamá, así que vamos dando un paseíto. Hoy hace un buen día, así que quizás hagamos un picnic en Hyde Park, el parque más grande del centro de Londres.

Y por la tarde podríamos ver el cambio de guardia de Buckingham Palace, creo que es sobre las seis pero no lo recuerdo.

Hoy vamos bastante cómodas: *jeans*, bambas y camiseta. Del tiempo nunca te puedes fiar aquí, así que la chaquetita fina siempre en el bolso.

Matilda no conoce Londres, así que le fascina todo lo que ve, los edificios emblemáticos son diferentes de una foto, a estar allí y aún no ha estado en Big Ben. Esa excursión la dejaremos para la semana que viene.

Llegamos al museo y ya desde fuera te pone la piel de gallina: las instalaciones son increíbles, las columnas son altísimas y te entran ganas de subir las escaleras como Rocky Balboa, qué exagerada soy, no hay tantos escalones.

Por dentro los techos son muy altos, espacios abiertos con mucha amplitud, mucha iluminación y la exposición muy curiosa, ¿habéis visto las pelis de la momia?, ¿los escarabajos que se meten en la piel?, pues en el museo tenéis el más grande de todos. Momias, esculturas, etc. Llevamos dos horas recorriendo el museo, poco recorrido nos queda ya, las tripas empiezan a sonar: es la hora de comer.

Nos dirigimos, como habíamos dicho, a Hyde Park. Abrimos las mochilas y empezamos a sacar la comida: ensalada de pasta fría, fruta, algo de *pica pica*, como olivas, patatas y poca cosa más. Nos sentamos bajo un pequeño árbol: mitad sol mitad sombra, estos momentos son poco habituales en

nuestro día a día y los que te hacen desconectar y relajarte. Deberíamos hacerlo más a menudo, claro que no en todas las ciudades los parques son así. Me quito la camiseta, me quedo en tirantes y me estiro sobre el césped: qué a gusto se está.

Matilda recibe la llamada de Mark y George, les apetece vernos y ni corta ni perezosa les dice dónde estamos.

—Pero Matilda, ¿qué estás haciendo?

— ¡Ay! Sofía, de verdad, que quejica eres, qué más te da, son buenos chicos, así pasamos mejor rato.

En diez minutos se presentan, pues sí que se han dado prisa, pienso para mí. Han traído té, típico de allí. No es muy de mi agrado, pero no lo rechazo. Cuando más tranquila estoy al ver que todo va bien, veo a lo lejos a Oliver, va con los cascos puestos y parece que ha salido a correr un rato, qué casualidad, ojalá que no me vea, y menos con estos dos, qué pensará.

—¿Sofía? —dice Oliver detrás de mí, no quiero ni girarme, me ha visto.

—¡Oliver! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? —le pregunto, era obvio, pero no sabía ni qué decir.

—He salido a correr un poco, hace un día fantástico.

—Sí, ya veo.

—Bueno, no te molesto más, que os veo ocupadas. Mañana te recojo a las siete, ¿te va bien?

—Sí, me va bien.

—Adiós —dice Oliver para despedirse de todos.

Qué momento tan comprometido, qué habrá pensado, al menos sigue en pie la cita de mañana, debería sentirme aliviada.

Estos chicos son muy majos, se nota que Mark está interesado en mí, pero yo ahora mismo no estoy muy receptiva. La historia con Oliver me tiene absorbida la mente.

Mark es guapete: moreno, ojos marrones y muy blanco de piel, es educado y muy atento, trabaja en el museo de cera, es uno de los responsables de que todo esté en perfecto estado, tiene treinta y tres años y vive solo en el centro.

George es moreno con ojos azules, exactamente del gusto de Matilda. No dejan de tontear continuamente, ahora entiendo el interés de ella por verles, tiene carácter chulesco, pero sin maldad, así que son tal para cual, también tiene treinta y tres años y trabaja con Mark en el museo de cera, George es el responsable de la seguridad. Un papel que le va como anillo al dedo.

Estoy cansada, así que decido irme a casa, Matilda decide quedarse un rato más, me aseguro de que sabe volver a casa y le advierto de que tenga cuidado.

—Me voy a casa, Matilda, cualquier cosa, me llamas —le digo—. Adiós, chicos, nos vemos.

Cuando quiero darme cuenta, Mark está detrás de mí, decide acompañarme a casa y, aunque no me apetece nada que me vean con él, acepto por educación. Durante el camino no se aprecia tensión, tiene muchos temas de conversación y son bastante interesantes, me cuenta sus viajes por el mundo, parece que ha disfrutado todo lo que ha querido, solo ha tenido una pareja y le dejó tan tocado la ruptura que decidió viajar.

Llegamos a casa y sin esperarlo me planta un beso en los labios a modo de despedida. No lo esperaba y me retiro rápidamente.

—Lo siento, Mark, no lo esperaba.

—No, Sofía, lo siento yo, ha sido un impulso, de veras que lo siento.

—Hasta luego, Mark —le digo cabizbaja.

No era momento de que pasara eso, no estaba preparada para afrontar esta situación. Mañana tengo la cita con Oliver y ahora no acabaré de estar cómoda con lo que acaba de pasar, lo más raro de todo es que en realidad no ha sido desagradable, solo incómodo.

No hay nadie en casa, así que me pongo la segunda parte de la película *Miss Agente Especial*. Me encanta cómo trabaja Sandra Bullock, me hago un par de sándwiches de nocilla blanca y me siento en el sofá. Ya tengo preparada la segunda peli, creo que hasta mañana no me muevo del sofá, *La Proposición*, también de Sandra Bullock y en este caso con Ben Affleck, unas risas me vendrán bien para esta cabecita mía que está hecha un lío.

Hoy Mamá llega tarde, tenía una cita, no he querido preguntar con quién, es algo personal que me contará ella si quiere, pero me huele a Peter, el dueño de la hamburguesería. Es un hombre atractivo, debe tener unos cincuenta y ocho años, como Papá, está bien cuidado y muy pendiente de que Mamá esté bien. Ya con eso me gusta.

Eso significa que tengo lo que queda del día para mí sola, apuesto a que Matilda llega ya cenada...

Termina la primera peli, hago una pequeña pausa para prepararme algo de cena, me hago una ensalada de pollo con una pieza de fruta de postre y le doy al *play* a la segunda peli. Casi dos horas después me despierto con los créditos, vaya, me la he perdido prácticamente entera. Sigo sola, así que subo a la habitación, me pongo el pijama y me decido a dormir. Me temo que va a ser una noche larga: ahora mismo me ha venido a la mente el beso de Mark y la cita de mañana con Oliver, lo que deberían ser unas vacaciones para desconectar, están empezando a ser un quebradero de cabeza.

Amanece y no veo a Matilda en su cama, me asusto, cojo rápidamente el móvil para llamarla y veo un mensaje de ella:

«Sofi, que no iré a dormir, me quedo en casa de George, no te preocupes más de la cuenta que te conozco, *bona nit, princess*».

Esto sí que es una sorpresa...

Primeras dudas

Me levanto y decido ir a correr un rato por Hyde Park, necesito quitarme tanta tensión y parece un buen sitio; me coloco la música, me abrocho bien las bambas y a por ello. Después de unas cuantas vueltas por el parque, paro a estirar y descansar un poco; este lugar me gusta y parece que me encuentro mejor. A lo lejos veo a Oliver, parece que discute con alguien que no consigo ver, le tapa el árbol, pero me ha dado la sensación de haber visto una larga melena rubia, se mueven y estoy en lo cierto: es una chica con una larguísima melena rubia, alta, y no para de hablarle en tono alto, toda la gente que pasa los mira, no pinta muy bien esa discusión. ¿Quién es esa rubia? No quiero que me vean así, vuelvo a casa, Mamá está preparando la comida, hoy es su día libre.

—Hola cariño, veo que has salido hacer deporte — comenta Mamá.

—Sí, necesitaba desconectar un poco —contesto con tono bajo.

—¿Estás bien, Sofía? —me pregunta.

—Sí, Mamá, voy a ducharme, ahora bajo, por cierto, huele muy bien lo que estás cocinando.

Cuando llego al cuarto, veo a Matilda durmiendo, a saber qué noche ha tenido para estar durmiendo a estas horas... en fin, cojo la ropa y voy al baño. Mientras me ducho analizo la situación de hoy en el parque, no sé cómo interpretarla y tampoco imagino qué actitud tendrá él hoy, después de un día tenso.

Bajo a comer con Mamá y le cuento lo de Mark. Mamá no quiere que cierre ninguna puerta y quiere que disfrute y me deje llevar, pero sobre todo presta atención a que no jueguen conmigo.

Mamá también se sincera conmigo: anoche salió con Peter, estaba en lo cierto. Me cuenta que son buenos amigos, que la amistad está empezando a ir un paso más allá y que se siente a gusto y segura, es muy detallista y se preocupa por ella, tiene un hijo poco mayor que yo, pero al que aún no conoce. Peter es de madre española y padre inglés, por eso habla tan bien el español.

—Me alegro mucho por ti, Mamá —le digo.

—Gracias, hija, me siento ilusionada, pero quiero ir con cuidado.

Hemos terminado de comer, estaba todo buenísimo, Mamá cocina de lujo y me apetecía tener este momento de confesiones la una con la otra, ya llevamos aquí más o menos tres semanas y aún no habíamos tenido un momento a solas.

—Voy a tumbarme un rato, Mamá, esta noche tengo la cita con Oliver y quiero ir descansada.

—Muy bien, hija, descansa, todo saldrá bien.

No me siento muy animada, que digamos, sigo recordando el beso con Mark y eso me ha dejado algo marcada, nunca había vivido situaciones de este estilo, imagino que por eso estoy tan confusa. No he vuelto a saber nada de él, claro que mi número no se lo di yo y con Matilda no he podido hablar aún del tema.

Cojo mis vaqueros preferidos, una camiseta blanca con decoración para destacar el poco moreno que tengo y mis nuevos tacones color carne. Voy arreglada, pero informal, me siento a gusto, me ondulo un poco el pelo y me maquillo como siempre, raya en el ojo, rímel, colorete y los labios, cómo no, fucsia.

—Sofía, estás guapísima, acostumbrada a verte de diario, estás increíble, hija.

—Gracias, Mamá.

—Veo que sigues desanimada, pásalo bien, no pienses y lo que tenga que pasar que pase, tanto si es con Oliver como si es con Mark, pero no quiero verte así. ¡¿Vale?!

—¡Mamá, gracias! Te quiero.

—¡Y yo, hija!

Primera cita con Oliver

Ha llegado la hora, son las siete y ya oigo el coche de Oliver, me pellizco las mejillas y salgo. Como la última vez, me vuelve abrir la puerta del coche.

—Hola, Oliver, ¿qué tal?

—Hola, Sofía, ahora mejor, ¡estás guapísima!

—¡Gracias!

En realidad estoy nerviosísima, lo pienso, pero no se lo digo.

Durante el trayecto hay silencio, pero no incómodo, enseguida llegamos a un restaurante precioso, llena de luces la fachada, nos reciben con una copa de cava con zumo de naranja, buenísimo. Ya lo había bebido en una ocasión en una boda en Barcelona, no les faltó detalle, fue preciosa y muy romántica.

Me siento un tanto importante, no estoy acostumbrada a ir a sitios de esta categoría y menos en un barco, el experto en esto es Papá. Me dejo llevar... sigo al camarero hasta nuestra mesa, el momento no podía ser mejor, cena romántica, para dos, en un barco sobre el río Támesis, un Big Ben iluminado y toda esta ciudad maravillosa a nuestro alrededor, ahora sí me siento relajada.

Me coloca la silla para que me siente, me rellena la copa de cava y noto como sus ojos brillan, él está como yo. A gusto.

Me interesa conocer más de su vida, no sé nada de él. Le pido que me cuente cosas sobre él, me cuenta que vive solo en Londres desde hace dos años y medio, sus padres también viven en Barcelona y, aunque le cuesta, me cuenta que se vino por amor, conoció a una chica inglesa en una playa de Barcelona y se vino aquí con ella, estuvieron juntos dos años, encontró trabajo con Peter en la hamburguesería y a pesar de no estar ya con ella, le

gusta la vida que lleva. Cada vez que tiene unos días libres, va a Barcelona a ver a su familia.

No parece llevar una vida muy activa, parece más bien una vida tranquila, trabaja, vive solo, sale con los amigos... por ahora me gusta lo que me cuenta.

Pero sigo teniendo curiosidad por saber de qué discutía con la princesa Elsa. La velada transcurre con muchas risas, mucha complicidad y la comida estaba exquisita, el barco ya está de vuelta, mientras tanto nos sirven el postre y una taza de té.

Que este momento no acabe nunca. Desgraciadamente en unos minutos, todo se iba por la borda y nunca mejor dicho: le han roto el cristal del coche y se han llevado el casete, eso hace que tengamos que ir a comisaría, pero aquí no acaba todo: Oliver está más nervioso de lo normal y no parece que sea por el robo, el coche sigue a nombre de su ex novia y no le queda más remedio que hacerla venir. Me quedo a cuadros cuando veo entrar por la puerta a la ya famosa melena rubia, pero su cara no es mejor que la mía. Su nombre es Sharon, es lo único que consigo oír y me da que todas hemos tenido o tenemos una Sharon en nuestra vida, tiene una cara de arpía que no puede con ella, sus miradas atraviesan, intenta mostrar que tiene personalidad, pero creo que se la ha dejado por el camino. Qué momento tan incómodo, me acerco a Oliver y, muy bajito, le digo que me voy, que ya hablaremos. La casa de Mamá queda a tres calles de la comisaría, así que lo mejor para quitar tensión es irme.

—Gracias, Sofía, por esta noche, te prometo que te compensaré por lo que ha pasado.

—Tranquilo, la cena ha sido perfecta, ya me contarás cómo queda el tema del robo.

—Cuando acabe de poner la denuncia te escribo y te cuento cómo ha quedado. —Muy bien, hasta mañana, Oliver.

—Hasta mañana, preciosa.

Me da un beso dulce de despedida, entre la boca y la cara, me sube un hormigueo desde los pies hasta la cabeza, debo irme ya, noto miradas negativas.

Una sensación agridulce

Abro los ojos y veo a Matilda sentada en su cama con la mirada fija en mí.

—Menos mal que te despiertas, llevo aquí una hora esperando para poder interrogarte.

—Buenos días, podría decirte lo mismo, llevo un día entero sin verte.

—Tú primero, Sofí, estoy impaciente, ¿cómo fue anoche?

—La cena perfecta, me llevó a un barco que recorre el río Támesis mientras cenamos, hubo mucha complicidad, pero cuando volvimos, le habían roto el cristal del coche y le habían robado el casete, tuvimos que ir a comisaría y allí apareció su ex novia Elsa.

—Ostras, Sofí, cuánto lo siento, pero creo que no se llama Elsa, no es ¿Sharon?

—Sí, es Sharon, ¿pero has visto su larga melena rubia?, ahora es Elsa, y no estoy muy de humor, esa arpía tiró la noche por la borda, bueno más bien el gamberro que le robó, pero es que esa chica no transmite nada bueno. Y a todo esto, ¿cómo sabes que se llama Sharon?

—Bueno, digamos que el mundo es un pañuelo y George me contó que Mark es el hijo de Peter, el dueño de la hamburguesería y que, según le consta, Sharon y Oliver no lo han dejado de forma definitiva, o eso cree.

Doy un salto enorme de la cama.

—¿Qué has dicho? ¿Qué Mark es hijo de Peter?, no puede ser, no puede ser, no puede ser...

—¿Qué ocurre? —pregunta Matilda.

—Mark me besó la otra tarde, cuando me acompañó a casa y que tú te quedaste con George... y Peter y Mamá están saliendo...—Lo sé, llamó a

George, bastante rayado. Le gustas, Sofí, pero al ver tu reacción ha decidido dar un paso atrás. ¿Peter y tu madre? —pregunta Matilda sorprendida.

—Estoy hecha un lío, Mati, el beso no me desagradó, pero está Oliver... nunca me había visto en esta situación.

—Pues, chica, tendrás que aclararte —me dice con tono irónico.

—Esa respuesta no es de mucha ayuda. —le digo con tono cabreado.

No me lo puedo creer: Mamá sale con Peter, que es el padre de Mark, y me beso el otro día y luego está Oliver, que también hay algo entre nosotros, y trabaja para Peter, el padre de Mark y pareja de Mamá, madre mía, ni se entiende.

¡Mejor me vuelvo a la cama!

Disculpa

Hace tres días que no sé nada de Oliver, ni siquiera me explicó cómo quedó el tema de la denuncia, me parece raro. Ayer le escribí para ver si estaba bien y aún no he recibido respuesta. Estas actitudes no van conmigo.

Decido pedirle a Matilda el número de Mark, le debo una disculpa. Le llamo y quedo con él en una cafetería que está a cuatro manzanas de casa. De camino, me encuentro con Sharon, intento cruzar la calle antes de que me vea, pero es tarde, ya me ha visto, y viene como una flecha hacia a mí. Me dice tantas cosas seguidas que no consigo entender nada, solo que me aleje de Oliver. Le digo que no entiendo el problema si no son pareja, que es algo que tiene que solucionar con él, pero lo único que consigo es encenderla más, así que con la palabra en la boca, la esquivo y sigo mi camino, a lo lejos sigo escuchándola piar, ni siquiera me giro, no quiero que me relacionen con semejante arpía.

Mientras espero a que el semáforo cambie de color para poder pasar, puedo ver a Mark sentado en una mesa en el interior de la cafetería con semblante serio y cabeza baja. Cuando llego a él, se levanta rápidamente para saludarme, le doy un abrazo, en ese momento es lo que me apetece, ni siquiera se lo esperaba. Puedo observar que no se atreve a mirarme y como no quiero que esa situación siga, no tardo en pedirle disculpas, algo que hace que me mire.

—Siento mi reacción del otro día, acababa de conocerte prácticamente y me pilló por sorpresa y no supe reaccionar.

—No, Sofía, soy yo quien lo siente, jugué con ventaja, yo sí sabía quién eras y debí habértelo explicado antes.

Dos días antes de conocernos ya te había visto en el bar de mi padre, soy el hijo de Peter, le pregunté por ti y me contó lo que sabía, supongo que sabrás que mi padre y tu madre salen juntos, pero, bueno, ese no es el tema. Después, cuando te volví a ver la otra noche, no sé qué sentí, pero ya no quería alejarme de ti.

En este momento necesito que alguien me pellizque o me dé un bofetón, esto sí que me pilla por sorpresa: que no quiere alejarse de mí, así sin conocerme...

—No sé qué decir, Mark, tienes el don de dejarme sin palabras.

Le cuento un poco lo que ocurre, le hablo de la existencia de Oliver, no quiero engañar a nadie ni engañarme a mí misma.

En dos meses vuelvo a Barcelona y no creo en las relaciones a distancia. Me pide pasar el día juntos, ¡acepto!

No estoy muy segura de dónde me lleva, normalmente me pone nerviosa no tenerlo todo controlado, pero por primera vez en mucho tiempo me dejo llevar. Caminamos dirección Big Ben, me encanta esa zona, nos hacemos unos cuantos *selfies* divertidos, seguimos caminando y cruzamos al otro lado.

¡Guau!, estamos justo en la cola para subir a la famosa noria, ¡qué emoción! Nos toca una cabina con poca gente, podremos ver bien las vistas y hacer buenas fotos, hace que pose con distintas vistas de fondo, le pido que salga conmigo, me da vergüenza posar sola. Tanta pose y tanta foto, una cosa llevó a la otra...

Sin darme cuenta, mis labios estaban otra vez junto a los suyos, esta vez no me aparto, él tampoco, me coge de la cintura y lo rodeo con mis brazos alrededor de su cuello, ninguno de los dos parece querer parar, termina con un suave beso mientras me abraza fuerte, siento su aroma fresco en mi cara, tiene la piel suave y me coge con mucha delicadeza. ¡Me encanta! No quiero que nada estropee este momento mágico, no quiero que me suelte, quiero que me bese de nuevo y que no deje de hacerlo.

La noria se detiene en lo más alto, esto le da aún más emoción, me separo un poco de él, lo cojo de la cara y vuelvo a besarle, cuánta dulzura tienen sus besos.

El resto del día ya no nos separamos, fuimos a comer a un japonés con bufete libre a la carta, en Barcelona acostumbro a ir mucho y me apetecía probarlo aquí.

La tarde la pasamos de aquí para allá, como dos quinceañeros enamorados, casi todos sabéis de qué habló, esa mariposilla en el estómago que no deja de volar.

Empezaba a caer el día, mi móvil sonó, era un número con prefijo de Barcelona, qué raro, pensé. Descolgué el teléfono:

—¿¡Hola!?!—Hola, ¿puedo hablar con Sofía? —pregunta una chica con un hilito de voz que costaba escuchar.

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Hola, Sofía, soy Samanta, le llamamos de la clínica veterinaria donde estuvo haciendo una suplencia en Semana Santa, ¿la recuerda?

—Sí, claro.

—Bien, nos gustaría que pasara por la clínica esta semana para poder hacerle una propuesta de trabajo, si está interesada.

—Desde luego que sí, ¿qué día puedo pasar?

—Si le va bien, la esperamos el viernes a las diez de la mañana.

—Estupendo, allí estaré, muchas gracias.

—A ti, un saludo.

—Adiós.

No me lo podía creer, era la llamada que llevaba meses esperando, quieren que vaya el viernes, estamos a martes, tengo que conseguir un vuelo urgente, como muy tarde tengo que salir el jueves por la noche para poder ir a casa y organizarme.

Abrazo fuerte a Mark de la emoción tan grande que tengo, él se alegra, aunque su cara no lo demuestra del todo. Llamo a Matilda para contárselo, rápidamente me dice que ella se queda aquí hasta mi regreso, me temo que George tiene mucho que ver en esta decisión, el mismo viernes intentaré estar de vuelta.

Le mando un wasap a Papá para que me llame en cuanto pueda. Y otro a Mamá informando de todo, lo leerá en el descanso.

Papá me llama al momento, le cuento la gran noticia, se pone muy contento, me dice que tratará de organizarse para recogerme en el aeropuerto y llevarme a la entrevista el viernes, mi coche lo está usando su pareja en mi ausencia, para que no se quede parado. En cuanto tenga el vuelo, lo llamo para que pueda cambiar el turno.

Sin darme cuenta, había ido siguiendo a Mark hasta llegar a su casa, no al portal, no, estoy dentro de su casa, no puedo evitar reírme, parece como si hubiese ingeniado un plan para hacerme venir hasta aquí, le ha salido bien y sin tener que convencerme.

Saca el portátil y me pide que me siente a su lado. Empezamos a mirar vuelos para el jueves, como quería, solo hay uno, sale de aquí a las siete de la tarde, es perfecto, podré cenar con Papá y ponernos al día, lo reservo y hago el *check in* para poder embarcar directa. Estoy nerviosa y hambrienta.

Mark me pide que me quede a cenar, ya que he llegado hasta aquí, y después del día que hemos pasado me apetece quedarme, así que le digo que sí. Mientras está en la cocina, aprovecho para ojear por encima el piso, para ser un chico soltero y vivir solo, está todo muy ordenado, la decoración es sencilla, algunos objetos, imagino que de sus viajes, y poco más. El piso es acogedor, dos habitaciones, un cuarto de baño y la cocina abierta al salón, típico aquí.

—¿Qué te parece lo que ves, Sofía? —pregunta Mark.

—Pues... la verdad es que estoy sorprendida de lo ordenado y limpio que eres para ser chico y vivir solo.

—Ja, ja, ja —lo oigo reírse—, me gusta el orden —dice.

—A mí también —le contesto.

Por el olor que sale de la cocina, deduzco que está haciendo algo de pescado al horno, qué rico, me gusta mucho el pescado y desde que estoy en Londres lo he comido poco.

Mientras el horno trabaja, nos sentamos en el sofá amplio y cómodo.

Me da un ligero beso y antes de que se aparte le devuelvo otro.

Tiene un recital de películas, me hace elegir una, tengo que decir que la mayoría las he visto y en este momento me apetece algo de risa, así que elijo una comedia. Mientras la prepara voy poniendo la mesa, pero no quiere que haga nada, soy su invitada y solo quiere que me ponga cómoda, le hago caso y vuelvo al sofá. Me siento a gusto aquí, me siento a gusto con él, y aunque este momento no lo cambiaría sigo pensando en por qué Oliver ni siquiera ha contestado a mis mensajes, qué podía haber salido mal.

La cena está lista y tiene una pinta buenísima, ha hecho lubina al horno con tomatitos, patatas, cebolla...—Está riquísima, Mark, ¡muchas gracias! —le digo.

—De nada, *bon profit*.

Qué raro se me hace oír hablar catalán en Londres.

Le da al *play* a la película mientras cenamos, es una velada fantástica, risas, buena comida y por supuesto buena compañía. Hemos terminado de cenar, pero no ha terminado la película, nos acurrucamos en el sofá mientras la vemos terminar, pero no damos pie a ello.

Empezamos acariciarnos, me siento cómoda, solo he estado con un chico en toda mi vida y me siento preparada para dar el paso con él.

Empezamos a besarnos suavemente, entrelaza sus dedos en mi pelo, el sofá es pequeño, me coge en volandas y me lleva a su cuarto mientras me besa el

cuello, empiezo a entrar en otra dimensión, me dejo llevar, me dejo hacer, quiero que siga. Empieza a desnudarme poco a poco, hago lo mismo con él, tiene un cuerpo bonito, tiene el cuerpo musculoso, huele muy bien, se nota que se cuida.

Vuelve a cogerme y me tumba con suavidad en la cama, se deja caer sobre mí y seguimos besándonos, me acaricia el cuerpo con sus dedos desde el cuello hasta mi entrepierna, le sujeto con más fuerza, me gusta. Mantiene la mano durante un rato, mi respiración cada vez se acelera más y quiero más, empiezo acariciarlo, parece que a él también le gusta. De pronto para y se levanta, se dirige hacia una cómoda situada a los pies de la cama y saca algo. Vuelve hacia mí, se coloca el preservativo y ahora sí empiezo a ponerme más nerviosa, vuelve a acariciarme, esta vez con sus labios, mis ojos se vuelven hacia arriba, no puedo más, quiero sentirlo dentro de mí, empieza a moverse con suavidad y va acelerando, se deja caer sobre mí, me coge fuerte, llegamos los dos a la cima y acto seguido se deja caer a mi lado, me besa y me pregunta si he estado a gusto, le respondo que mucho. Y durante unos minutos nos quedamos abrazados y sin decir nada.

Prefiero no quedarme a dormir, no me apetece que Mamá y Matilda empiecen a especular. Así que me lleva a casa. Tengo que descansar y preparar las cosas para el jueves.

—Muchas gracias por la cena —le digo—. Ha sido un bonito día.

—Gracias a ti por el día de hoy, mañana te llamo.

Nos despedimos en el coche para que no puedan vernos.

Mamá y Matilda están en la terraza con una nueva botella de mora, me uno a ellas, se me nota en la mirada que estoy feliz, pero doy pocas explicaciones, solo que he pasado un bonito día con Mark.

Esta noche le toca a Matilda. Parece ser que la relación con George va viento en popa, de hecho, ya han hablado de que si ella encuentra trabajo aquí, se quedará y si no encuentra en un plazo de tiempo aún no acordado

buscará él trabajo en Barcelona. Me quedo un poco boquiabierta, no sé qué decir, siempre he dicho que no creo en las relaciones a distancia y me he metido de pleno, así que no puedo opinar. Mamá está contentísima, dice que ahora solo queda que yo tome la misma decisión, intento no poner ninguna cara para que no puedan deducir nada, qué complicado es fingir.

Para empezar tengo la entrevista de trabajo el viernes, que es por lo que he estado luchando mucho tiempo, después ya pensaré.

Toca pensar

Estamos a miércoles y hoy no me apetece moverme de casa. Me paso todo el día mensajando con Mark, mientras tanto voy organizando la maleta, tengo que decidir cuál es el modelito apropiado para la entrevista. El mismo viernes por la noche cojo el vuelo de vuelta a Londres, así que solo necesito un par de mudas.

Esta tarde saldré a comprar algún detallito para Papá y Cruella. Se ha ganado el título a pulso, por Papá intento llevarme bien, pero cuando empecé a poder tomar mis propias decisiones decidí que ella no se iba a interponer más entre mi padre y yo y menos decirme qué tengo o no que hacer, bastante hizo y deshizo cuando era pequeña. Siempre ha sido una mujer muy insegura y creo que pagó conmigo sus frustraciones. Es más normal de lo que parece no llevarse bien con las parejas de tus padres, y más entre mujeres.

En fin, sigo con los preparativos, hago una foto de la maleta y la subo a mi red social, que hace semanas que la tengo abandonada: «Viaje veloz a Barcelona». Empiezo a recibir cantidad de mensajes, doy pocas o ninguna explicación.

Matilda trae a George a comer a casa, preparo pasta fría con atún, Frankfurt, maíz, pollo... una de mis comidas preferidas en verano: fresca, rápida y sabrosa. George nos cuenta sus batallitas de adolescente, Matilda le ríe todas las gracias, los veo muy bien.

Termino de comer y me ausento para ir a comprar los *souvenir*. Al lado de London eye, la noria de Londres, hay una pequeña tienda con recuerdos de aquí preciosos, me dirijo a ella. Compró un par de cosas llamativas y me vuelvo para casa.

De camino encuentro una tienda de ropa que me llama la atención, entro y sin poder evitarlo salgo con dos bolsas más, me pierden las faldas de tul y las estrellas. ¡Ya verás cuando se lo enseñe a Mati, le chiflan a ella también!

¡Ups! perdón, perdón, perdón, no sabía que estabais en casa... ¡Qué vergüenza!, los he pillado en pleno acto. No puedo quedarme por allí cerca, salgo a la terraza a leer un rato e intentar borrar esa imagen de mi mente, vaya situación.

Me suena el móvil, es Oliver... no sé qué hacer, no se merece que le conteste, pero... cojo la llamada.

—Hola, Oliver —le digo con tono serio.

—Hola, Sofía, perdona por no haberte llamado estos días, me gustaría poder verte y explicarte.

—No sé qué decir, Oliver, la cosa se ha vuelto tensa.

—Lo sé y por eso quiero hablar contigo.

—Mañana me voy a Barcelona, vuelvo el mismo viernes por la noche.

—Entonces quedamos el viernes por la tarde en Barcelona, llevo dos semanas en casa de mis padres.

—¡Ah! vale, bueno, el viernes al mediodía concretamos, el vuelo de vuelta sale a las doce menos diez de la noche.

—Vale, gracias, el viernes nos vemos, preciosa, un beso.

—Hasta el viernes.

Acto seguido me llama Mark, menuda coincidencia.

—¡Hola, guapetón!

—¡Hola, guapísima! ¿Qué tal va el día?

—Tranquila en casa, están Mati y George en la habitación... ya tengo la maleta preparada para mañana y los *souvenirs* comprados, así que lista.

—¡Me alegro! Me preguntaba si mañana querrías comer conmigo antes de irte.

—¡Perfecto! Mañana nos vemos.

—Estupendo. Un beso, mi Sofi.

—Ja ja ja. Un beso.

El día termina sin más.

Horas antes

Amanece el jueves y no he podido pegar ojo, estoy nerviosa por la entrevista, por ver a Oliver, por ocultarle a Marc que he quedado con él en Barcelona... Se me han acumulado las cosas, pero tengo que empezar con las prioridades y en este momento mi mayor interés es la entrevista de trabajo.

Me pongo en marcha. Desayuno con Mati y Mamá a modo de despedida — solo me voy una noche—, me meto en la ducha, me arreglo, ultimo la maleta. He quedado para comer con Mark, me recoge a las doce, vamos a la hamburguesería de Peter —su padre—, estoy tranquila, sé de primera mano que Oliver no está, no sé si Mark lo sabe o no, pero mejor así.

Peter nos recibe muy efusivo, parece que le ha gustado vernos juntos o lo finge delante de mí porque está con Mamá y quiere que le dé el visto bueno. Sea como fuere no tengo mucho tiempo para entretenerme, he de comer y tomar el camino al aeropuerto, quiero llegar tranquila y con tiempo.

Se nota que la hamburguesa no está hecha igual, hoy está un poco pasada, decirlo sería como delatarme, así que me la como, como si nada hubiera cambiado.

Cuando miro la hora ya son las tres, el tiempo ha pasado volando y al final llegaré tarde, he de estar a las cinco en el aeropuerto, así que le indico a Mark que me tengo que ir. Se ofrece a llevarme, pero como no soy mucho de despedidas, prefiero irme en tren, me apetece ir sola y tampoco voy cargada, solo llevo la maleta de mano y el bolso.

Me despido con un único beso, no quiero que su padre nos vea, a mi madre no le gustaría enterarse por él antes que por mí.

Me dirijo hacia la estación de ferrocarril de Victoria, es una de las más importantes de Londres.

Cojo el tren con destino al aeropuerto de Gatwick, el segundo más grande, no recuerdo cuánto tiempo tengo de recorrido, creo que unos treinta minutos, saco el libro y me pongo a leer.

Llego sobre las cuatro, voy con tiempo de sobra, así que paso los controles oportunos, me dirijo hacia la puerta de embarque y me pongo cómoda en los asientos a esperar que llegue el momento.

Veinticuatro horas en Barcelona

Estas horas en Barcelona van a ser una contrarreloj.

Acabo de aterrizar, llevo diez minutos buscando a Papá. El cabezón de él decía que estaba en la terminal correcta y en realidad estaba en la otra terminal, así que, para ganar, tiempo lo espero en la puerta de la calle para que no tenga que aparcar.

Cuando llega no puedo evitar reír, le doy un achuchón de los grandes, de los que casi cortan la respiración, tenía ganas ya de verle, él también se está riendo, pocas veces reconoce sus errores, pero ya lo conozco.

Vamos directos a cenar, ha reservado en un restaurante que está cerca de casa, lo llamamos la vaca. A él le gusta mucho y conoce al dueño, —¡a quién no conoce mi padre!— pero a mí no me gusta tanto, aunque después de tanta hamburguesa, comer otra cosa también está bien.

Me sorprende no ver a Cruella. Sin que le tenga que preguntar, me comenta que hoy doblaba turno y no podía venir. Por mí, mejor.

Nos pasamos toda la cena poniéndonos al día, más bien soy yo la que no para de hablar, le he contado casi todo, Papá no conoce Londres, así que con más detalle le informo y le enseño fotos.

Estoy cansada y mañana madrugo, así que nos vamos directos a casa.

Qué ganas tenía de mi cama.

La entrevista

¡Viernes! Ya estoy lista, he desayunado, me he duchado, arreglado, rehecho la maleta para que luego no me toque correr...

Papá ha ido a sacar el coche, en cinco minutos bajo, estoy impaciente. Llegamos a las diez menos diez, puntuales, saludo a las chicas de recepción, Sheila y Arantxa. Las conozco de cuando estuve haciendo la suplencia, son encantadoras y se han convertido en amigas más que en compañeras.

Oigo mi nombre detrás de mí, es Samanta. —*¿Me acompañas, por favor, Sofía?*

—Claro que sí, (guapi).

Tanto las chicas como mi padre me desean suerte. La sigo hacia su despacho, nunca había entrado aquí.

Se presenta:

—Soy Samanta, la nueva gerente de esta clínica.

Pol se jubiló hace unos meses. Estoy buscando a una chica con algo de experiencia y con actitud para este puesto. Las chicas me recomendaron tu currículum y la clínica ya te la conoces, así que me gustaría ofrecerte el puesto. Consiste en ser supervisora de clínica en postoperatorio, estar pendiente de la recuperación de todos los animales ingresados y hacer que su estancia sea lo más cómoda posible. El horario es de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, el horario de tarde y noche lo realizarán dos chicos que estarán a tu cargo, son auxiliares, y serás tú la que les indique todas las pautas que han de seguir. El sueldo son mil seiscientos euros netos al mes con tres pagas extra y el contrato será de seis meses más seis meses e indefinida. ¿Qué te parece la oferta? ¿Tienes alguna pregunta?

Estoy en *shock*, esto es más de lo que esperaba, supervisora y con dos auxiliares a mi cargo... es un ofertón.

—Sí, no, digo no, no tengo preguntas, el puesto me parece perfecto.

—Muy bien, Sofía, ¿te vendría bien incorporarte al puesto el quince de septiembre? Acabo de tomar el mando y quiero ponerlo todo un poco en orden antes de empezar de nuevo después de las vacaciones.

—El quince de septiembre estaré aquí. Muchísimas gracias.

—Gracias a ti, nos vemos en breve.

Quiero salir corriendo, saltar y chillar de la emoción, mis sueños empiezan a cumplirse.

Me despido de las chicas:

—Hasta el quince de septiembre, chicas.

Sus caras son de alegría, me dan la enhorabuena y me abrazo a Papá.

—Estoy muy orgulloso de ti, hija, ¡enhorabuena!

—Gracias, Papá.

Primero llamo a Mamá y a Mati para contarles la buena noticia. Están contentas, pero noto que algo pasa y me temo que lo sé: acabo de poner fecha de regreso. Toca celebrarlo, así que hoy decido yo dónde comer, y vamos a mi *japo* favorito, en esta ocasión vamos los tres y puedo decir que la celebración es un éxito. No hemos hecho más que hablar de planes de futuro... este trabajo me permite pensar en independizarme, ya es hora.

Tengo un mensaje de Mark impaciente por saber cómo ha ido. Le contesto diciéndole que mañana desayuno con él y le cuento, creo que es mejor hablarlo cara a cara.

Y más sabiendo que esta tarde veré a Oliver. Tendré aún más cosas que contarle. ¡Ups! Oliver, no me acordaba de él, le mando un mensaje y le digo si puede quedar a las seis.

«Ok, te recojo donde los antiguos cines».

«Vale», le contesto.

Con Oliver

Son las seis, me dirijo a los antiguos cines, es donde me recoge Oliver, veo su coche a lo lejos, está apoyado en él, no parece tener una expresión muy alegre.

—Hola, Sofía, tenía muchas ganas de verte.

—Hola, Oliver, se me hace raro vernos en Barcelona.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —pregunta Oliver.

—Me parece bien.

En lo alto de la montaña, no muy lejos de casa, hay un bar de copas al aire libre desde donde puedes ver gran parte de la ciudad.

Nos dirigimos a él, me han hablado mucho de ese sitio, pero nunca he estado. No hay mucha gente todavía, es un lugar de tarde-noche, sillones hechos de palés, cintas de luces que cruzan de árbol a árbol, música que ambienta el lugar... es bonito.

Nos sentamos en la última mesa, es la que parece tener mejores vistas. Estoy impaciente por saber qué quiere decirme Oliver, así que me siento y le miro, a la espera, no tengo mucho tiempo, a las diez y media he de estar en el aeropuerto.

Nos pedimos un cóctel cada uno y es entonces cuando empieza:

—Sofía, quiero pedirte disculpas por mi actitud después de la cita. No estoy pasando por una situación fácil, Sharon es mi ex pareja, hace más de cuatro meses que nuestra relación terminó, pero ella no parece aceptarlo y no me deja vivir tranquilo, no pasan más de tres días sin que me escriba, me espere a la salida del trabajo, incordia a mis amigos... Y solo faltó el robo para que me viniera abajo, por eso decidí desconectar y venirme unos días a

casa de mis padres, lejos de ella... Lo que no he hecho bien ha sido no explicarte a ti la situación antes de desaparecer así, he tenido el móvil apagado casi todo este tiempo, lo siento muchísimo, Sofía.

La verdad es que no sé qué decir, no imaginaba que podía estar tan mal.

—No sé qué decir, no podía imaginar que estuvieras pasando por esto. Sí podrías haberme dicho que te marchabas unos días, eso hubiese estado mejor y no me hubiese preocupado tanto. Que lo hicieras así, de repente, sin explicaciones, no me gustó. Y claro que acepto tus disculpas, pero la próxima vez cuenta conmigo.

—Muchas gracias, Sofía de verdad, no volverá a pasar. Voy a estar en Barcelona dos semanas más y después volveré al trabajo, espero que aceptes una nueva invitación, esta vez sin incidentes.

No le doy una respuesta clara, solo sonrío y evito contestar, no es momento para más explicaciones.

Se acerca la hora de irme y le pido por favor si puede llevarme a casa, tengo que recoger la maleta.

Acepta sin problemas.

Nos montamos en el coche y empezamos a bajar la montaña. De repente, gira a la derecha, cuando el camino es hacia la izquierda, sigue unos metros más y para el coche. Nos hemos alejado del camino. Me mira, lo miro y dejándonos llevar nos besamos. Tengo claro que esto tiene que pasar, tengo que aclarar mis sentimientos por Mark y por Oliver y antes de decidirme he de estar segura, así que no paro, al contrario, empieza acariciarme la entrepierna y ni corta ni perezosa, me subo encima de él, es mi primera vez en un coche, así que no todo es como lo cuento, la pierna no sé dónde colocarla y ahora que estoy entre el volante y él, hay menos espacio para maniobrar, qué desastre. Decidimos ir a los asientos traseros y la cosa mejora algo. Le quito la camiseta, quiero verle el cuerpo, quiero manosearlo enterito, no quiero quedarme con las ganas de nada, no sé si se volverá a repetir...

Él también está efusivo, así que el coche tarda poco en empañarse, ¿os acordáis de aquella escena de la mano restregada por el cristal empañado de un coche antiguo en una bodega? pues algo así tengo ganas de hacer... Ninguno de los dos dice nada, hay poco que decir, parece que estamos muy compenetrados o que los dos deseábamos lo mismo, la segunda es la más convincente. Estamos sudados, con la boca seca y algo aturdidos, pero esto no nos impide repetir...

Miro la hora y solo tengo cuarenta y cinco minutos para ir a casa coger la maleta y llegar al aeropuerto. Ahora sí que voy a llegar tarde. Llamo a Papá y le pregunto si puede llevarme al aeropuerto. Me dice que sí, que está en casa, que mientras yo llegaba él iba yendo a por el coche y bajaba mi maleta.

—Gracias, Papá, tardo diez minutos, como máximo.

—Sofía, puedo llevarte yo al aeropuerto —dice Oliver.

—Tranquilo, prefiero que me lleve Papá, gracias de todos modos.

Durante cinco largos minutos, se hace un silencio algo incómodo. De repente:

—¿Has estado a gusto? —me pregunta. Salió la pregunta del millón...

—Sí, he estado muy a gusto. ¿No lo ha parecido? ¿Y tú? ¿Has estado a gusto?

—Sí, he estado genial, eres increíble.

Mejor quedarme muda ante una frase sin respuesta.

Llegamos a casa, le doy un ligero beso en los labios a modo de despedida.

—Gracias por todo, nos vemos en breve —le digo.

—Te veo en dos semanas, preciosa.

—¡Hasta luego, Oliver!

—Bye, Sofía.

Camino al aeropuerto

He de arreglarme antes de que me vea Papá, saco el mini espejo del bolso, me miro y, aunque por dentro me noto desordenada, la apariencia no está mal.

—Hola, Papá, perdona las prisas, estaba tan a gusto que se me ha ido el santo al cielo.

—¿Estabas con los amigos? —pregunta Papá

—Sí, estaba con ellos, tomando algo.

—Me parece estupendo, veinticuatro horas intensas.

—Y que lo digas...

—Recuerda avisarme cuando aterrices, hija.

—Sí, Papá, tranquilo que te aviso en cuando ponga un pie en Londres.

—Así me gusta.

—Gracias por traerme, papi.

—Ten cuidado y saluda Matilda de mi parte.

—Lo haré, papi.

Le doy un fuerte abrazo y me dirijo a la cola de embarque.

Tengo una hora de espera y hora y media de vuelo para pensar qué hacer, qué decir, cómo actuar... Necesito una noche de terraza y chupitos de mora con Mamá y Matilda para contarles con calma el lío en que estoy metida y que me ayuden a deshacerlo. No puedo ver a Mark sin antes saber qué quiero, qué complicado cuando la sensación es que los quiero a los dos.

De vuelta a Londres

Por fin estoy en Londres, aquí son las doce y media y no quiero molestar a nadie para venirme a buscar, así que cojo un taxi hasta casa de Mamá. Que alegría me llevo cuando llego y están las dos esperándome con los brazos abiertos; ahora más que nunca necesito esos abrazos.

Podemos decir que ya es sábado, mañana Mamá no trabaja, así que es momento terraza.

Les digo que necesito sus consejos y rápidamente Matilda saca la mora, Mamá va a por los vasitos y yo voy preparando la terraza.

—No sé por dónde empezar, pero necesito vuestros consejos urgentemente.

Justo antes de irme estuve con Mark, pero es que en Barcelona he estado con Oliver. Os daré detalles: Hace dos semanas tuve la cita con Oliver y, como ya os, conté fue fantástica a pesar del robo. Después no volví a saber nada más de él y eso me cabreó bastante, le envié mensajes y nada, no obtuve respuesta, así que decidí quedar con Mark y pedirle disculpas por mi reacción ante el beso que me dio. Mi sorpresa fue que según iban pasando las horas con él, tenía ganas de volver a besarle y hemos estado un par de días juntos antes de irme esta semana. Pero Oliver me llamó y me dijo que quería hablar conmigo, que estaba en Barcelona, quería saber qué había pasado, así que accedí y ayer por la tarde fuimos a tomar algo. La cosa fue bien y entiendo sus motivos, pero todo cambió al irnos, paró el coche, en un desvío del camino donde es difícil acceder, y bueno... Pasó lo que tenía que pasar. El problema llega ahora, me gustan los dos y estoy genial con cada uno de ellos y no quiero engañarles ni engañarme a mí misma, pero es que realmente no sé qué hacer. Ninguno sabe que he estado con el otro. En dos semanas, Oliver

estará de vuelta en Londres y es ahí donde se desbordará todo, me queda poco más de un mes para estar aquí y no quiero esta situación, tengo que pensar muy bien qué es lo que quiero y cómo lo quiero.

No confío en las relaciones a distancia, pero no quiero perderlos, es la primera vez que siento esto y creo que en ellos está lo que necesito. ¿Qué opináis?

Mamá, sacó una fotografía del bolsillo del pantalón, su cara me decía que no me iba a gustar mucho lo que iba a ver.

—Sofía, ¿recuerdas que te conté que ya conocía a Peter, que me había ayudado a rehacer mi vida aquí después del divorcio y que sabía algo de Mark por él, por lo que él me contaba?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, evité contarte la otra parte de la historia porque no esperaba que fueras a sentir nada por él, de hecho, no pensé ni que os fuerais a volver a ver.

—¿A volver a ver? —le dije sorprendida.

—Mark y tú os conocéis desde que naciste.

—¿De qué hablas, Mamá?

Me da la foto, la giro y no lo puedo creer: es la foto que el otro día recordaba, es la foto que quería pedirle a Papá, son ellos: son Peter y Mark.

—Jolines, Mamá, ¿Mark sabe esto? —pregunto.

—No sé qué le ha contado su padre, él es mayor que tú, unos tres años, quizás él si te recuerde, pero al ver que tú no lo conocías no se ha atrevido a decírtelo.

Cuando tu padre y yo nos divorciamos, yo seguí con la amistad y tu padre no quiso saber nada más de Peter porque me ayudó a rehacer mi vida. Peter ha sido mi familia aquí y desde hace unos años nuestra amistad ha ido un paso más allá, no está formalizado porque ya somos adultos y no queremos involucrar a las familias, pero sí, estamos juntos y estamos muy a gusto.

—Me alegra oír eso, Mamá, me gusta cómo te trata y lo único que me importa es que estés bien. Pero dejando al margen la foto, no me soluciona mis dudas.

—Sofía, eso tienes que valorarlo tú, escuchar a tu corazón.

—¡Qué poética, Mamá! Gracias. Me voy a la cama, a ver si en sueños alguien me dice algo que pueda quitarme estas dudas del corazón. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Sofí, ahora subo —dice Matilda.

—Hasta mañana, hija.

Subo a la habitación, estoy cansada, desanimada, a la vez que contenta, suena extraño, pero es así; me pongo el pijama, la maleta puede esperar a mañana.

Entra Mati y se sienta en la cama conmigo, sabe que me encantan los masajes en la cabeza y mientras me da su punto de vista de mi situación, me da uno para intentar relajarme un poco.

—Queridísima Sofi: la has liado, y mucho, todo lo que no has hecho con veintitantos años lo has hecho en un mes y medio. Ja, ja, ja.

—Eso me ayuda mucho, queridísima amiga mía.

—Era broma, Sofí, ¿de verdad sientes lo mismo por los dos? Deberías hablar con ellos y ser sincera. George me ha contado que Mark está muy coladito por ti.

—Lo sé, él mismo me lo ha hecho saber, por eso me siento tan mal, porque los dos parecen estar pillados por mí. Mañana he quedado con Mark, se lo contaré todo, voy a ser sincera con él. Con Oliver lo seré cuando regrese, mejor cara a cara.

—Me parece bien, Sofí, y que sepas que sigo estando aquí para ti.

—Gracias, Mati, lo sé, ¡te quiero!

—Y yo, amiga mía.

—Mañana hablamos de qué vas hacer tú a partir del quince de septiembre.

—Vale, sí, porque yo también tengo algo que contarte —contesta Matilda.
No tardo ni cinco minutos en dormirme.

El día siguiente

Son las once de la mañana, madre de dios, había quedado con Mark a las ocho y media para desayunar, ¡lo que me faltaba! Seguro que tengo mil mensajes suyos, pero antes de leerlos lo llamo corriendo:

—Mark, lo siento, lo siento, lo siento, me he dormido, anoche me acosté tarde hablando con Mamá y Mati y no me acordé de poner el despertador.

—No te preocupes, lo he imaginado. He aprovechado la mañana para salir a correr y hacer un poco de ejercicio, ¿nos vemos esta noche? —pregunta Mark.

—¡Vale! ¿Me recoges a las siete?

—Perfecto, a las siete te recojo, Sofi.

—¡Hasta luego! —me despido.

—¡Hasta luego!

He conseguido ganar tiempo para poder prepararme lo que le voy a contar y cómo lo voy hacer.

Ahora que recuerdo: anoche Mati me dijo que tenía algo que contarme. Bajo al salón y le pregunto a Mamá por ella y me dice que George la recogió temprano. Tendré que esperar, parecen estar muy unidos estos dos en tan poco tiempo, no recuerdo cuánto, pero no más de un mes.

—Mamá voy a darme una ducha y te ayudo a preparar la comida, hoy podemos hacer pastel de atún. Sheila lo estaba comiendo el otro día en la clínica y ahora me apetece.

—Cuánto tiempo sin comerlo, me parece bien. Aquí te espero, que no recuerdo todo lo que llevaba.

—Vale, no tardo.

Le envió un mensaje a Matilda preguntándole si contamos con ella para comer: «Guapa, ¿te esperamos para comer? No se me olvida que tienes algo que contarme». «Sí, llego en veinte minutos».

«¡Ok!»

Me ducho de prisa para empezar a hacer la comida mientras viene Mati.

—Ya estoy aquí, Mamá. Empezamos.

—Muy bien, he ido hirviendo tres huevos y he sacado la salsa rosa, mayonesa, lechuga, olivas, atún... No recuerdo qué más lleva.

—Lo que queramos, le añadiremos pavo y yo creo que ya es suficiente. Con las rodajas de huevo y la yema espolvoreada, quedará riquísimo. Mati viene a comer.

—¡Estupendo!

Escucho la puerta: Mati ya está aquí, entra en la cocina y tiene cara descajada, me asusto y le pregunto qué le pasa.

—Mati ¿estás bien? Tienes muy mala cara.

—Tengo algo que contarte, Sofi, tu madre ya lo sabe.

—Dime, va, dime.

—¡Estoy embarazada!

No sabía cómo reaccionar, ni siquiera podía cerrar la boca.

—¿Qué me dices, Mati? ¿Habéis decidido qué vais hacer?

—Sí, hemos estado hablando los tres: George, tu madre y yo y hemos decidido tenerlo. De hecho, ahora venimos del médico y nos ha confirmado que efectivamente estoy embarazada, apenas de tres semanas.

—¡Qué alegría me das! ¿Y estás bien? ¿Has hablado con tus padres?

Entonces ¿te quedas en Londres?

—Sí, mis padres están contentísimos por el bebé, pero no tanto porque haya decidido quedarme en Londres. En pocas semanas vendrán a verme. George tiene un buen trabajo y cobra muy bien, me ha pedido que no trabaje hasta que el bebé tenga unos cuantos meses, así que durante el embarazo

perfeccionaré mi inglés. De hecho, voy a mudarme a su casa, necesitare ayuda.

—Claro que sí, lo que necesites. ¿Quién te iba a decir que lo que iban a ser unas vacaciones normales iban a terminar así? ¡Cuánto me alegro, Matilda!— Gracias, Sofi, te quiero —contesta entre sollozos.

—Y yo también, voy a estar a tu lado, Matilda, siempre —dice Mamá. Nos damos un abrazo a tres: estamos emocionadas.

Hay mucho en lo que pensar y mucho de lo que hablar.

—¿Habéis hablado de nombres? ¿Preferís niño o niña?

—Ja, ja, ja, hemos comentado algunos pero hasta que no sepamos el sexo no podremos concretar. Pero si es niña me gusta Olivia.

—Me encanta Olivia —le digo.

Mamá sirve el pastel de atún, tiene muy buena pinta.

—¡Qué rico nos ha salido!

—Mmm, la verdad es que sí, qué rico —dice Mamá.

Mati no puede ni hablar, ella también es muy fan del pastel de atún.

—Ahora más que nunca tienes que cuidarte, Mati, te voy a tener muy vigilada —le digo de broma.

—No espero menos de ti —responde Mati.

—Por cierto, Sofía, hay una cosa que sí tenemos clara. ¿Quieres ser la madrina?

—¿Cómo? ¿En serio? Es lo mejor que me podía pasar, claro que seré su madrina, la mejor madrina del mundo. ¡Millones de gracias!

—Gracias a ti por ser la mejor amiga que se puede tener.

Están siendo unos días de muchas emociones, pero tengo que volver a mi historia, nos han dado las cuatro de la tarde charlando. Mati se ha subido a la habitación a descansar y Mamá y yo nos tumbamos en el sofá a ver una de esas pelis que empiezan a esta hora y emiten casi cada semana.

Hasta las seis y media tengo tiempo, ya estoy duchada, solo tengo que cambiarme de ropa y maquillarme un poco.

Mamá siempre bate récords: se ha dormido en la quinta escena, en el cine se duerme en cuanto apagan las luces y se despierta cuando las encienden y atención ¡la peli le ha gustado!

Hoy me he levantado bastante tarde, espero poder aguantar toda la peli. Se acerca la hora y para que no me toque correr empiezo arreglarme con calma. Mamá y Mati siguen dormidas. Entro al lavabo y en cuestión de segundos entra Mati corriendo, pobre, empiezan las náuseas. Vuelve a la habitación, no creo que George tarde en llegar, me gustaría verle para poder darle la enhorabuena y pedirle por favor que la cuide mucho.

Esta noche con la tensión que viviré con Mark después de decirle en qué situación me encuentro con él y Oliver, podré calmar el momento hablando del futuro bebé.

Primer intento

Mark acaba de llegar. Ni siquiera sé cómo saludarlo, esperaré a que él lo haga y cuando ya estemos en el restaurante le confesaré lo que me ocurre. Me da un beso en los labios y un abrazo, me susurra que tenía ganas de verme, esto complica más la cosa... no va a ser fácil. Yo también tenía ganas de verlo.

Las casualidades existen: me lleva al mismo barco en el que cené con Oliver —¡por dios!, que los camareros no sean los mismos, qué van a pensar: mira la guarra esta, hace tres semanas con uno y ahora con otro... quiero evitar esa situación como sea—, entro al barco con la cabeza bastante agachada, por suerte nos dan una mesa en la otra punta de la que estuve la otra vez; nos toca camarera, menos mal, respiro algo aliviada.

—¿Qué te parece, Sofía?

¿Debo fingir o ser sincera? me digo a mí misma.

—¡Qué sitio tan bonito! Nunca había cenado en un barco.

Pero qué dices, Sofía, me digo a mí misma, se suponía que debía ser sincera y empiezo ya con mentiras. No va a salir bien: Oliver vendrá y se destapará todo, debo ser yo quien confiese.

La cena transcurre perfecta. Hablamos del futuro bebé de Matilda y George, resulta que Mark será el padrino y yo la madrina, vamos, para toda la vida... Hemos planeado algunas sorpresas para nuestro futuro ahijado y sus papis. Estamos muy ilusionados.

Le enseño la foto que me dio Mamá. Se queda igual de sorprendido que yo:

—¡Ostras, si somos nosotros! —dice Mark exaltado.

—¿No lo sabías? —le pregunto.

—No, para nada. Sí he visto esta foto por casa, pero nunca le había prestado atención. Entonces nos conocemos desde pequeños... Sí sabía que mi padre y tu madre eran amigos de la infancia y que mi padre ayudó a tu madre a rehacer su vida aquí, en Londres, pero no la había relacionado. Jamás lo hubiese imaginado.

—Yo también me he enterado hace nada y me sorprendí, igual que tú. Nos pasamos un buen rato intercambiando vivencias de Barcelona para ver en que más estábamos relacionados. La verdad es que está siendo una noche divertida recordando anécdotas.

En su casa

Ya estamos de vuelta y, gracias a dios, su coche está intacto. Coge el camino que va hacia su casa y, una vez más, no le digo nada. Sé perfectamente cómo terminará la noche, y es así como quiero que sea.

En el ascensor ya he perdido varias prendas de ropa, espero que no salga justo ahora ningún vecino a tirar la basura... Entramos en su casa y, sin más, empieza la fiesta: la ropa vuela como confeti, unas luces se encienden y otras se apagan... la nata en mi pecho.

El consejo que me dio Mamá de déjate llevar creo que me lo he tomado muy en serio.

Esta vez, nada de cama, la espuma sobresale de la bañera, ya no reconozco lo que es nata de lo que es espuma, pero lo que no mata engorda ¿verdad? El espejo y las paredes están empapadas, está demasiado caliente el ambiente, el agua está en el suelo, no parece preocuparse, mañana será otro día.

Hoy sí me quedo a dormir, me he quedado sin fuerzas, me apetece helado... Mark va a buscarlo mientras me visto, me ha dejado una camiseta suya, me siento en el sofá y lo veo venir sin camiseta, musculoso con unos *boxes*, qué bueno que está.

Nos comemos el helado mientras vemos la tele. Aviso a Mamá de que no voy a dormir a casa para que no se preocupe. Debe de estar sorprendida. No he salido de casa con la idea de esto...

Nos terminamos el helado y nos vamos a la cama, charlamos durante unos minutos, pero hemos terminado demasiado agotados, nos acurrucamos juntos y así nos dormimos.

Amanecemos prácticamente igual: he dormido genial, no quiero que me suelte, lo observo mientras duerme, no puedo evitarlo: me gusta mucho.

Me levanto sin hacer ruido, limpio el cuarto de baño y me dispongo a prepararle el desayuno, qué menos después de cómo dejamos todo ayer.

Vuelvo a la cama con el desayuno en una bandeja: zumo de naranja, huevos, *bacon* y mini salchichas, todo sano... Levanto ligeramente la ventana y lo despierto con besos en la espalda, nunca me había visto así. Abre los ojos, sonrío y me empuja sobre él:

—¿Has dormido bien, princesa? —me pregunta.

—Mejor que eso —le respondo.

Nos sentamos en la cama y, como en una peli de tortolitos, empezamos a desayunar.

—Está todo muy rico, Sofi.

—Muchas gracias, es lo mínimo que podía hacer.

Se levanta al baño y vuelve son cara de sorpresa.

—Has limpiado el baño tú sola.

—Sí, yo sola, no veo a nadie más por aquí —le respondo con tono irónico.

—No hacía falta, lo hubiera hecho yo —dice Mark.

—Lo sé, pero me he levantado antes que tú y no me cuesta nada hacerlo, yo también he sido partícipe.

Se acerca y me besa: es como un gracias silencioso. Consigo encontrar toda mi ropa, me visto.

—Me voy a casa, Mark —le digo.

—Vale, luego te llamo, podríamos ir al parque o al cine...

—Me parece bien.

Tiene un imán en sus labios porque no puedo parar de besarle.

Mark y yo cada vez estamos más unidos. No olvido que Oliver vuelve mañana y que es cuando sabré realmente dónde me lleva todo esto. Quiere

comer conmigo, es la oportunidad perfecta para empezar a tantear el terreno, solo me quedan unas tres semanas en Londres.

Con Mamá

Ostras, la semana que viene es mi cumpleaños, no me acordaba. Hablaré con Mamá, quiero una celebración tranquila.

Llego a casa, Mamá tiene unos días de vacaciones y nos vamos a pasar el día a la playa. Tenemos un buen caminito en coche, así que aprovecha para interrogarme sobre mi relación con Mark y mis intenciones con Oliver. Intento no ser muy explícita, pero no le niego lo que pasa. No entiende muy bien la conversación que tuvimos cuando regresé de Barcelona ni mi actitud, pero eso es cosa mía, no debo dejar que se involucre demasiado.

Volviendo a mi cumpleaños, le digo:

—Mamá, si por casualidad estáis pensando en hacer algo para mi cumpleaños, que sepas que quiero algo tranquilo con vosotras.

—No había pensado aún nada, Sofía —me dice Mamá— pero tranquila, lo tendré en cuenta.

Me parece raro que no tengan nada en mente, pero bueno, yo ya le he dicho lo que quiero.

Pasamos un fabuloso día juntas en la playa. Ahora sí estoy torrada de tanto sol, era lo que me faltaba este verano: playita o piscina. Tengo que reconocer que he estado en playas mejores, pero está bien, sobre todo poder compartir el máximo de tiempo posible con Mamá antes de volver a Barcelona. Hasta Navidades no la volveré a ver.

Oliver está de vuelta

Voy a recogerlo al aeropuerto, en tren. La vuelta es tranquila, me cuenta que se siente fuerte para afrontar todo lo que está por venir con Sharon, que es una etapa cerrada de su vida y tiene que aceptarlo ya.

Se va a comprar un coche nuevo para no tener nada que ver con ella y el que tenía hasta ahora se lo quedará ella.

Cogemos comida cerca de Hyde Park y nos sentamos en el césped a comer: voy a echar de menos estos momentos.

Ha llegado la hora de ser sincera:

—Oliver, tengo que hablar contigo.

—¡Uy! Tu tono no es muy positivo.

—Es complicado. Este tema aún no lo he tratado contigo: durante mi estancia en Londres he conocido a alguien más, se llama Mark y es el hijo de Peter, tu jefe. No entraba en mis planes, porque cuando llegué y te vi, me planteé un verano contigo, pero aparecieron George y Mark, y tú desapareciste... y al final pasó. Durante tu ausencia he estado viéndome con él. El problema es que me gustáis los dos, me voy en pocas semanas y estoy hecha un verdadero lío.

—No puedo negar que imaginaba algo, os he visto un par de veces con ellos, pero si tú no me contabas nada yo no iba a preguntar. Lo que me importa somos tú y yo. Y tienes razón: no lo he hecho de la mejor forma contigo, así que entiendo que haya aparecido alguien más en tu vida y te hayas dejado llevar. A mí me gustas mucho, Sofía, y voy a intentarlo todo para que estemos juntos. Sé que en breve te vas, pero también he pensado en esa opción.

—¿Qué opción? —pregunto.

—Irme a Barcelona contigo, volver a mis raíces, mi madre está encantada con esa posibilidad, le he hablado de ti y estas semanas en Barcelona me han servido para reflexionar mucho. Estoy dispuesto a cambiar mi vida y si es contigo, mejor.

Estoy anonadada, no sé qué decir, lo que me propone es muy formal. No es una decisión para tomar ahora, sin más, tengo que hablar primero con Mark y luego meditar.

—Agradezco tu comprensión y tu propuesta, pero necesito meditarla muy bien. Lo que me pides no es algo que se deba decidir así, sin más.

—Lo sé, yo he necesitado varias semanas para tomar esta decisión. Solo depende de lo que tú quieras, Sofía. Tómate el tiempo que necesites. Te estaré esperando.

Vuelvo a casa decaída, hubiese sido más fácil si se hubiese enfadado o tuviera claro que no quiere cambiar su vida por nada ni por nadie, pero no ha sido así, todo lo contrario, estoy peor de lo que estaba. Ahora solo me queda hablarlo con Mark y tomar una decisión.

Este mes tiene turno de tarde, así que intentaré que me haga un hueco una mañana para hablar con él. Necesito solucionar esto antes de mi cumpleaños, no quiero que sean los treinta más tristes de la historia de mi familia.

Así que esta vez no lo alargo más, le mando un wasap:

«Mark, búscame un hueco la mañana que te vaya bien, tengo que hablar contigo».

«Eso no suena bien, Sofía, ¿ocurre algo?»

«Prefiero hablarlo en persona, ya me dirás qué día te va bien».

«¡Vale, cuando termine el turno, hablamos. Un beso!»

«Un beso».

De compras

—Mamá, ya estoy en casa, ¿te apetece ir de compras?

—Sí, me visto y bajo.

—Vale, voy a prepararme algo de merendar, ¿tienes hambre?

—No, he comido tarde, he estado con Peter.

—Vale, Mamá.

En días con el ánimo tan bajo, lo mejor es disfrutar de un día de compras, en este caso, de una tarde de compras. Me ayudará a desconectar un rato. No creo que vea a Mark hasta el lunes, así que el fin de semana será tranquilo. Le propondré a Mamá ir a Manchester, el verano pasado no me dio tiempo a ir y tengo ganas, está a unas dos horas. También me gustaría visitar el circuito de Silverstone, queda un poco lejos, también son dos horas en coche, dependiendo del tráfico, pero estos podrían ser los destinos de este fin de semana. Me preparo un sándwich de nocilla blanca mientras Mamá termina de vestirse. Es una de mis debilidades, soy capaz de terminar el vaso de nocilla blanca en un solo día.

Ya está lista.

—¿*Dónde quieres ir de compras*, hija?

—Esa elección es tuya, tú conoces esta ciudad y seguro que sabes dónde tienen los mejores chollos.

—Vale, pues vamos allá —dice Mamá.

Cogemos el coche, conduce durante una media hora, no tengo ni idea de dónde estamos, solo veo tiendas por todas partes. Aquí hay de todo, ¡guau! este lugar es desestresante. Aparcamos a la primera, está lleno de gente.

—Me encanta este lugar, Mamá.

—Lo he imaginado, quería haberte traído para tu cumpleaños, pero creo que hoy lo necesitas más.

—Cómo me conoces.

—Eres mi hija —dice Mamá.

En poco tiempo ya llevamos las manos llenas de bolsas, es una locura de sitio, Mamá va cargada de cositas de decoración y material para modelar y yo voy cargada de ropa, calzado y, cómo no, cositas para mi futuro ahijado. Dicen que da mala suerte... para mí son tonterías, todo saldrá bien. Paramos a merendar, nos pedimos un sándwich vegetal cada una y un helado. Mamá como siempre de *stracciatella* y yo mi particular tarrina de turrón. Es el primer día que observo a mí alrededor que no hay nadie con móvil: la gente no tiene manos para sujetarlo, esta calle no te permite usarlo, solo hay hueco para bolsas, otra cosa positiva de este lugar.

Transmite magia, todas las tiendas tienen cositas expuestas en la calle, no te miran mal al entrar, no te persiguen para que sí o sí compres algo, sus tamaños son pequeños, pero tienen cosas muy chulas. He encontrado una tienda de mantitas bordadas a mano preciosas y muy calentitas para mis futuros bebés de cuatro patas, para intentar que la recuperación sea lo mejor posible. A Sheila y Arantxa les va a encantar.

Mamá guardaba un as debajo de la manga: —Ahora te toca a ti escoger regalo.

—No hace falta, Mamá, hemos comprado muchas cosas.

—En pocos días será tu cumpleaños, Sofía, y los treinta son un cambio importante, quiero comprarte algo que te guste, algo especial. Sígueme — dice Mamá.

Doblamos la esquina y entramos a una tienda pequeña y muy glamurosa. Mamá conoce a la dueña y cierran la tienda solo para mí. Empiezan a sacarme vestidos, zapatos... estoy asombrada, jamás me he puesto antes un vestido de esta categoría. Después de muchas pruebas, por fin me decido.

—Mamá, el que más me ha gustado es el plateado con brillantina en el borde del escote.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, es el que mejor te queda. Por favor, Marta ¿puedes ponernos el vestido de color plata que se ha probado con los zapatos a conjunto? Nos lo llevamos.

—Mamá ¿no habíamos quedado en que nada de fiestas?

—Sofía, este año es especial, cumples treinta años y estás aquí conmigo, quiero que sea un día que no olvides. Por favor, Sofía —me suplica Mamá.

—Está bien, Mamá, acepto fiesta sorpresa —le digo con tono un tanto desanimado.

—Gracias, hija, no te arrepentirás.

—Ya veremos —le digo entre dientes.

Es hora de volver a casa, estamos cansadísimas, llevamos prácticamente todo el día fuera de casa y aún queda la vuelta.

Le mando un wasap a Matilda para avisar de que ya vamos para casa y para ver cómo está: esta mañana seguía con las náuseas, pobre. Esperemos que solo sean los primeros meses, como dicen, y que no se pase así todo el embarazo: en vez de engordar parecería la raspa de un pescado. No he sabido nada de Oliver, debe de estar digiriendo el bombazo. Y sigo a la espera de que Mark me diga qué día le viene bien que nos veamos.

Llegamos a casa y, con lo cansadas que estamos, pedimos unas pizzas, una de cuatro quesos para Mamá y una diablo para mí, como bien indica su nombre es una diablo con cebolla, extra de queso, pollo y salsa picante, muy picante. Matilda está en la cama, hoy ha tenido un mal día y solo ha picado un poco de pasta. George se ha quedado dormido a su lado, por lo que no les vamos a despertar. Hoy dormiré yo en la otra habitación. Solo queda una semana para que Matilda se mude y quiero disfrutarla al máximo, va a ser difícil volverme a Barcelona sin ella. Daremos buen uso al Skype. Mientras

cenamos recibo un mensaje de Mark: «Hola, guapísima, el lunes por la mañana me iría bien quedar, ¿y a ti?»

«Hola, Mark, el lunes me viene genial, confirmame hora y lugar».

«¿En la cafetería de siempre a las 10?»

«Allí estaré, un beso».

«Un beso».

Menos mal que estamos a punto de terminar si no la pizza se me hubiese atragantado.

—Buenas noches, Mamá, mañana decidimos qué hacer.

—Muy bien, cariño, que duermas bien —dice Mamá.

—Hasta mañana.

Un día de playa curioso

Finalmente, decidimos pasar el domingo de nuevo en la playa, si Mamá quiere que me ponga el vestido y hacerme una fiesta para mi cumpleaños no puedo estar tan blanca... Preparamos las bolsas, el picoteo, la ensalada de pasta y algunas chucherías: hoy tengo que venir muy pero que muy morena... Salimos hacia allá, hoy conduzco yo, hace mucho que no cojo el coche y tengo curiosidad por conducir aquí. Después de unos diez minutos cambiamos los papeles: mejor que conduzca Mamá, conducir al revés no es tan fácil como pensaba.

Mientras aparcamos me da la sensación de que el coche de al lado es el de Oliver o quizás ya lo tenga Sharon, de todas formas, uno de los dos está aquí, debo estar alerta e intentar que no me vean, sobre todo ella.

La playa está llena, vemos un hueco a la derecha de las duchas, es importante tenerlas cerca. Colocamos las toallas, la sombrilla y mientras me estoy quitando la ropa veo a Oliver en el agua y a una morena que nada hacia él. No me lo puedo creer, ya tengo sustituta, dónde quedan sus palabras de luchar para estar conmigo, de dejar su vida aquí para venirse conmigo a Barcelona, será hijo de...

Mejor no le digo nada a Mamá, lo observaré y esta noche le llamaré, a ver qué ha hecho hoy. Estas no son formas de hacer las cosas, odio que me mientan.

Me pongo mi aceite protector con efecto UVA para potenciar el moreno, pero a la vez proteger la piel, me tumbo en la toalla, pero con un ojo en el agua: no quiero perderles de vista, no puedo evitar estar un tanto celosa, pero no puedo ser egoísta, no pueden ser los dos para mí. O sí.

Ostras, ostras, ostras, salen del agua, hacia donde estamos tumbadas; no, no, no, qué hago, dónde me meto, me pongo la camiseta en la cara para protegerme del sol.

—Pero, Sofía ¿no querías ponerte muy morena? Si te tapas, dudo que cojas color —dice Mamá.

—Lo sé, Mamá, es solo hasta que la crema penetre —menuda excusa le acabo de dar.

Me levanto un poco la camiseta, lo justo para dejar solo un ojo descubierto, no les veo, han debido de cambiar de dirección, los he perdido.

—Mamá, voy a la ducha, ahora vengo.

—Vale, toma, Sofía, lléname el spray pulverizador de agua, por favor. Mientras voy de camino no levanto la mirada de la arena, quema bastante y parezco un patito mareado dando saltitos para no quemarme: podría haberme puesto las chanclas...

—¿Sofía? —oigo detrás de mí.

—Mierda, mierda, mierda —digo en voz muy baja. Me giro y evidentemente es Oliver. Qué suerte la mía.

—Hola, Oliver, ¿qué tal?, ¿qué haces aquí?

—Me alegra verte, Sofía, he venido con unos amigos.

—¡Ah! Muy bien —le digo.

—Ya hablamos —me dice.

—Sí, sí, hablamos.

Con unos amigos... Será mentiroso... Dónde está la morena con la que estaba, no la veo por ninguna parte, cómo se atreve a decirme que con unos amigos...

Lleno el pulverizador de mamá y me mojo entera, estoy enfurecida. Pero qué mentiroso llega a ser... Mientras llego a la toalla le voy maldiciendo, quien me escuche debe pensar que no estoy muy fina y en realidad lo que estoy es muy cabreada. Cuando solo me quedan unos pocos pasos para llegar

a la toalla, lo veo a él con ella, al lado de Mamá, tumbados tomando el sol, ahora sí, a ver qué cara pone cuando me vuelva a ver, no tiene escapatoria.

—Toma, Mamá, el pulverizador, me voy al agua —le digo con tono alto, con la intención de que Oliver me escuche.

—Vale, yo de aquí no me muevo —me dice Mamá.

¡Vaya que si me escucha! El moreno que tenía se acaba de convertir en pálido. Me mira y le devuelvo una mirada diabólica, la chica me mira y lo mira, no parece entender nada.

Voy camino hacia el agua, sin girarme, debe de estar avergonzado, me ha mentido y lo sabe.

Nado durante un rato, esta playa cubre a trozos. Después de varios metros paro, a mi lado está él con la cara desencajada.

—Sofía, déjame que te explique... —me dice.

—No hay nada que me tengas que explicar, es bastante evidente que me has mentido —le digo.

—Lo he hecho porque no quería que pensaras lo que no es.

—*¿Lo que no es?* —le digo—. ¿Qué voy a pensar después de que me digas que estás con amigos y te veo con esa morena? Pero tranquilo: no eres mi novio, no tienes que darme ninguna explicación.

—Sofía, por favor, no te enfades.

—No me apetece seguir hablando. Oliver, de verdad, estoy mosqueada.

Y sin dejar que siga hablando nado hasta llegar de nuevo a la orilla, me coloco los cascos y me tumbo a tomar el sol.

Después de tostarme al sol por delante y por detrás, me levanto para coger algo de picar. Ya no están, mejor así, pero me he quedado con muy mal cuerpo, no me lo esperaba, pero tampoco puedo exigirle nada. Es solo culpa mía toda esta situación.

Soy yo la indecisa, no ellos. De vuelta a casa le cuento a Mamá lo que ha pasado y su respuesta es lo que ya sé: tengo que aclararme, no puedo culpar a

nadie ni enfadarme con él, sí por mentirme, pero no por verse con otras chicas. Es lo que yo estoy haciendo con ellos dos.

Esto no parece que vaya a terminar muy bien.

Confesión a Mark

Estoy nerviosa, ahora me toca pasar por lo mismo, pero con Mark, con él he tenido más historia, así que la situación va a ser más delicada.

Voy por el camino de siempre y llego al mismo semáforo de siempre, parece que se repite la misma situación de algunas semanas atrás; lo veo a través de los ventanales, sentado y con la cabeza medio baja, parece impaciente. Esta vez no lo saludo tan efusivamente, no tendría sentido hacerlo, aunque tenga ganas de tirarme a sus brazos.

—Me tienes nervioso desde el mensaje acojonante que me enviaste — comienza diciendo Mark.

—Tampoco es para acojonarse, es solo que me encuentro en una situación difícil: no solo me he estado viendo contigo, Mark, también me he visto con Oliver, de hecho, es con él con quien tuve la primera cita, es por él por quien me interesé, pero luego apareciste tú y mi mundo se volvió del revés, no soy capaz de elegir a uno, me gustáis los dos y soy consciente de que eso no puede ser.

—No sé qué decirte, Sofía, no me lo esperaba, creía que estábamos bien, que estábamos cada vez más unidos... —dice con voz entrecortada.

—Lo siento, Mark, es lo único que se me ocurre decirte. Me voy en tres semanas y no veía justo mentiros a vosotros ni mentirme a mí misma. Esto es muy complicado.

—*¿Y qué quieres hacer?* —Pregunta— *¿Dejar de vernos?*

—No, no, para nada, eso es lo último que quiero, solo necesito aclararme, vosotros tenéis vuestras vidas aquí.

—Por ti la cambio, Sofía —me corta rápidamente.

—Oliver dice lo mismo, pero sería muy egoísta por mi parte.

—Por favor, Sofía, no salgas de mi vida. Tómate el tiempo que necesites, pero no te alejes de mí —me dice cogiéndome la mano.

—Te prometo que intentaré aclarar mi mente y mi corazón —le digo.

—Te quiero, Sofía. —dice.

No lo puedo creer, nunca antes un chico me había dicho que me quería, es un momento agridulce, no sé qué debo responder, le besaría...

—No hace falta que me digas nada, solo piénsalo —dice Mark antes de que conteste.

—Lo pensaré —respondo.

Tic-tac, treinta

Estos días previos a mi cumpleaños he intentado desconectar para poder relajarme y pensar mejor; he pasado más tiempo con Matilda, es a la que más voy a echar de menos y la que más me necesita ahora mismo, hemos hablado largo y tendido sobre George, sobre el bebé, sobre su futuro aquí... Y ojalá yo tuviera su fortaleza, lo tiene todo clarísimo, ha encontrado al amor de su vida y se nota que él la adora, van a formar una familia increíble de la que voy a poder formar parte siempre y a la que me une ser la madrina. Han hablado de boda para Navidades, algo íntimo, antes de que llegue el bebé, me alegro tanto por ella... se merece lo mejor.

Algún día yo también viviré esto.

—No olvides, Mati, mi capacidad para organizar eventos —le recuerdo.

—Eso te quería pedir, Sofi, eres muy buena organizadora y mandona ja, ja, ja. Me gustaría que en la medida de lo posible me ayudaras a organizar la boda, ¿te apetece? —pregunta Mati.

—Pensé que no me lo pedirías, por supuesto que organizaré tu boda, solo tienes que decirme fecha.

—Mírate el horario y cuando puedas estar tú, esa será la fecha —responde Mati.

—Te quiero, amiga —le digo.

Mi cumpleaños

Ya es sábado, es mi cumpleaños: hoy cambio de década, hoy es un día especial, hoy cumplo treinta años. Tengo el móvil lleno de felicitaciones, estoy emocionada, recibo la llamada de Papá.

—Buenos días, papá.

—¡*Feliz cumpleaños, hija!* ¿Cómo estás?

—Muchas gracias, papi, estoy contenta y emocionada.

—Espero que pases el día que te mereces, hija, a tu vuelta lo celebramos.

—Vale, Papá, luego te mando fotitos, que algo me han preparado por aquí. Un beso, te quiero.

—Pásalo bien, te quiero, hija.

Entran a la habitación Mamá y Matilda cantando el cumpleaños feliz con el móvil a todo volumen. Empiezo a saltar en la cama y se unen a mí, parecemos unas crías, pero es divertido y el día lo merece. Me han preparado el desayuno y han decorado la casa con globos, confeti... cómo me conocen. Matilda me pide que me vista rápidamente y baje, que tiene algunos regalos para mí.

—Guau, chicas, qué bonito habéis dejado el salón, me encanta, muchísimas gracias.

—Toma, toma, Sofi, ábrelo... primero el grande.

—Ostras, Matilda, es perfecto, me encanta el bolso, estos parches de mariposas y flores se llevan muchísimo.

—Me alegro, ahora el pequeño —me dice emocionada.

No puedo articular palabra: es el regalo más significativo de mi nueva etapa, es la ecografía de mi ahijado con un mensaje precioso: «Tata, no tardes

mucho en volver a vernos, te voy a querer siempre».

Qué panzón de llorar.

—Me has dejado sin palabras, Mati, esto es increíble, os prometo que voy a estar siempre a su lado y al vuestro.

Nos damos un largo abrazo.

Mamá también está llorando, ella sí va a estar apoyándolos, lo sé.

—Ahora me toca a mí —dice Mamá.

—Pero si el tuyo ya lo tengo listo para esta noche —le digo, refiriéndome al vestido.

—Pero hay algo más. Toma...

Es una caja alargada, blanca con un lazo dorado, qué será...

—Mamá... es precioso, es original, es perfecto.

Es un reloj con una imagen de ella, Mati y yo, juntas en la esfera.

—Para que cada segundo del día recuerdes que estamos contigo —puntualiza Mamá. Otra vez a llorar...

—Mil gracias, Mamá, me encanta. Os quiero.

—Por cierto, Sofía, esta mañana temprano ha llegado algo para ti, lo tienes en la mesa de la cocina —me dice Mati.

Me dirijo a la cocina con mucha curiosidad, es un ramo de flores enorme, blancas... esto solo ha podido ser una persona, solo Mark sabe el significado de las flores blancas, hay una nota... efectivamente es Mark y en la nota pone:

—*¡Te quiero, piénsalo!*

Qué frase tan corta y con tanto significado...

Mamá y Mati sonríen.

—Mark es un sol y es muy detallista —dice Mamá.

—Coincido contigo, Cintia —dice Mati. Pienso igual, pero no lo digo.

Suena el timbre.

—Voy yo —digo en alto.

Otro ramo de flores, esta vez rojas.

—¿La señorita Sofía, por favor? —pregunta el mensajero.

—Sí, soy yo.

—Aquí tiene, esto es para usted.

—¡*Muchas gracias!*

Me dirijo a la cocina, Mamá y Mati están que se mueren de la risa y encima las flores rojas no son de mis favoritas... también trae una nota:

«Siento haberte mentado, espero que puedas perdonarme. Felicidades, preciosa».

Sin duda es Oliver, cómo no me van a encantar los dos, qué detallazos han tenido.

Mientras disfruto del fantástico desayuno bajo en calorías que me han preparado —huevos, *bacon*, mini salchichas, etc., totalmente inglés—, aprovecho para darles las gracias tanto a Mark como a Oliver.

—Muchas gracias por el ramo, es precioso. Le mando a los dos el mismo mensaje.

Decidimos salir las tres por la ciudad, Matilda aún no ha estado en el Big Ben y es hora de que lo vea. Si no está con muchas náuseas intentaré que suba la noria, aunque esto lo veo algo más complicado. Luego iremos a comer a la famosa calle de las tiendas, no quiero irme de aquí sin volver a ir a ese mágico lugar. A Matilda le encantaron las compras que le hicimos para el bebé. Decidimos comer allí.

Volvemos pronto a casa para poder descansar antes de la fiesta de esta noche. La única pista que tengo es que Mamá estará en la primera parte de la noche, pero no en la segunda... puedo imaginar cena y discoteca, veremos a ver.

Fiesta del treinta

cumpleaños

En casa ya estamos como locas, las tres arreglándonos a la vez, menos mal que esta vez la ropa la tengo preparada, eso me ha evitado todo el quebradero de cabeza innecesario para hoy.

Empiezo por el pelo y el maquillaje y sigo en mi línea, necesito sentirme yo misma, así que pelo ondulado y maquillaje discreto.

Ahora llega el momento de vestirse, en quince minutos salimos, cenamos las tres juntas y supongo que la disco será con George, Mark... El vestido es espectacular, es de color plata, corto, con pedrería fina en el escote y con encaje. Los zapatos también son de color plata, tipo sandalia, anudada al tobillo, hacen la pierna más sexy.

Mamá está espectacular con un vestido largo rojo con un poco de vuelo y escotado por la espalda y Matilda, guapísima como siempre, con un *short* corto blanco y una camisa larga con transparencias de color verde.

—Estamos rompedoras, chicas —digo con tono animado

—La verdad es que sí que lo estamos, sí —dice Mamá.

—Y a mí las náuseas me han dado una tregua, así que estoy de acuerdo, estamos rompedoras —comenta Mati—. ¿Estás lista, Sofi, para una noche que no vas a olvidar?—Me vengaré de vosotras como os paséis. Queda dicho.

Llaman a la puerta: es George, viene a buscarnos.

Primera sorpresa de la noche, no es una cena para las tres solas. Nos dirigimos al bar de Peter, lo podía imaginar.

Me piden que espere fuera y entran ellos primero.

—Cuenta hasta treinta y entras, Sofía —dice Mamá

—Vale —contesto.

Uno, dos, tres, cuatro... treinta. Madre mía, qué nerviosa estoy.

—¡¡SORPRESAAAAAAA!!

Esto es lo que escucho al entrar, pero no veo nada. Hay mucha gente, luces de colores, globos, estoy llena de confeti. No me lo puedo creer, pero sí...

—¡Habéis venido, chicos! Qué sorpresa tan increíble, madre mía, esto sí que no lo esperaba, mis amigos de Barcelona en Londres conmigo en mi treinta cumpleaños, estoy flipando —digo chillando de emoción.

—Claro que sí, cómo nos íbamos a perder algo así, queríamos estar a tu lado —dice Sheila.

—¡Felicidades!

—¡Felicidades!

—¡Felicidades!

—¡Felicidades!

—¡Felicidades!

—Gracias, gracias y mil gracias a todos por venir, es la mejor noche de mi vida. ¿Hasta cuándo os quedáis? —pregunto.

—El avión de vuelta sale a las siete de la mañana, una locura de ida y vuelta para estar aquí contigo —contesta Gerard algo contentito ya por la cerveza.

—Madre mía, chicos, estáis locos, pero me alegro de teneros aquí conmigo.

Esta es sin duda la mayor sorpresa que me han dado nunca, es increíble. Somos diez en la mesa, pero no veo a Mark. Le pregunto a Matilda si sabe algo.

—Mati, está George, pero no está Mark.

—No, ha preferido no venir a la cena para no encontrarse con Oliver y evitarte así una noche incómoda para ti. Vendrá después.

—¡Ah!

En el fondo es una buena decisión. Tiene la cabeza bien amueblada este chico.

Oliver no se sentará con nosotros, está en la cocina, esta noche no libra, pero sé que irá saliendo a ver qué tal va todo y Peter dejará que se tome algo con nosotros. El bar prácticamente se ha cerrado para nosotros, solo coge reservas para dos esta noche.

—Que empiece la noche —digo levantando la copa.

—Por ti, Sofía, que cumplas muchos más —se escucha unánime.

La cena no puede ir mejor, tenemos tanto que contarnos que nos pisamos unos a otros, qué emoción, ya llevamos cuatro sangrías y me parece que alguna más en camino, más lo que ellos ya habían bebido mientras esperaban. Después de una fantástica cena, apagan las luces y empiezan a cantar el cumpleaños feliz, trae la tarta Oliver... Es muy yo: es una tarta de *fondant* de chocolate blanco con un oso de una de mis marcas favoritas en color rosa. Está riquísima a la vez que empalagosa.

Mientras cortan la tarta y preparan los cafés, Oliver me hace un gesto para que suba.

Arriba, que yo sepa, están los cuartos de baño y una puerta blanca que no sé a dónde lleva.

Con discreción me levanto y subo, está esperándome en la puerta blanca, la abre, me coge de la mano y me lleva hacia dentro.

—Tengo veinte minutos de descanso y quería verte a solas. Te echo de menos —dice Oliver.

No le dejo hablar más y empiezo a besarlo, al entrar solo me ha dado tiempo a ver que hay una cama, eso es suficiente... No sé por qué, pero con él siempre es más loco el sexo, en eso nos parecemos bastante, no somos muy románticos ninguno de los dos y menos en las condiciones en las que nos hemos tenido que ver: en el coche y aquí, en su trabajo, en un descanso

con todo el mundo abajo, incluidos Mamá y Peter, pero no puedo evitar dejarme llevar, yo también quería estar con él.

Esta noche casi todo vale y Mark aún no está.

Salgo de entre las sábanas con ganas de más, pero no hay tiempo, raro que no haya subido nadie aún en mi busca.

—Baja cinco minutos después que yo —le digo.

—Tranquila, están muy entretenidos para fijarse en mí —dice Oliver.

Le beso tres o cuatro veces más y bajo.

Me siento en la mesa y ya están sirviendo el pastel y los cortados.

—*¿Dónde se ha quedado el pintalabios que llevabas cuando has subido?*
—pregunta Mati.

—Mati, calla, que no te escuche mi madre.

—Ja, ja, ja, ja, no pierdes el tiempo —remata Mati. —Es mi *día* —
concluyo con un guiño.

La fiesta sigue y los chupitos empiezan aparecer.

—Es más de media noche, es hora de irse al siguiente lugar —dice Gerard.
No digo nada, solo me dejo llevar, está siendo el mejor cumpleaños de mi vida y sin lugar a duda lo seguirá siendo: tengo el mejor equipo del mundo.

Salimos del local, un tanto tocados por la bebida. Mamá y Peter se despiden de nosotros, la fiesta continúa sin ellos.

—Sí, Mamá, muchísimas gracias por haber hecho esto posible.

Llegan tres taxis, en uno de ellos ya está Mark dentro, me voy directa a ese taxi.

—Felicidades, princesa, estás guapísima —dice Mark.

—Muchas gracias, guapo.

Qué chico tan educado, tan tierno, tan cariñoso, tan guapo... tan todo. Qué duro va a ser separarme de ellos. Pero esta noche no toca pensar en eso, toca pasarlo en grande.

Llegamos a la discoteca, es en la primera que estuvimos cuando vinimos hace ya cerca de tres meses. Cómo pasa el tiempo, tenemos un reservado para nosotros y todas las bandejas con cava y bengalas preparadas, este sitio es espectacular. Suena el cumpleaños feliz a toda hostia, es el pistoletazo de salida, brindamos todos a una y que continúe la fiesta...

Sobre las cuatro de la mañana, Mati se retira a descansar, bastante ha aguantado, la pobre.

—Sofi, me voy a descansar, pasa una buena noche y mañana hablamos— dice Mati.

—*Ok*, Mati, millones de gracias por esta noche.

—Te lo mereces —concluye Mati.

Les doy un beso y un abrazo a Mati y George y seguimos la fiesta.

A las cinco y media tienen que estar de camino al aeropuerto y va a ser toda una aventura llegar.

Los taxis están fuera, ahora son dos, decido acompañarlos al aeropuerto y Mark se apunta conmigo para que no vuelva sola. Después de una media hora de trayecto, ya estamos allí, qué mal los veo, borrachuzos, apenas pueden abrir los ojos del cansancio que tienen.

—Chicos, embarcad ya y así os podéis acomodar hasta que salga el vuelo y luego dormir toda la vuelta —les digo.

—Sí, mejor vamos tirando —contesta Sheila. La única serena me parece a mí.

—Muchas gracias por lo que habéis hecho, ha sido una noche muy especial e inolvidable —digo para despedirme de ellos.

—Eres la mejor, Sofi, te queremos —contestan balbuceando.

Fin de fiesta

Le hemos pedido al taxista que nos esperara; ya estamos de vuelta Mark y yo. Nos pregunta por la dirección y, ni corta ni perezosa, le doy la dirección de casa de Mark, él sonríe y no dice nada; tengo que ponerle punto y final a esta fiesta de la mejor manera. Sé que parece que los estoy utilizando a mi conveniencia y no es del todo incierto, a mí me apetece y ellos se dejan, entonces... qué le voy hacer... seguir adelante, sé que va a ser más doloroso pero hay un imán que me une a ellos, hay algo que no me deja guardar las distancias, como pretendía, me han dado en poco tiempo todo lo que jamás había sentido, ahora solo me falta identificar cuál de los dos es para mí, quizás ninguno. Dicen que el tiempo es bueno para aclararse, para darse cuenta de las cosas, espero que cuando me vaya no sea tarde para ninguno de los tres, espero no arrepentirme, pero esta recta final de mi estancia en Londres voy aprovecharla y a pensar lo mínimo posible en el después, lo que tenga que pasar, ya se verá.

Llegamos a casa de Mark, sigue con esa risa tonta que no acabo de entender. No sé si es porque yo misma he decidido venir aquí o qué. Llegamos al rellano y me pide que no entre hasta que me avise, ahora entiendo que esa risita tonta se debe a que tiene algo preparado. Después de unos cuantos minutos esperando, asoma la cabeza y me pide que cuente hasta veinte y entonces entre; no soy muy fan de las sorpresas y si sé que la voy a tener me pongo a indagar hasta averiguar de qué se trata y luego finjo de la mejor de las maneras que me he llevado la gran sorpresa, pero si no la espero, como ahora, me pongo nerviosa y no sé cómo actuar. Ahora la cara de tonta la tengo yo.

Uno, dos, tres... veinte. Entro.

Esto es romanticismo en estado puro: todo el pasillo que lleva hasta el salón está lleno de pétalos de rosa roja y blanca y velas aromáticas indicando el camino; se nota que lo son porque el pestazo a limón cubre el piso, menos mal que no es olor a vainilla, coco... porque entonces salgo cagando hostias de aquí, no hay olores que me produzcan un estado de mareo y asco más grande que esos.

Sigo el camino sin verle a él, lo hago tan lentamente que las velas se consumen rápidamente. No sé si estoy preparada para ver más, espero que no esté en el sofá desnudo y rodeado de pétalos porque tendría la misma sensación que con los olores que os he comentado antes.

A dos metros de llegar al salón y rezando para que mis pensamientos no se conviertan en una realidad, entro al salón, mierda, pienso para mis adentros... pero qué demonios hace así. No, no, estoy roja como un tomate y eso es difícil en mí, por favor, tápate, haz lo que sea, pero así, en el sofá y entre pétalos, no, joder, no es bonito para mis ojos ni romántico. No sé cómo reaccionar, así que me pongo a reír. El problema es que no sé si podré parar, menos mal que él también empieza a reírse, tiene más sentido del humor del que pensaba, es lógico y normal que él mismo se sienta ridículo, porque lo está.

—No hacía falta tanto, Mark, qué romántico todo. Y, además, de verdad que no era necesario, pobre.

—Esto es poco para lo que te mereces —dice.

No fastidies que tiene más numeritos como este guardado, porque me da algo.

—Esto es para ti, Sofía, espero que te guste.

Me da un regalo, pero abrirlo ahora es bastante incómodo, si se tapara sería mejor, pero como no lo hace, decido abrirlo más tarde.

—Lo abro más tarde, si no te importa, me apetece una copa.

—Ahora mismo, contesta.

Se me ha ido la borrachera y necesito que vuelva: no es momento de que me abandone.

Después de dos copas, y en la misma situación, decido quitarme yo también la ropa, así que, poco a poco, voy deshaciéndome de ella. Al final, terminará siendo una situación divertida y calentorra. Bueno, es el objetivo. Por fin, se da por aludido, el momento de posado feliz ha terminado así que, chico, es tarde, estoy borracha, es mi cumpleaños y quiero rematar como dios manda, que sirva de algo todo este romanticismo, vamos al lío, pollito.

Como Matilda está un tanto relajada, sexualmente hablando, por el tema del embarazo ha sido tan generosa de prestarme algunas cositas que tenía.

Esta noche vamos a jugar un poco.

Saco del bolso dos geles para masaje excitante: uno es de sabor a limón y en el otro no hay nada escrito, así que —lista de mí— me apodero del de limón por si las moscas, que tampoco es que me fie cien por cien de Matilda, es una gran caja de sorpresas.

Vamos a la cama, tumbo a Mark y le unto el gel de limón por el cuerpo, continúo con un masaje placentero, no es exactamente lo que había imaginado, el gel en la boca no es lo que más me pone, la verdad, y encima no se absorbe, es más bien una cochinado que espero que luego no se convierta en algo pegajoso.

Se me ha ido toda la motivación. Ahora él coge las riendas, a ver si consigue animarme... Coge el otro gel, empieza untándolo por la espalda, no me lo puedo creer, ya verás cuando pille a Mati, podría haberme avisado que el que no especificada nada era vainilla, acerco mi mano a la cara mientras él juega con mi cuerpo para, al menos, oler el limón de mis manos porque si no voy a meterme en la ducha y dar por finalizada la que está siendo mi mejor noche. Poco a poco consigue relajarme, olvidar ese asqueroso y empalagoso olor, y hacer que, una vez más, toque las nubes con las manos, no sé cómo lo

hace, siempre consigue que llegue a lo más alto del clímax, me vuelve loca este chico, es cariñoso, pero a la vez muy cañero y dispuesto a probar lo que se nos ocurra, con él no conozco la palabra aburrimiento y eso es muy positivo.

Después de este momento y de una ducha juntos, damos por finalizada mi fantástica fiesta de cumpleaños, no puedo pedirle mejor entrada a esta nueva década.

Ya en la cama, me recuerda que no he abierto el regalo.

—Tienes razón, Mark, voy a por él.

Abro la caja y dentro hay un sobre, en él pone una fecha —quince de septiembre—, la misma fecha que el día que me marché de Londres. Insisto: no me gustan las sorpresas.

—Sofía, te pido por favor que no lo abras hasta que estés en el aeropuerto, por favor, es una sorpresa.

—Mark, sabes que no me gustan las sorpresas y menos con tantos días por delante, no te puedo prometer nada —contesto.

—Lo sé, pero te pido que lo intentes, al menos —dice.

—Vale. Lo intentaré. Ahora sí, necesito dormir.

—Buenas noches, Mark.

—Buenas noches, cariño.

Penúltima semana en Londres

Llevo dos días observando la carta, tengo muchísima curiosidad por saber qué ha escrito en ella. Mamá insiste en que no la abra y Mati quiere que la abra, no me sirven de ayuda. No quiero enterarme de vete a saber qué en el último momento, en el aeropuerto, y no saber qué hacer o qué decir según lo que contenga.

—Mamá, Mati, esta noche toca terraza, voy abrir la carta, estoy decidida, ahora mismo voy a salir a correr un rato para despejarme. Cuando vuelva, me ducho, preparo la cena y la abrimos. Por cierto, Mamá, le he dado a la terraza el toque que le hacía falta.

—A saber la que has liado allí arriba...—contesta Mamá.

—Te gustará, estoy segura —respondo.

Salgo de casa, camino a Hyde Park, para correr un poco y hacer alguna rutina de ejercicios para volver lo más en forma posible a mi nueva vida en Barcelona, me ayuda a despejarme y liberar tensión, cuando me siento agobiada necesito dedicarme un tiempo a mí misma.

Mamá se va a sorprender mucho cuando vea la terraza, es un lugar, como ya os comenté, mágico, pero le hacía falta un toque personal y dejarle algo que le recuerde a mí; he colocado unos pequeños sofás hechos de palés pintados de blanco roto con una mesa del mismo estilo y algunos tiestos colgantes con flores blancas y fucsias.

Esta noche es el estreno.

La carta

A Mamá le ha encantado la nueva decoración de la terraza, se ha emocionado mucho.

Ya tenemos la cena preparada: hemos hecho pizzas después de hacer deporte. Quiero abrir la carta, pero primero cenamos tranquilas, hablando de Mamá y Peter, de Matilda, George y el bebé, mi futuro en Barcelona... Ya quieren saber cuándo vuelvo, en realidad, lo que quieren es que no que me vaya. El lunes Mati se muda a casa de George, quiere hacerlo antes de que yo me vaya para que me quede tranquila y para que pueda ayudarla, sus padres le han enviado algunas cosas que llegarán la semana que viene y luego yo le iré mandando algunas de sus cosas, según las vaya necesitando. Me da pena pensar en los cambios que estamos haciendo en nuestras vidas, pero es una pena de felicidad porque todo nos va bien.

Ha llegado el momento, saco la carta de debajo de la servilleta, Mamá ya ha traído los chupitos de mora, así que no falta nada.

Primer chupito y abro la carta:

—Un billete de avión destino Barcelona y una carta. —les digo. Leo la carta:

Hola, Sofía:

No puedo dejar que te vayas, no puedo dejarte ir, no sin mí, eres lo más especial que me ha pasado en la vida y no quiero separarme de ti. No sé cómo vas a reaccionar, solo sé que mi corazón siente que esto es lo que tengo hacer. Como tengo familia en Barcelona no voy a pedirte que nos vayamos a vivir juntos, solo te pido una oportunidad para formar parte

ahora de tu vida, de compartir contigo lo tuyo, de vivir tu vida y empezar la nuestra.

Te quiero, Sofía, te quiero de verdad.

No puedo reaccionar, no puedo levantar la vista de la hoja, hay un silencio largo, miro a Mamá y a Mati y están como yo, no saben qué decirme... Continuamos en silencio unos minutos más y me tomo otro chupito, Mamá me sigue. Esto no lo esperaba, tampoco sé si estoy preparada para compartir mi día a día con nadie, todo esto es nuevo para mí, aunque este es el objetivo que tenía en este cambio de década: enamorarme y encontrar el trabajo por el que tanto había estudiado, ahora que lo tengo no sé qué hacer...

—¿Se pueden querer a dos hombres a la vez? —pregunto.

—No lo sé, Sofía —contesta Mamá.

—Qué difícil lo tienes, Sofi, pero yo no tendría dudas en tu caso —dice Matilda.

—Ya sé la debilidad que tienes por Mark —le digo.

—No es solo eso, Sofía, quien más te ha demostrado y quien menos te ha fallado estos meses ha sido Mark. Oliver ha ido haciendo y deshaciendo a su antojo, se fue sin avisar, lo viste con otra en la playa y te mintió... — me recuerda Mati.

—Lo sé, lo sé y tienes razón, pero quien manda es mi corazón —sentencio —. Gracias a las dos por estar conmigo.

Me tomo el último chupito y me voy a la cama, necesito pensar.

—¡*Bona nit!*

—¡*Bona nit!*

—¡*Bona nit*, hija!

Ellas se quedan hablando, supongo que intercambiando opiniones para poder ayudarme, aunque esta decisión sé que solo la puedo tomar yo y ahora mismo necesito meterme en la cama: mañana es sábado y el día se acerca.

Es mi último fin de semana en Londres.

Último fin de semana

Estoy bastante nerviosa, es el último fin de semana en Londres, no puedo creer todo lo que he vivido este verano; llegué con pocas vivencias que contar y me voy con una lista interminable de aventuras, de emociones, de sentimientos, de miedos, de inquietudes...

Por otro lado hacía años que no pasaba tanto tiempo con Mamá. Es duro no tenerla a mi lado cada vez que quiera, la distancia es un asco, menos mal que la tecnología, hoy en día, es una pasada y con WhatsApp, videollamadas, etc. podemos estar conectadas la una con la otra, ahora ya no es solo ella el motivo para venir, ahora dejo mucho aquí.

Mientras ayudo a Matilda a embalar cajas no dejo de pensar en la carta, no sé francamente qué hacer, no sé si dejarme llevar y probar... pero si sigo pensando en los dos no voy a poder llegar a nada con Mark y no es justo hacernos daño. Creo que tengo la decisión casi tomada, no va ser justa, pero es lo que siento que debo hacer en este momento.

Sí, lo tengo claro.

—Mati, ¿te importa que me ausente un rato? Hay algo que tengo que hacer.

—Sí, tranquila, esto ya casi está.

Me preparo un zumo de naranja natural, una tostada de membrillo, cojo dos hojas, un boli y me acomodo en la terraza: tengo dos cartas que escribir y un vuelo que cambiar.

Carta para Oliver

Querido Oliver:

No es fácil para mí decirte esto en persona, pensarás que soy una cobarde por hacerlo por escrito, pero no es así, necesito poder explicarte bien todo y no dejarme nada en el aire.

Cuando vine aquí, pensaba en volver a verte, sentía curiosidad por conocerte, me gustaba lo que veía. Físicamente eres mi tipo, pero me faltaba conocerte interiormente. Jamás imaginé que sería correspondida, nunca he vivido con intensidad una relación, no sabía lo que era sentirse tan querida hasta que te conocí. Nuestros pequeños encuentros me creaban mariposas en el estómago, deseaba girar una esquina y encontrarte, quería despertar cada mañana contigo, que el primer mensaje en mi móvil fuera tuyo. Lo que sentía y siento por ti no es un capricho, pero también debo recordarte los momentos no tan agradables que he vivido contigo: después de nuestra primera cita desapareciste sin darme ninguna explicación, nuestro reencuentro cumplió mis expectativas y pensé que podríamos seguir adelante, pero a las pocas semanas te encontré en la playa con otra y encima me mentiste. Esto es algo que me costará olvidar, odio una mentira y tampoco supiste reaccionar de forma adecuada.

Sí es cierto que nuestros encuentros esporádicos han sido por gusto y los hemos disfrutado los dos; no te voy a negar que a pesar de todo deseo tocarte, besarte, abrazarte... pero hay algo que me hace desconfiar. Me vuelvo a Barcelona en unos días y no quiero dejar una puerta entreabierta. Quiero que sepas que no he tomado ninguna decisión, necesito volverme, empezar mi nuevo trabajo y dejar que pase un tiempo para

recomponerme.

Gracias por darme todo lo que me has dado este verano, gracias por tu atención y, sobre todo, gracias por haberme hecho sentir lo que he sentido.

Siempre te llevaré en mi corazón y espero que podamos vernos pronto.

Me tienes para lo que necesites. Con todo mi cariño,

Sofía

Carta para Mark

Hola, Mark:

No sé por dónde empezar, contigo no contaba en este viaje, pero apareciste. Al principio fui reacia a conocerte porque quien me interesaba era Oliver, pero gracias a los consejos de Matilda conseguí abrirme a ti, y cuál fue mi sorpresa... He visto lo maravilloso que eres, lo he pasado muy bien contigo, la palabra aburrimiento no existe estando juntos, nuestros momentos de pasión han sido fantásticos, tu delicadeza, tu atención, todo lo que me has dado no lo esperaba.

Tú has revolucionado mi vida, tú has hecho que me pregunte si se pueden querer a dos hombres a la vez. No tengo la respuesta a la pregunta, pero lo que sí sé es que contigo todo ha sido perfecto, no tengo un pero que decirte.

He abierto el sobre que me diste, lo siento, de verdad, lo siento muchísimo. Ahora mismo no es momento de intentar lo que me propones, no estoy cerrando la puerta, solo te pido que me des tiempo; necesito volver a mi vida real, necesito empezar mi nuevo trabajo y madurar los nuevos cambios que tengo en mente, quiero independizarme y una vez asentada y tranquila espero darme cuenta de qué es lo que necesito, lo que quiero... Necesito echaros de menos para saber realmente en qué punto estoy con vosotros.

No quiero hacerte daño y si es contigo con quien quiero estar, volveré a por ti y si ya no estás lucharé por ti, porque eres especial, eres perfecto, Mark.

Gracias por todo, por haberme hecho sentir la princesa del cuento. Siento irme así, pero es lo mejor. Me tienes para lo que necesites.

Te quiero, Mark.

Sofía

Últimos tres días

Acabo de cambiar el vuelo de vuelta a casa: en vez del viernes, como tenía previsto, me marchó el miércoles por la mañana, era el más barato que quedaba sin escalas.

Les he dicho a Mamá y a Mati que estén listas para las doce y media, que quiero invitarlas a comer. El otro día, cuando salí a correr, pasé por delante de una pequeña taberna que me llamó la atención y quiero llevarlas antes de irme. No saben que he cambiado el vuelo, no les va hacer gracia pero, al fin y al cabo, me tengo que ir. Están de pie en la puerta, listas para irnos, las dos me miran con cara de que saben que algo pasa, que esta comida no es una simple comida, y no les falta razón.

—No me miréis así, vamos, que he reservado y llegaremos tarde —digo.

—Miedo nos das, Sofía, esta comida es por algo, podemos olerlo...

—me dicen a la vez.

No les hago caso, en breve lo sabrán, solo tienen que esperar unos minutos.

Llegamos a la taberna, es un restaurante enorme, cómo engaña la fachada, tiene un toque andaluz, pero los propietarios son ingleses de pura cepa, en alguna feria de abril han estado, seguro...

Hacen que nos sentemos justo en el centro, vamos, que intimidad la justa. Tengo al de al lado comiendo casi encima de mí, si se descuida le quito el pan.

Nos traen la carta, tardan poco en volver a tomarnos nota, respetaremos a Mati y pediremos refrescos. El vino para otra ocasión.

Mamá y Matilda ya están con los brazos cruzados encima de la mesa esperando a que les dé explicaciones. Pues bien, ahí van:

—Empezamos —les digo

Saco las dos cartas del bolso y se las entrego a Matilda.

—Mati, te pido el favor que cuando me haya ido entregues estas cartas: una es para Mark y la otra es para Oliver —le explico.

—*¿No vas a despedirte de ellos?* —pregunta.

—Es mejor así, hazme caso.

—Vale, lo haré.

—Ahora viene la segunda parte, he adelantado el vuelo, me marchó el miércoles por la mañana y solo lo sabéis vosotras y quiero que siga siendo así. —matizo.

—Sofía, cariño, ¿lo haces por la carta, verdad? —pregunta Mamá.

—Sí, mama, es lo mejor para mí y para ellos. Por eso el miércoles, cuando me haya ido, quiero que Matilda les entregue las cartas. Mark estará a tiempo de cancelar el vuelo para no perder el dinero.

—Jo, Sofía, qué pocas ganas tengo de que te marches —dice Mamá

—Y yo —comenta Matilda.

—Lo sé, pero el trabajo por fin me llama y os prometo que siempre que tenga unos días libres vendré: no voy a perderme el embarazo de mi amiga.

Se hace un silencio, estamos las tres emocionadas, con el nudo en la garganta.

El camarero interrumpe con la comida.

Justo a tiempo, antes de que nuestras lágrimas se conviertan en aspersores, como Bob esponja cuando llora.

El resto de la comida transcurre tranquilamente, hablamos de otras cosas y el ambiente se vuelve risueño.

Esta es la sensación que quiero llevarme.

Mudanza y despedida

Llega el momento de ayudar a Matilda en su mudanza. Hoy está decaída, es normal, empieza una nueva vida muy diferente a la que llevaba y en otro país. Estoy convencida de que le irá bien y si no puede volver a Barcelona, que nos tendrá a todos con los brazos abiertos para recibirla. Pero no será así, serán felices y comerán perdices y estaré allí para verlo. Tres meses tengo para organizarle la mejor boda que se pueda imaginar, la boda de mi mejor amiga, su boda de ensueño.

El piso de George es una cucada, se nota que Mark y él son amigos, son los dos muy pulcros, muy ordenados y no parecen pisos de chicos jóvenes que viven solos. El piso de George es un dúplex bastante amplio, en la zona de abajo tiene una cocina muy amplia de color morado abierta a un salón muy luminoso con un sofá esquinero enorme, una mesa de centro redonda de cristal, los muebles justos para la tele, la *play station* y alguna foto de paisajes sin mucho sentido, parece que esos marcos se los ha traído su madre y él los ha colocado tal cual venían, poco le van a durar, Mati trae un cargamento de fotos: a ella, como a mí, le encanta fotografiar todos los momentos que vivimos y lo que más nos gustan son los *selfies*. También tiene un pequeño cuarto de la colada, allí es bastante típico, con la lavadora, la secadora y una pequeña pila, un pequeño aseo con váter y lavabo. Desde el salón sales a una terraza bastante grande con una mesa y un par de cactus, poca vida les doy, hasta que el bebé empiece a caminar... En la planta de arriba hay tres habitaciones grandes pintadas en un tono verde agua muy clarito y un cuarto de baño completo con bañera gigante y un ventanal a lo alto.

Todo el suelo es de parqué oscuro, tengo que reconocer que es casi perfecto. ¡Qué bien va a vivir!

Mamá ha alquilado una furgoneta para que podamos llevar las cosas de Mati de una sola vez y no hacerla ir y venir en su estado. Solo vino con una maleta. Os preguntaréis para qué alquilar una furgoneta, pues bien, Mamá les ha hecho unas cuantas compras para el piso: vajilla nueva, toallas, una alfombra beis enorme para el salón... así es Mamá.

Mañana volveremos para ayudarla a desempaquetar las cosas y por la tarde será momento para que yo prepare la maleta de vuelta a la rutina y poder pasar la última noche tranquila con Mamá.

Último día

Ya estamos en marcha de nuevo a casa de Matilda y George, les llevamos el desayuno. Anoche pude adelantar algo la maleta para no tener que correr mucho hoy y dedicarle el mayor tiempo posible a Mamá.

Llamamos a la puerta. Nos abre George.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, George, os traemos el desayuno.

—*¡Uf! mal momento.* Por mí, genial, pero Mati lleva ya veinte minutos en el cuarto de baño con náuseas, pobre.

—Vaya, otra vez han vuelto.

—No estoy seguro —contesta George.

Me dirijo al cuarto de baño mientras Mamá empieza a desempaquetar cajas y bolsas.

—Mati, ¿puedo pasar? —pregunto.

—Sí, Sofía, pasa.

—*¿Cómo estás? ¿Han vuelto las náuseas?* —pregunto.

—No, esta vez ha sido por la cena, anoche tenía antojo de espaguetis y ya me conoces cuando me da por algo: comí tanto que no me podía ni mover, y la consecuencia ha sido estar casi toda la noche en el baño vomitando.

—*¡Qué burra eres!* Tienes que tener cuidado ahora que estás embarazada, no puedes engullir así.

—Lo sé, te aseguro que no olvidaré esta noche —contesta.

—Bueno, mientras te recompones voy ayudar a Mamá a desembalar las cosas.

—*Ok*, ahora salgo.

Mamá ya ha colocado la alfombra, ha sacado la vajilla, la ha metido en el lavavajillas para que esté limpia antes de usarla y ha colgado las cortinas del comedor. Menos mal que George le dio permiso a Mati para hacer estos cambios, si no fuera así no tardaría mucho más en mandarnos a casa para no tocarle más las narices.

Es broma, George es un sol de chico, no se mete en nada, es educado, prudente y tranquilo, todo lo contrario a Mati, en cuanto a tranquilidad, pero como dicen: «los polos opuestos se atraen».

Ahora sí que sí, ya hemos terminado aquí. Mati está mejor y es hora de volver a casa de Mamá.

—George, dame un abrazo —le digo—, ha sido un verdadero placer conocerte, estás a punto de formar parte de la familia, solo te pido que cuides mucho de mi Mati y que sepas que para cualquier cosa que necesites tienes a mi madre cerca. Os iré llamando.

—Gracias, Sofía, ya estamos deseando que vuelvas a visitarnos. Nuestra casa es tu casa.

—Matilda, corazón de melón, te voy a echar de menos más de lo que te puedas imaginar. Cuídate y cuida a mi bebé. Cuando menos lo esperes estaré de vuelta y quiero que hablemos una vez por semana como mínimo y quiero todas las ecografías y los partes de cómo estáis. Te quiero, amiga mía. Hasta pronto.

—Te quiero, Sofía, gracias por todo. Como te ha dicho George, nuestra casa es tu casa. Y sí, te mantendré informada de todo todísimo. Buena suerte en el trabajo. Ya me contarás.

—No olvides lo que te di —le recuerdo a Mati.

—Tranquila, mañana a mediodía lo haré.

—Gracias, Mati. Te quiero.

—Yo más, buen viaje.

Salimos Mamá y yo de casa de George y Mati con lágrimas en los ojos: dejo mucho aquí. Pero tengo que pensar en mi futuro y lo tengo en la palma de mi mano, la vida da muchas vueltas y nunca se sabe dónde acabaré poniendo el huevo.

Llegamos a casa y nos preparamos las sobras de la comida del día anterior; suena mal, pero no sabe mal, es nuestro maravilloso pastel de atún.

Disfrutamos al máximo de este momento juntas, nos acomodamos en el sofá, como siempre que podemos, para ver otra de nuestras pelis ñoñas. Luego terminaré la maleta. Mañana me tengo que levantar temprano, pero ahora quiero estar con Mamá.

Viaje de vuelta

Me levanto nerviosa, he dormido poco y mal. En realidad no quiero irme, no dejo de pensar en la reacción de Mark cuando lea la carta y vea que he adelantado el vuelo por él, me sabe tan mal... *¿Y cómo será volver a la rutina después de casi tres meses?* Ojalá pasara ya un mes para ver en qué situación me encuentro.

Anoche ya me despedí de Mamá, ella hoy trabajaba. De todas formas, hubiese venido en tren, me relaja viajar en tren y poder leer un poco durante el trayecto. Solo tengo media hora hasta el aeropuerto. Esta vez tengo que facturar la maleta por lo que tengo que estar un par de horas antes. Mientras espero en la fila de facturación no dejo de mirar el móvil: ojalá sonara, ojalá no...

Una vez facturada la maleta y habiendo pasado todos los controles, me siento en una pequeña cafetería cerca de la puerta de embarque a la espera de entrar. Tengo un ratito largo, así que aprovecharé para comer algo y seguir leyendo, si no lo hago *sé que* no dejaré de mirar el móvil y eso hará que me ponga aún más nerviosa.

Por un momento me he quedado en Babia observando a una pareja de enamorados veinteañeros, parece que no existiera nadie más en el mundo que ellos. Qué envidia sana me dan.

Suena por el altavoz el número de mi vuelo: ya podemos embarcar, menos mal. Para no variar, me siento en las primeras filas, fiel a mi ansia de salir de ahí lo antes posible, en cuanto el avión toque suelo.

Durante esta hora y media, *más o menos*, voy a intentar descansar, he dormido mal y he madrugado mucho, me dará tiempo a recuperarme estos

días antes de empezar a trabajar.

Cierran puertas, le toca el turno a la azafata, con sus magníficos movimientos indicando dónde están todas las puertas y accesorios de emergencia en caso de que algo ocurra, pero ¿nos salvaríamos?

Después de media hora de vuelo, empiezan las turbulencias. Si estuviera Matilda ya la tendría atacada de los nervios y a punto de un ataque de ansiedad y con su bolsita preparada para respirar, vomitar... lo que surja. Pero yo estoy tranquila... por ahora. Por la ventana, empiezo a ver relámpagos. Eso ya no me gusta tanto: tengo lo que se llama —uno de los nombres que recibe y que he conseguido memorizar— astrofobia —leve—, que viene a ser pánico a las tormentas. ¡Uy! estamos entrando de pleno, las luces de emergencia se encienden por precaución y, por el altavoz, el piloto nos informa de que estamos entrando en una zona de tormenta y que es posible que sintamos las turbulencias, pero que estemos tranquilos, que está todo controlado... los coj...—ones—, esto no mola nada, me duelen las manos de sujetarme tan fuertemente al asiento.

Sí, soy de esas que piensan que en caso de accidente no quedarían ni las alas, pero de las que se sujetan fuerte por si acaso... Cosas mías. Salimos de la tormenta, gracias a dios, tengo las manos rojas y dormidas. Han sido veinte minutos intensos, como una especie de venganza por haberme ido sin avisar. Seguro que ya han leído las cartas y me han maldecido de tal forma que han mandado rayos y destellos. No sé cómo puedo hacer bromas. Cuando lean las cartas no les va a parecer tan divertido.

—Din, don, din... Señores pasajeros, les informamos de que en diez minutos empezarán las maniobras de aterrizaje, por favor, abróchense los cinturones. Les informamos de que la temperatura en Barcelona es de 28°. La compañía espera que hayan tenido un vuelo agradable y espera verles pronto.

Vernos pronto, como si me fueran a reconocer la próxima vez. Tocamos tierra, por fin en casa.

Mi hermano

Hoy viene a buscarme mi hermano. Sí, como lo oís, mi querido hermano. No os lo había mencionado aún porque quería antes contaros mi historia, pero como es lógico, no puedo cerrarla sin hablar de él, mi protegido. Es algo menor que yo, un rompecorazones, tiene un carácter algo parecido al de un ogro, pero es generoso y muy divertido. Eso sí, hay que pedir cita para poder verle, creo que viene a buscarme porque se siente mal por no haberme visto y porque apenas ha hablado conmigo en estos tres meses. A Mamá la ve cuando viene ella a Barcelona. Si Mamá tuviera que esperar a que mi hermano fuera a visitarla, a las ranas ya les hubiera crecido el pelo. Es guapetón, grandote, fuertote, tiene 29 años y se llama Pablo. Él era muy bebé cuando nuestros padres se separaron, tenía poco más de seis meses, está independizado desde los venti pocos, tiene un pisito muy majo, pero ojo dónde tocas, no te vayas a quedar pegado... Tiene trabajo estable desde hace años, no tiene pareja y entra y sale y sale y entra, «como dios». ¿Es un buen partido? Juzguen vosotras...

—Pero qué ven mis ojos... Hermanito, qué bien te veo —le saludo.

—Pero bueno, hermanita, ¿qué pasa? ¿Que el sol ha huido de ti?

—Tan gracioso como siempre.

—¿*Cómo ha ido*, hermana? ¿Cómo está Mamá?

—Ha ido demasiado bien y Mamá está estupenda, pero deberías haber ido... —le recrimino.

—No empieces a darme la chapa o te vas en metro —contesta.

—Ves, lo que yo decía: un carácter agradable... ¿Cómo ha ido tu verano?

—¡Bua! De puta madre, como siempre, no he parado quieto, tres congresos de bachata y de chati en chati.

—Vale, en tu línea —contesto.

En casa

¡Por fin! Ya estoy en casa. Con Papá y Sonia, que es así como se llama Cruella, creo que ya es momento de llamarla por su nombre: han pasado ya muchos años de sus tonterías y aunque, de vez en cuando, *aún hay que aguantarlas*, «hemos» aprendido a pasar de ellas. Pues eso, están trabajando, hoy *plegan* a mediodía, así que, como buena hija, les voy a preparar la comida, así podremos comer todos juntos. Manos a la obra, preparando rustido y a la vez deshaciendo maleta y poniendo lavadoras: cuanto antes empiece antes acabo.

—¡Hola! Bienvenida, Sofia —dice Sonia.

—¡Hola! Gracias!

—¿Estás preparando la comida? —pregunta.

—Sí, rustido, ¿te apetece?

—Sí mucho. Tu padre ya sube, que ha visto al vecino y, ya sabes, que cuando empieza hablar es difícil callarlo, al vecino me refiero.

—Bueno, aún le quedan unos minutos, voy preparando la mesa.

—Te ayudo —anuncia Sonia.

Qué amable está, esto es un aviso para abrir bien los ojos, puede que me esté preparando algo.

Se abre la puerta.

—¡Papá! —salto a darle un abrazo.

—¡Hola, cariño! Bienvenida. Qué bien huele.

—Gracias, cuando quieras comemos, la comida ya está lista.

—Vaya, así da gusto llegar a casa.

Nos sentamos los tres a comer. Sonia empieza el interrogatorio, es normal, con ella no he hablado en este tiempo, salvo algún que otro wasap.

—Y ¿qué Sofía? ¿Has conocido a alguien? Vaya, dardo en la diana.

—Sí, a gente fantástica —contesto tajante.

—¿*Nadie en concreto*? —insiste.

—No, nadie en concreto.

—Entonces, ¿lo has pasado bien? ¿Estás contenta por empezar a trabajar?

—Sí, tengo muchas ganas.

—Me alegro.

Siempre que esta chica habla, se crean silencios incómodos, por algo será que tenga ese apodo...

—Bueno, Papá, Sonia, me voy a mi cuarto, tengo una boda que organizar...

Voy a dedicar la tarde a mirar cositas para la boda de George y Matilda, no quiero que se me eche el tiempo encima, que bastante poco hay ya. Del vestido de novia y del ramo se encarga Mamá, así que una de las cosas más importantes está casi lista. Seremos cuarenta invitados, estupendo: ocho por mesa para no estar apretados. Serán cinco mesas sin contar la de los novios. Así que la decoración corre de mi cuenta, yo misma las haré. Necesito encontrar el lugar perfecto, para ello tengo una pequeña lista de ideas que me dio George antes de irme para hacerlo un poco más fácil y otra con los nombres de los invitados que invitará cada familia para poderlos colocar. Lo único que tengo claro es que Mark se sentará a mi lado.

Por cierto: «

Mati, que no me acordé de avisarte, ya estoy en casa, menos mal que no viniste, menudo vuelo de turbulencias y tormentas, pero llegué a casa sana y salva. ¿Has entregado las cartas? Mi hermano y Papá te mandan saludos».

«Hola Sofi, ¡ya te echo de menos! Sí, *ya están entregadas, solo te aviso de que Mark está bastante decaído, deberías llamarlo*».

«Joder, qué mal me sabe, intentaré llamarle esta noche. Gracias, Mati, te quiero».

«Y yo a ti».

¡Madre *mía!* Ahora el mal trago de llamarlo. Pero Mati tiene razón: tengo que hacerlo.

Cojo el portátil y empiezo a mirar el listado de restaurantes que me pasó George: hay cinco y tres ya están descartados, no me gustan para mi amiga.

Los otros dos tienen buena pinta, voy a buscar críticas y más fotos de bodas, a ver qué encuentro.

Miro redes sociales, google, foros... y ya está decidido: Restaurant The Moon. Llamo por teléfono y me atiende Margaret, una chica muy agradable, me confirma que puedo reservar el seis de diciembre para cuarenta y cinco personas. Le doy mi correo electrónico para que mande presupuesto y fotos de la sala y el plan a seguir, ya que será por lo civil.

—*Thank you, Margaret, I am waiting your email.*

—*OK. Thank you.*

Mientras recibo el *mail*, voy a hacer la lista del material que voy a necesitar para la decoración de las mesas. A Matilda le encanta lo vistoso, lo colorido... intentaré que no sea hortera.

La idea es colocar en cada mesa una foto de ellos divertida con algún que otro toque *DIY* —*Do It Yourself*—: botellas decoradas con el número de mesa... nada muy cargado.

Y los detalles de boda serán algo práctico: imanes para nevera de ellos con una imagen y la fecha.

«Su encargo ha sido realizado correctamente, recibirá los imanes en un plazo de un mes, aproximadamente, gracias por su confianza».

Hale, otra cosa menos.

Tengo la respuesta de Margaret, qué maravilla trabajar con gente tan rápida, las fotos del restaurante son preciosas, tanto el salón como el entorno,

todo muy verde y con espacios muy abiertos, eso me gusta.

El presupuesto para cuarenta y cinco comensales es de setenta euros el cubierto, qué buen precio tienen los ingleses. Habrá primer plato, segundo, tarta nupcial y bebidas. El aperitivo y la barra libre más la disco son mil doscientos euros más. También lo veo bien y la ceremonia cuatrocientos euros. Total cuatro mil setecientos cincuenta.

¡Estupendo! Dentro del presupuesto de George y Matilda, soy buenísima organizando eventos, no hay nadie más a mi lado para decírmelo, así que ya lo hago yo.

«Querida Margaret, agradezco tu rapidez en contestar. Me parece un lugar perfecto para celebrar la boda, por favor, resérvame el salón dos para el seis de diciembre: enlace de George y Matilda, con cuarenta y cinco comensales. Iré unos días antes para hacerte entrega de la decoración y la ubicación de cada comensal. Muchas gracias».

«A ti, Sofía. Queda la reserva hecha y esperamos impacientes tu visita». No me lo puedo creer lo bien que está saliendo todo.

Voy a llamar a Mark y después llamaré a Mati para contarle los detalles. Cojo aire y el móvil. Llamo. Un tono, dos tonos, tres tonos... nada, cuelgo.

Me va el corazón a mil, esperaré un rato, a ver si me devuelve la llamada y si no lo volveré a llamar. Diez minutos después, nada. Miro su conexión y está en línea... vamos, que no me lo ha cogido porque no ha querido, joder, qué situación.

Estoy cansada, voy a prepararme algo de cena, que la tarde ya se ha consumido, y me iré a la cama.

Antes de acostarme le mando un mensaje a Mark.

«Hola, te he llamado, debes de estar ocupado, deberíamos hablar, un beso».

«Ya te mandaré una carta, respondiéndote». Esta ha sido su respuesta, está enfadado, y mucho. Es mejor que no conteste y dejar pasar el día de hoy.

Hago pantallazo y se lo mando a Mati.

«Hola, flor, te paso pantallazo de la respuesta de Mark, tenías razón, no le iba a sentar nada bien. Mañana te llamo, la boda está casi lista. Buenas noches».

Mañana será otro día.

¿Buenos días?

Amanece el jueves: he dormido del tirón, que falta me hacía.

No tengo nada en el móvil, Matilda tampoco respondió. Su última conexión es de hace diez minutos. La llamo.

Un tono, dos tonos.

—¡Hola, Sofía! Perdona por no contestarte, estábamos intentando averiguar algo sobre Mark para poder contártelo. Y tengo que decirte que estás en lo cierto, está muy enfadado, le gustas mucho y no entiende tu reacción.

—Lo sospechaba, intentaré volver a llamarlo. De Oliver tampoco sé nada, pero conociéndolo ya debo tener sustituta...

—Estate tranquila, se le pasará, ¿qué me decías de la boda?

—¡Ah, sí! La boda... ya está el restaurante reservado, los aperitivos, la barra libre, la disco y los detalles para los invitados. Solo tenéis que llamar para concretar el día y hora para la prueba de menú.

—Madre mía, Sofía, qué gran noticia, pásame la información por *mail* y hoy mismo la llamo. Millones de gracias, sabía que contigo tendría la mejor boda.

—Por cierto, ¿cómo llevas el embarazo? —pregunto.

—Gracias a dios, hace un par de días que no tengo náuseas, tocaremos madera para seguir así. En dos semanas tenemos que ir para hacer una nueva eco, te la enviaré.

—¡Sí!, qué ganas tengo. Bueno, Mati, ahora te paso el *mail* con la info y ya me dirás qué os parece.

—Vale, te llamo cuando sepa algo. Te quiero

—Y yo, *mamasita*.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos... el buzón. —Mark, por favor, tenemos que hablar, llámame cuando puedas.

Menudo día de mierda me espera, hasta que no hable con él no estaré tranquila.

Viernes, sábado y domingo... Sin noticias.

Primer día de trabajo

Qué contenta estoy. Hoy empiezo a trabajar, no en un sitio nuevo, en un puesto que me llena, tengo muchas ganas de aprender.

Llego diez minutos antes. Las chicas están en la puerta esperando a que la jefa llegue para abrir. Hoy, por ser mi primer día, estará conmigo.

—Qué ganas tenía de veros, chicas.

—Y nosotras, Sofía, qué trío de locas vamos a formar —dice Sheila.

Tres estupendas chicas: guapas, sin pareja e independientes... la unión perfecta.

Vemos a Samanta a lo lejos. Las chicas me informan rápidamente de que es muy agradable y comprensiva, pero que tiene unas manías un tanto peculiares. No les da tiempo a explicarme algunas de esas manías peculiares, me quedo con cara de tonta observándola mientras ellas se ríen de mí por detrás.

—Buenos días y bienvenida, Sofía.

—Gracias, Samanta.

—Tengo algo que comentarte: cuando termines tu turno, por favor, pasa por mi despacho.

—Vale.

Empezamos bien, a su despacho el primer día.

—Sheila, por favor, enséñale a Sofía todo lo que necesite para poder empezar a desempeñar su trabajo y para cualquier cosa que necesites, puedes contar con todos.

—OK, Samanta —responde Sheila.

—Gracias, Samanta —respondo yo.

Manos a la obra, solo hay cuatro peludetes ingresados y no en estado delicado. Sheila me da los informes de cada uno de ellos y me enseña dónde está todo.

Ya puedo iniciar mis funciones.

Estoy tranquila, es un sitio que conozco, un trabajo que sé hacer y un mundo que me fascina. Los animales son los olvidados hoy en día, en nuestra sociedad, abandonos, maltratos, y no todas las perreras cumplen con los requisitos básicos de ayuda que estos animales necesitan. Una pena. Pero no estoy aquí para entrar en debate, mi trabajo es cuidarlos y hacer que su recuperación sea lo más favorable posible.

La primera jornada de trabajo transcurre sin problemas, voy directa al despacho de la jefa. Ahora sí me tiemblan un poco las piernas.

—Hola, Sofía, adelante, siéntate. ¿Qué tal el primer día?

—Hola, muy bien, gracias, muy contenta.

—Me alegro. Bien, Sofía, tengo algo que proponerte: me interesaría mucho que viajaras durante un mes probablemente a *Ámsterdam*, el lugar aún está por concretar, para realizar un curso sobre el cuidado de distintos animales. Creo que puedes aprender mucho y aportarnos muchos conocimientos que probablemente desconocemos.

—¿*En serio*? Claro que sí ¿Cuándo sería?

—Aún está por concretar. Cuando tenga fecha y destino te lo hago saber. Gracias, Sofía, por tu dedicación.

—Gracias a usted por las oportunidades.

—No me llames de usted. Puedes tutearme.

—Pues... gracias, Samanta.

—De nada, hasta mañana, Sofía.

—Hasta mañana.

¡Guau! qué bien, qué bien, qué bien.

De camino a casa miro el móvil y nada, ni rastro de Mark ni de Oliver. Actualizo las redes sociales y mi olfato no fallaba: un montón de fotos de Oliver en una fiesta a lo grande y en casi todas aparece cogido a una morena. Este chico no cambiará, no puedo dejarme llevar por él, siempre estaría con la mosca detrás de la oreja y eso no es vida. Parece que me voy aclarando o eso siento.

Esta tarde me voy con Arantxa, mi otra compañera y amiga de trabajo, a mirar vestidos para la boda. Tiene muy buen gusto, busco algo elegante, pero sexy, que insinúe, pero no enseñe.

Después de dos horas dando vueltas, nada, no hay nada que me guste o que me siente bien. Qué desastre, desde que he vuelto de Londres nada me sale redondo, será el karma. Necesito hablar con Mark, hasta que no lo haga no voy a estar bien, lo noto, lo echo de menos, quizás me haya equivocado o no, solo el tiempo me lo dirá.

Te echo de menos

Le mando un mensaje:

«Mark, te echo de menos, no sé si he hecho bien o mal, por tu reacción supongo que más mal que bien, pero era lo que sentía que debía hacer, no puedo seguir bien si no sé nada de ti, por favor, dime algo».

Una hora. Dos horas. Las nueve de la noche: «Hola, Sofía, yo también te echo mucho de menos. Sinceramente, sí he estado muy enfadado contigo, pero he hablado con Matilda y George y me han hecho ver las cosas de otra forma, puedo entenderte, aunque no comparto. Me han dicho que te estás encargando tú de la boda, si necesitas ayuda no dudes en pedírmela».

«Gracias por contestar, no sabes lo que necesitaba leerte, escucharte y ya no te digo sentirte. Tienes razón y lo siento. Pero no quiero perderte».

«Ni yo Sofía, estoy locamente enamorado de ti».

«¡Oh! Mark lo que daría ahora mismo por abrazarte...»

«Creo que podré aguantar casi tres meses. Creo» «Sí, por favor, que pase rápido. Y sobre la boda: sí voy a necesitarte».

«Soy todo oídos».

«Bien, mañana te llamo y hablamos, si te parece bien».

«Espero ansioso oír tu voz, hasta mañana, preciosa».

«Hasta mañana, guapo».

Hoy sí que voy a dormir bien, necesitaba esto. Qué enganchada me tiene.

Martes

Hoy me levanto pletórica, he dormido de lujo, vuelvo a poner la foto de Mark y yo en la noria de fondo de pantalla. Ya vuelvo con las cursiladas. Hoy parezco Heidi cuando va en busca de su amigo del alma Pedro, con esa sonrisa de oreja a oreja.

La jornada laboral no puede ir mejor, parece que ahora todo vuelve a ir bien, pero yo estoy aquí. Y él allí.

En cuanto salgo de trabajar lo llamo corriendo, qué ganas de oír su voz. Lo pienso, pero no se lo digo.

—¡Hola, guapo!

—¡Hola, preciosa! Ponme al día con la boda.

—Te cuento: ya tengo todo, restaurante, detalles e idea para la decoración. Conforme tenga cositas listas te las haré llegar para que las vayas llevando. Tienes que hablar con Margaret, que es quien se está encargando.

—Qué rápida eres.

—No hay mucho tiempo y quiero que tengan la boda de sus sueños.

—¿De qué color irás, Sofía?

—Pues aún no tengo vestido.

—Cuando lo tengas me lo dices.

—Vale —contesto.

—¿Qué restaurante has escogido? —Restarurant The Moon.

—Genial, buena elección, es un sitio precioso y la comida está riquísima.

¿Fecha?

—Seis de diciembre —contesto.

—Sí, queda poquito, sí.

—Bueno, te mantendré informado. Gracias por ayudarme.

—No me des las gracias. Un beso enorme.

—Otro para ti —concluyo.

¡Ay! Lo que haría si lo tuviera delante ahora.

Qué dos meses y medio más largos me esperan. Anoche hablé con Mamá e intentó volver a convencerme para que me mude con ella, que con mi carrera no me costará encontrar trabajo, pobre... No es una decisión que se tome a la ligera, ya se verá... pero ganas no me faltan y menos ahora que con Mark están las cosas tan bien.

Creo que les voy a sorprender y llevaré yo misma la decoración. Iré allí el puente de Halloween sin que me esperen. Con la impaciencia que me caracteriza, abro el portátil y empiezo a buscar vuelos. Este año hay puente, por lo que viajaré el viernes y volveré el martes por la noche, para apurar hasta el último segundo.

Halloween

Qué rápido ha pasado el mes, qué ganas tengo de verles la cara, ¿cómo reaccionarán? Mamá, loca de alegría, Matilda es mi compinche en esta sorpresa, Mark emocionado y Oliver... no espero mucho de él.

Antes de pasar por casa de Mamá y que me absorba todo el tiempo, voy directa a casa de Oliver, tengo algo para él. La puerta de la calle está abierta, así que subo y llamo arriba. Qué sorpresa: abre la puerta la morena de las fotos, esto sí que no me lo esperaba.

—Hola, buenos días, traigo un paquete para Oliver.

—Está trabajando, puedes dejármelo a mí.

—Muy bien, aquí tienes, ¡gracias!

Veo que no me ha reconocido y mi papel de mensajera ha funcionado. Estoy un poco desanimada. ¿Cuántas mentiras más me habrá contado?

¿Qué cara pondrá cuando abra el paquete y lea la nota?

Ahora sí voy a casa de Mamá, ya ha acabado de trabajar y me consta, por Mati, que estará en casa.

Llamo a la puerta de la calle.

—Sofía, hija, pero ¿qué haces aquí? ¡Qué sorpresa! —dice Mamá emocionada.

—Hola, Mamá, tenía muchas ganas de veros y no podía esperar hasta la boda. Además, he traído los detallitos de decoración para las mesas de la boda que tengo que llevar a Margaret.

—¡Qué alegría tan grande, hija! ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta el martes a última hora.

—Cuatro días, qué bien. ¿Ya has visto a Matilda?

—No, he quedado con ellos esta noche.

—Muy bien, vamos a cenar a la hamburguesería, ¿te parece?

—Sí, claro, ya verás qué cara se le va a quedar a Oliver cuando me vea. De camino al restaurante pongo a Mamá un poco al día con las historias de Mark y Oliver. Está contenta de que me decante por Mark, pero bueno, veremos a ver.

—Pero qué sorpresa, Sofía, ¿cómo tú por aquí?

—Hola, Peter, me alegro de verte, os echaba de menos y he decidido escaparme estos cuatro días de fiesta.

—Qué bien, os preparo la mesa en dos minutos.

—Gracias, Peter.

La puerta de la cocina está entreabierta y hago todo lo posible para que Oliver pueda verme. Y así es, vuelve la cabeza y me ve, su cara es un poema en blanco, sin expresión y pálido. Tengo que reconocer que me alegro de que se quede así, aunque ya lo habrá deducido con el paquete que le llevé esta mañana.

Sale de la cocina.

—Hola, Sofía, ¿podemos hablar arriba un momento? —pregunta.

—Lo siento, Oliver, pero no me apetece, espero que te haya gustado el regalo.

—Sofía, déjame explicarte.

—No hace falta que me expliques nada. Hasta luego.

Lo dejo con la palabra en la boca y me dirijo a la mesa donde me espera Mamá y Peter para tomarnos nota.

—¿Lo mismo de siempre, Sofía?

—Cómo me conoces. Sí, pero hoy extra de queso, vengo caprichosa.

—Oído cocina, extra de queso para la señorita —dice Peter con tono simpático.

—Qué ganas tenía de estar de vuelta Mamá. La cena transcurre entre risas, complicidad...

Oliver ha salido de la cocina más veces de lo normal, está nervioso, no me esperaba y mucho menos mi reacción.

Volvemos a casa dando un paseíto, hace una noche buena para ser otoño. La terraza de Mamá queda cerrada hasta nueva reapertura, hacia mayo, así que la mora hoy será en el salón y con una peli de risa que estrenaron hace poco. Qué a gusto me siento aquí.

Mañana más y mejor, tengo muchas ganas de ver a Matilda, pero sobre todo a Mark.

Comida sorpresa

Durante este mes y medio en Barcelona también he ido al gimnasio, así que tengo el culo algo más respingón, me coloco el tejano que mejor me queda, una camiseta ajustada y algo escotada, los tacones... y a dejarlo con la boca abierta.

Mati me informa de que ya están los tres en su casa, no sospecha nada, aún no ha preparado la mesa para que no se dé cuenta de que habrá cuatro cubiertos en vez de tres, cuando yo llame le dirán a él que vaya abrir la puerta y tachan ¡Sorpresa!— Pero... pero... pero...

—¿Esto es todo lo que me vas a decir, Mark? —pregunto.

—No, es que para nada te esperaba —dice con la boca aún abierta. Me lanzo a sus brazos y le empiezo a besuquear por toda la cara, enseguida le entra la risa tonta, me sujeta fuerte de la cintura y coloca su cabeza en mi cuello, tenía ganas de verme lo noto, me mira y me da un beso en los labios que me deja sin respiración. Qué bien sabe, qué bien besa, se ha cortado el pelo, qué guapo está, qué bien huele...

—Pero bueno, Mark, ¿nos vas a dejar algo para los demás? —se oye a Matilda a lo lejos.

Voy corriendo a abrazarla, le toco y beso la barriguita, que ya empieza acentuarse. Está de tres meses, qué rápido pasa el tiempo. George también me da un abrazo fuerte, qué felices estamos de haber encontrado a gente tan maravillosa.

—Huele genial, George, ¿qué me has preparado para comer? —le digo con tono irónico.

—Pues, mira, lo ha preparado Chloe.

—¿Y quién es Chloe? —pregunto.

—La chef de los pollos de la esquina —contesta.

—Ja, ja, ja —no puedo evitar reír.

Mark no deja de observarme con brillo en los ojos. Se ha pasado toda la cena rodeando mis pies con los suyos, un poco incómodo, sí, pero bueno, no sabía cómo apartarme, estaba más pendiente de ese entrelazado raro que a la comida, en fin, me puede la ilusión de estar con ellos.

Mientras recogemos la mesa y en un descuido de la pareja feliz, Mark me pregunta si me voy a quedar en su casa esta noche.

—Por supuesto, sin ninguna duda —contesto.

Me da un beso en los labios. Aprovecho que están en la cocina —oigo el agua del grifo: están fregando los cacharros— y lo sujeto del culo, lo traigo hacia a mí, no había nada que deseara más en ese momento que comérmelo enterito. Él también se muere de ganas, no hace ningún gesto de rechazo, al contrario, me levanta en volandas y envuelvo mis piernas por su cintura mientras nos rozamos suavemente. La cosa se está poniendo interesante, pero no es lugar, así que sintiéndolo mucho por la parejita, nosotros nos vamos.

Mark vive en la calle de atrás. Llegamos casi corriendo, nos deseamos muchísimo, vamos directos a su habitación. Me comenta que ha comprado algunas cositas para cuando volviera, este sí que sabe cómo pasarlo bien.

Saca una caja y me pide que elija sabor. Dios, vainilla no, vainilla no... Lima-limón y frambuesa, menuda sorpresa... Le doy los dos, quiero los dos, más bien lo quiero todo... Extiende el aceite por todo mi cuerpo y empieza a besarme de arriba abajo, no puedo estremecerme más, se frena en la entrepierna y se entretiene un rato jugando con mi sexo. No pares, Mark, pienso para mí, necesito sentirte dentro de mí, le digo con voz cachonda. Lo atraigo hacia a mí y juego un rato con su miembro, me da la vuelta y me coloca a cuatro patas, no duda un momento en penetrarme: ahora sí eres mío y yo soy tuya, muévete y no pares hasta que tu mundo y el mío se unan.

La boda

Este mes antes de la boda, en Barcelona, ha sido perfecto. Laboralmente no puedo pedir más, me encanta mi trabajo. Con Mark la cosa cada vez ha ido a más y estábamos deseando que llegara diciembre para poder vernos de nuevo.

Con Oliver todo se enfrió, por lo que parece, esa chica sí se hace llamar su novia.

La boda ya está lista, solo queda mi vestido que lo veréis el día de antes de la boda, porque el día de la boda el vestido protagonista es el de la novia.

Mamá ha estado un poco rara, imagino que algún lío con Peter... Le pregunté y no ha querido hablar del tema. Matilda está pendiente de ella y Mark, a través de Peter. Estar lejos y pensar que puede pasarle algo me crea ansiedad.

El viernes es el gran día, mañana, martes, vuelo a Londres para terminar de concretar con Margaret la distribución y la preparación. Qué emoción, mi mejor amiga se casa y embarazada de casi cinco meses de mi ahijada. Sí, habéis oído bien, mi ahijada —¡en una niña!— y se va a llamar Olivia. Me encanta.

Me voy a quedar estos días en casa de Mark. Peter se ha mudado con Mamá y me resulta un tanto incómodo estar con ellos, así aprovecho al máximo el tiempo con él. En breve viajo a *Ámsterdam* para empezar el curso que Samanta me comentó. Aún no se lo he dicho a Mark, lo haré cuando considere oportuno el momento, pero no en estos días.

Enlace de Matilda y George

El día ha llegado. En el restaurante está todo listo. Mamá y yo estamos de camino a casa de Mati para ayudarla, no sabe que sus padres están a punto de llegar. Cree que por trabajo no han podido viajar. Era impensable que no estuvieran un día como hoy con ella.

Mamá sigue rara, algo le pasa. Antes de llegar me siento con ella en la terraza de enfrente, necesito saber qué le pasa, no puedo soportar seguir viéndola así.

—Mamá, llevas un mes muy rara, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada, Sofía, estate tranquila —contesta.

—Mamá, no me engañes, ya no soy una cría y si te veo mal, yo estoy mal, y la distancia no ayuda.

—Vale, Sofía, pero solo está Peter al tanto, no quiero que lo hables con nadie. Me están haciendo pruebas analíticas... algo me pasa, pero no saben ver qué. Me noto demasiado cansada, me duele todo el cuerpo, muchos mareos y un pequeño bulto en un costado.

—Pero, Mamá... ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque no quiero preocuparte, hija, aún no hay resultados para alarmarse.

—Pero yo quiero estar al tanto, Mamá, quiero saber al detalle todo lo que te vayan diciendo ¿vale? —digo con los ojos llenos de lágrimas.

—Tranquila, cariño, todo va a ir bien y hoy es un día para estar alegres.

—Te quiero, Mamá.

—Y yo, hija, eres lo más importante de mi vida junto con tu hermano.

Me suena el móvil: es la madre de Mati, ya están en la puerta, puedo verlos desde la ventana de la cafetería. Va flipar cuando los vea, están elegantísimos. Llamo a la puerta, abre Mati sin ni siquiera mirarme. Está atacada, va directa al comedor y nosotros vamos detrás, sin que se percate. Llegamos y ella sigue de espaldas a nosotros hablando sin parar y sin que nada se entienda.

—Mati —le digo

—Sofí, estoy atacada y no consigo hablar con mi madre, no sé qué pasa que no me coge el teléfono —dice alterada.

—Mati, por favor, gírate —digo con tono seco.

—¡¡Mamá!! ¡¡Papá!! Estáis aquí, habéis venido. Papá, ¿me vas a llevar al altar? —pregunta Mati emocionada.

—Por supuesto, hija, es el día más importante de mi vida después de tu nacimiento —responde su padre, también emocionado.

—Es lo único que me faltaba para que fuera un día perfecto. Vamos, ayudadme a vestirme, que la novia puede llegar tarde, pero no tanto.

Nos ponemos todas manos a la obra, está preciosa.

No tenemos mucho tiempo, la novia ya llega tarde y, aunque sea la tradición no vamos hacerle esperar una hora. —El coche ya está aquí —grita Toni, su padre.

—¿El coche? —pregunta Matilda.

—Sí, hija. Papá se ha encargado de alquilar tu coche de novia.

—Muchas gracias, Papá, qué ilusión, aunque no hacía falta.

—Te lo mereces, hija —dice Toni.

—Y el último toque: por favor, María, haz los honores de colocarle el velo —digo.

—Por supuesto —contesta orgullosa.

Se nota que Matilda ahora sí es plenamente feliz: sus padres están aquí con ella y llenos de sorpresas para que no olvide uno de los días más importantes

de su vida.

—Vamos allá —nos dice con el rostro emocionado.

—Estás preciosa, Matilda —le digo muy emocionada.

—Os tengo que dar las gracias a las dos por todo esto —nos dice a Mamá y a mí.

—Lo hemos hecho encantadas, Matilda —contesta Mamá.

Salimos nosotras primero, de estas fotos nos encargamos nosotras, hay algunas vecinas en la puerta esperando ver a la novia... Ya sale del brazo de su padre. —¡Viva la novia! —se escucha.

Qué momentazo, algún día yo seré ella. Van directos a la limusina blanca que ha alquilado el padre de Matilda. Mamá y yo vamos en su coche detrás de ellos. Tras veinte minutos de recorrido llegamos. Con las prisas, ayer no os describí mi vestido. Es fucsia, es un vestido largo con vuelo, escote en la espalda y cogido al cuello por delante, sencillo, pero muy elegante, con los complementos en dorado clarito y un semi recogido bajo. Mamá va de verde esmeralda, largo también, con algunos volantes.

Somos los últimos en llegar. Ya está todo listo, entramos y cogemos sitio. George está emocionado, guapísimo, de negro y plata. Mark nos guarda sitio y, como habíamos acordado, lleva un esmoquin negro que le queda de fábula y una pajarita dorada a juego con mis complementos. Me encanta.

Suena música clásica, los pelos de punta. Entra la novia. Está espectacular, con un vestido *vintage* blanco roto, con una cola no muy larga, escote transparente con pedrería, se insinúa la barriguita. Lleva un semi recogido medio, con el pelo lleno de ondas y unas pequeñas flores secas en el moño, junto con un velo liso corto. Camina del brazo de su padre, emocionada, llega al altar y presenta a su padre y a George. No se habían conocido antes, tiene el detalle de pedirle a su madre que se levante y presentárselo antes de que empiece la ceremonia.

Tras veinte minutos de ceremonia, una entrega de anillos, algunas palabras de sus amigos y un sí quiero de lo más tierno, por fin, ya son marido y mujer. Una lluvia de pétalos inunda el jardín.

Ahora sí, empieza el *pica pica*, el convite, la tarta nupcial, los regalos...y la fiesta.

No quiero irme mañana sin contarle a Mark lo de Ámsterdam.

—Mark, tengo algo que contarte antes de que me vaya.

—Cuando usas esa frase no suena a nada bueno —contesta Mark.

—Lo sé, pero quiero que estés al tanto de todo. En breve, aún no tengo fecha, me marcho un mes a hacer un curso del cuidado animal en el postoperatorio a Ámsterdam, a un piso con estudiantes.

—¿Es obligatorio, Sofía?

—Sí, es para formarme en nuevas técnicas de cura, para mi puesto de trabajo.

—Si tienes que ir yo no soy nadie para decirte nada, pero no me gusta —contesta.

—¿No confías en mí? —pregunto.

—No es eso, Sofía, no quiero tener una relación a distancia, quiero que estemos juntos.

—Ahora mismo eso no es posible, al menos hasta que mi trabajo sea más estable, para mudarme aquí necesitaría encontrar algo igual a lo que tengo y no puedo pedirte que dejes tu vida para venirte a la mía.

—Esa decisión la tomo yo.

—No, es mi vida también y ahora lo que me pides no es posible, ya estaba hablado.

—No estaba hablado, solo hablaste tú y ni eso, me dejaste una carta, yo no he opinado hasta ahora. Si va a ser así no veo claro lo nuestro, Sofía.

—¿Qué quieres decir con eso, Mark? —pregunto con tono de preocupación.

—Que si lo nuestro no se formaliza y vamos a tener una relación a distancia, viajando... no voy a poder soportarlo.

—Pero Mark...—Lo siento, Sofía, pensé que después de Halloween y este último mes, las cosas habían cambiado, pero veo que no.

—Cambiarán, Mark, solo te pido tiempo.

—Pues cuando hayas tomado una decisión, hablaremos. No olvides que te quiero demasiado y esto me duele muchísimo hacerlo, pero no puedo tener la relación que quieres. Adiós, Sofía.

—Mark...Me deja con la palabra en la boca, da media vuelta y lo veo alejarse. Se monta en el coche, arranca y se va.

Mi tiempo acaba de pararse. No sé qué hacer.

¿Lo quiero tanto como para cambiar de vida?

Un mes después

No nos hemos vuelto a ver. Ya hace un mes que pasó todo. Un mes desde la boda de Matilda, un mes sin él. No hemos vuelto hablar. Le pedí a Matilda que, por favor, no me mantuviera informada, no quiero sufrir, él había tomado esa decisión, él había decidido apartarme de su vida por completo y, me gustara o no, tenía que aceptarlo. No lo entendía, pero poco más quedaba por hablar. No lo llevo bien, le echo de menos y siento que cada día más. Todo acabó casi antes de empezar. No nos dio tiempo ni siquiera a llamarnos novios.

Apenas publica nada en las redes sociales y ya no se pueden ver sus conexiones de WhatsApp, su foto de perfil es una imagen con una frase: «toca seguir». Sinceramente, no entiendo esta actitud, igualmente nos separa la distancia y Ámsterdam solo va a ser un mes y es por mi trabajo. Creo que realmente está molesto porque no quiero una convivencia de inmediato con él. No puedo ser egoísta, que deje su vida por mí o yo dejar la mía por él, sin apenas haber intentado nada, ¿y si no funciona? ¿Y si la compatibilidad pasa a ser nula? Renunciar a todo por alguien es arriesgado, con tan poca información el uno del otro. Esto es inmaduro por su parte. En fin, la vida sigue y tengo varios planes entre manos, no puedo permitirme parar el tiempo, estoy donde quiero estar, mañana ya se verá. He trabajado mucho para conseguir este puesto de trabajo, acabo de empezar y tengo que probar, necesito sentirme válida, tengo que organizar mi vida, mi mente, mis sentimientos, solo así podré darme cuenta de qué es realmente lo que quiero, seguir en Barcelona o trasladarme a Londres.

Mi jefa ha abierto dos clínicas más. La de Ámsterdam es la que más tiempo lleva, por eso voy a formarme allí. En Londres hay otra que está en proceso de apertura. Llegado el momento podría plantearme un traslado, tengo la mente más allí que aquí, no sería la mejor noticia para Papá, pero no llueve a gusto de todos. Tengo treinta años y ya es hora de poner el huevo en alguna parte y estabilizarme. Según he oído la apertura está prevista para abril, así que tengo tiempo suficiente para ir a Ámsterdam, formarme, poner en práctica mis conocimientos aquí y tomar una decisión.

Samanta está al tanto de la posibilidad de irme allí, soy la primera en la lista. Coincidiría con el nacimiento de Olivia y estaría más cerca de Mamá, que sigue delicada de salud.

Todo esto facilitaría mi relación con Mark, él no conoce esta posibilidad, solo Matilda está al tanto de todo. No he querido darles falsas esperanzas por si finalmente no fuera posible.

Pero realmente, estoy deseando estar con ellos. Este verano ha cambiado mi vida.

Mamá, Matilda, Papá y Oliver

La salud de Mamá sigue estando delicada. Los médicos no son capaces de encontrar nada, le han hecho varias pruebas y no acaban de ponerse de acuerdo y ella cada día está peor, si no encuentran algo rápido. La convenceré para buscar otra opinión, no puede seguir así y mi hermano y yo estamos sufriendo desde aquí, está perdiendo fuerzas y eso está haciendo que no pueda trabajar todo lo que ella trabajaba, el negocio es suyo y está sola, no puede permitirse no abrir, tiene clientes fieles. Matilda se está encargado de los pedidos hasta que Mamá esté un poco mejor, pero ella no puede estar tantas horas de pie, así que acumula los pedidos del día anterior y los saca a primera hora del día siguiente, luego se vuelve a descansar, Olivia le está dando un embarazo un tanto pesado. Mi hermano viajará en breve. Tiene dos semanas de vacaciones y ha decidido poner de su parte e ir a ayudarla y ver qué está pasando. Me mantendrá informada mientras yo estoy fuera. Menos mal que por una vez decide colaborar, hace mucho que no se ven y ella ahora lo necesita. Está Peter, pero en momentos así necesitas a la familia.

Peter me llama cada dos días para explicarme su evolución y qué van diciendo los médicos, gracias a dios que lo tiene a él en estos momentos.

Matilda está fabulosa, mes a mes está más guapa y el bebé crece y crece sin parar. Ha cogido poco peso, mejor, menos tendrá luego para quitarse. Sigue pensando si dará o no el pecho, en fin, es una decisión casi de última hora, no hay prisa, aún le quedan unos tres meses, más o menos. Me graba el audio del latido del corazoncito para que yo también, de alguna manera, pueda vivir esto con ella, y tengo que reconocer que es un sonido mágico. Qué ganas tengo de tenerla entre mis brazos.

Oliver sigue su relación con aquella chica, pero he de reconocer que de vez en cuando nos mensajamos. Ninguno olvida lo vivido... y, aunque respeto su relación, no sé yo si él lo tiene muy claro. Es buena chica. Es modelo de catálogo de lencería, se llama Chloe, tiene veinte ocho años, es ordenada, un tanto meticulosa con el orden... pero tiene algo a lo que él no acaba de acostumbrarse: que le organicen el día a día, que lo controlen a cada momento, no creo que esté preparado para esa responsabilidad, no está preparado para tener una relación estable.

Papá y Cruella —sí, volvemos a llamarla así, este mes se lo ha vuelto a ganar— están bien, siguen con su vida rutinaria. Bueno, ella está un tanto tonta por sus cosas de siempre... pero he aprendido a no escucharla o acabaré tan histérica como ella.

Ámsterdam

El viaje se ha adelantado, finalmente no será en marzo, como estaba previsto, me voy en febrero. Estos días previos al viaje he estado hablando con los que serán mis compañeros de piso: Aitor y Claudia. Ellos son de Sevilla y Granada, están en Ámsterdam estudiando y trabajando. Me ayudarán en lo que puedan. Aitor tiene 32 años y es sevillano, es muy salado y muy simpático, cada vez que habló con él es un *show*, tiene el «mi alma» en la boca todo el rato. En una conversación de cinco minutos es capaz de repetírmelo quince veces y yo no puedo evitar reírme con tanto desparpajo. No es nada tímido, lleva dos años en Ámsterdam y, por lo que parece, no tiene muchas intenciones de volver. Viene de una familia muy bien acomodada, parece ser que su padre se dedica al mundo de la moda y su madre es diseñadora de complementos. Él está estudiando diseño, todo se hereda. Físicamente no sé cómo es, no hemos intercambiado fotos, puede que tenga el pelo a mechas rubias, horroroso, o quizá lo lleve rosa o lila, como mucha gente ahora, parece que es la nueva moda. No sé si tiene pareja, si le va bien la carrera, si es un cabra loca... pero pronto lo descubriré. Claudia es una chica muy dulce, respetuosa y educada, o por lo menos eso es lo que me demuestra en nuestras conversaciones. A ella sí la he visto físicamente en su foto de perfil de WhatsApp. Es una chica muy guapa, algo rellenita y con una melena ondulada por encima de los hombros. Tiene 31 años, así que estupendo, somos los tres de la misma quinta, treinta, treinta y uno y treinta y dos. Hemos hecho muy buenas migas, no parece conocer a mucha gente allí, ella solo lleva un año y estudia Psicología infantil. Tiene novio en Granada y no parece llevar muy bien tanta distancia, no confía mucho en él, ya que no

sería la primera vez que le tenga que perdonarle un desliz. Solo se han visto en dos ocasiones en un año.

No conozco el idioma, aunque con el inglés no creo que tenga problemas. He estado mirando gimnasios para el tiempo libre que tenga, me ayudará a estar en forma y me entretendrá. En definitiva, solo es un mes.

El aeropuerto de Barcelona está prácticamente desierto. Se nota que no es temporada de muchas vacaciones, los que viajamos seguro que lo hacemos por motivos laborales. Estoy tranquila, no tengo ningún objetivo en este viaje. No es por placer, por lo tanto intentaré aprender lo máximo posible.

Me recoge Claudia en el aeropuerto de Ámsterdam. Aitor tiene clases, qué gracia me ha hecho verla con el cartelito: «Sofía de Barcelona». Qué chica tan maja, me acerco a ella y la abrazo como si la conociera de toda la vida, ella responde igual.

—Qué alegría verte por fin, Sofía.

—Igualmente, Claudia, qué ganas tenía de estar aquí.

—Tengo el coche fuera, estamos a tan solo diez minutos del piso.

—¡Estupendo!

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias, tranquilo.

Es un día de lluvia. No me gustan nada, son días *corta rollos*, no sabes qué hacer, dónde ir... y si encima no conoces la ciudad es peor todavía. El día de hoy lo dedicaré a instalarme, mañana empieza el curso, el horario es de nueve de la mañana a seis de la tarde: nueve horas intensas, pero productivas.

El gimnasio no será posible. No me quedan muchas más horas, y aquí también se cena antes, así que dedicaré el tiempo a leer y a conocer la ciudad, si Claudia y Aitor están disponibles.

—¡Hola, *mi arma!* —se escucha.

—Hola, Aitor, qué ganas tenía de conocerte.

—Ni te imaginas las que tenía yo.

Me abraza, dejándome la cara metida en su axila y, por si fuera poco, aprieta con fuerza hacia él, menos mal que huele bien. Es un chico muy alto, metro noventa, por lo menos, moreno y muy delgado, habla moviendo todo el cuerpo, parece que cada palabra que sale de su boca sea un movimiento de baile.

No creo que vaya a poder quitarme la sonrisa de la cara durante todo este mes con alguien así al lado, cuánta alegría transmite.

—Bueno, ¿dónde vamos a cenar? —dice Aitor.

—Podríamos llevarla a la nueva pizzería de la esquina —responde Claudia.

—¿Qué dices, Sofía? ¿Te gusta la pizza?

—Me encanta la pizza —respondo.

—Pues ya está todo dicho, nos vamos —comenta Aitor. Cojo la chaqueta, el paraguas, el bolso y en marcha.

La pizzería está en la misma calle, justo en la esquina. La han abierto hace una semana, según me cuentan Claudia y Aitor, y he sido la excusa perfecta para ir a ver qué gusto tienen las pizzas.

No tiene nada que ver con la hamburguesería de Peter, cálida y acogedora.

La pizzería es enorme, mucha luz, mucho color en las paredes, pintada la bandera de Italia y de Holanda, entre mesa y mesa apenas caben mis piernas, estoy restregando el culo por las pizzas de todos los comensales. Es algo incómodo, nos sientan en la planta superior, desde ella podemos ver a todos los de abajo, si nos sentarán aquí con un niño pequeño, los de abajo se irían a casa con *mozzarella* en el pelo, seguro. Demasiada gente para mi gusto, todo el mundo hablando a la vez, tenemos que chillar entre nosotros para escucharnos. Espero que las pizzas compensen porque lo que es el lugar parece un gallinero.

—Hola, soy Marco y voy a ser vuestro camarero esta noche.

—Hola, Marco ¿me pones una cola zero, por favor, y una pizza de la casa?
—pide Claudia.

—A mí me pones una fanta de naranja y una pizza hawaiana. —dice Aitor.

—Pues yo me uno a la cola zero y una pizza cuatro estaciones.

—Oído cocina, enseguida os traigo las bebidas.

—Gracias, Marco —decimos de forma unánime.

—Madre mía, al final este sitio va a valer la pena, qué culito tiene Marco

—dice Aitor.

Se me acaba de quedar cara de boba. Aitor es gay y ¿no me había dado cuenta en este tiempo? Joder, qué pava soy.

Menos mal que mi corazón pertenece a Mark porque si hubiera intentado algo con Aitor el ridículo sería doble. Ahora entiendo algunas frases tuyas, qué lenta he sido. Y encima le pregunté si tenía novia, el muy mamón se ha estado riendo de mí seguro.

—¿Qué pasa, Sofía? Se te ha quedado cara de tonta —dice Aitor.

—Ya te vale, te has estado riendo de mí estas semanas.

—No, no, para nada, me he estado riendo contigo, quería verte la cara cuando lo descubrieras.

—Pues ya has visto qué pava soy.

Nos traen las bebidas junto con las pizzas, qué rápidos son, se agradece.

—Pero qué rica está —comenta Claudia.

—Sí, tienes razón, está muy buena —contesto.

—Para chuparse los dedos, *mi arma*. Ya estamos de vuelta en el piso.

—Ha sido una velada muy divertida, chicos, gracias por este recibimiento.

—Anda, anda, no digas tonterías, ya eres nuestra —dice Aitor.

—Eso ha sonado raro, vas hacer que duerma con un ojo abierto —bromea Claudia.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Entro en el que va a ser mi cuarto los próximos 28 días. Es bastante amplio, tiene cuarto de baño para mí sola, cama de matrimonio, un amplio ventanal

con un cactus en la ventana. Ya me lo habían dicho, en cada ventana hay uno para que absorba las energías de los ordenadores... No molesta y queda bonito.

Coloco la ropa en el armario, es blanco con dos puertas correderas y un espejo de punta a punta; los espejos hacen las habitaciones más amplias.

Con el tiempo inestable que hace aquí, el calzado lo dejo mejor dentro. Coloco el neceser en el baño, es muy completo, tiene una bañera estupenda para después de tantas horas de trabajo. Hay velas aromáticas por todos los rincones.

Y un calendario en la pared con los exámenes de cada uno. Una norma estricta: cuando alguno tiene exámenes están prohibidas las visitas y las fiestas. Y por lo que veo tienen un mes lleno de exámenes. Qué pena porque eso significa que poco tiempo voy a poder pasar con ellos.

Me pongo el pijama y me meto en la cama, parece cómoda.

Primer día de formación

Son las siete de la mañana cuando me sobresalto por la alarma del móvil, es hora de levantarse. He dormido de lujo, me levanto, entro en el cuarto de baño, me ducho, me visto y salgo a desayunar algo. No he tenido tiempo de comprarme nada, así que de camino a la clínica me paro a desayunar en el bar más pequeñito y rústico que me encuentro. Necesito sentirme en Londres, cada día siento más la necesidad de estar ahí.

Me siento en la terraza, me pido un zumo de naranja y una tostada con mermelada, cojo el móvil y llamo a Mamá. Por su última conexión veo que ya está levantada.

—Hola, hija ¿qué tal en Ámsterdam?

—Hola, Mamá, bien, estoy desayunando antes de entrar a la clínica, ¿cómo estás?

—Sigo igual, Sofía, no consiguen encontrar nada. Tu hermano y Peter se reúnen hoy con los médicos para ver cómo proceder, hay días que estoy bien, otros que no puedo ni levantarme

—Jo, Mamá, cómo me gustaría poder estar ahí cuidándote.

—No, hija, estás donde debes estar. A mí me están cuidando muy bien y cuando den con lo que me pasa, me pondrán en tratamiento y pronto estaré bien.

—Espero que sea pronto, Mamá.

—Yo también lo espero, hija. Bueno, que vaya bien el primer día, ya me contarás.

—Sí, Mamá, gracias, te quiero.

Qué mal cuerpo me deja Mamá cada vez que hablo con ella. Qué impotencia no poder ayudarla.

Me termino el desayuno y me dirijo hacia la clínica. Llego diez minutos antes para poder situarme. Para mi sorpresa me recibe Samanta, quiere hablar conmigo antes de empezar.

—Hola, Sofía.

—Hola, Samanta, qué grata sorpresa, no te esperaba aquí.

—Necesito hablar contigo lo antes posible.

—¿Ocurre algo? —pregunto preocupada.

—Como ya sabes, estoy con lo de la clínica de Londres y necesito a una responsable allí. Por tu experiencia, como te he visto trabajar este mes en Barcelona, y por cómo te preocupas por los animales, quiero ofrecerte el puesto a ti.

—Sí.

No lo dudo ni un segundo, le digo que sí, sin pensarlo, sin hablarlo con nadie. Acepto el puesto con los ojos cerrados.

—Estupendo, Sofía. No terminarás el mes, harás formación esta semana y la que viene viajarás a Londres para llevar las riendas de la obra y meterles caña. Lógicamente te haré llegar el contrato nuevo con las condiciones nuevas.

—Estupendo. Gracias, Samanta, por confiar en mí.

—Gracias a ti por el trabajo que haces.

¡Guau! Estoy flipando, menuda sorpresa se van a llevar, no pienso avisarles, esta vez ni a Mati. La sorpresa va a ser enorme para todos.

En Londres, ¡sorpresa!

Cuando llego a casa de Mamá no hay nadie. Me dirijo a la floristería y está cerrada, no me queda más remedio que llamar a mi hermano.

—Hola, hermana ¿qué tal va por Ámsterdam?

—Hola, hermano, ¿dónde estás?

—En casa de Mamá, ¿por qué?

—Acabo de estar en casa de Mamá y en la floristería y no estáis, ¿dónde estáis? —pregunto nerviosa.

—Espérame en la puerta de casa, voy a buscarte, tardo diez minutos. Es evidente que algo pasa y me lo han estado ocultando

En diez minutos llega mi hermano, entro en el coche bastante intranquila.

—¿Dónde está Mamá? —pregunto.

—Mamá sufre una parálisis, está ingresada —contesta Pablo.

—¿Pero qué dices, Pablo? ¿Por qué yo no sé nada?

—Mamá nos ha prohibido contarte nada para no preocuparte, pero no te esperábamos por aquí.

—Hay que joderse, hermano, ocultarme algo así. ¿Qué dicen los médicos?

—En una hora tienen los resultados.

—Llévame al hospital con Mamá.

Cuando llegamos a la habitación de Mamá, Peter estaba sentado en la butaca y Mamá dormida. Da un salto cuando me ve.

—Sofía... tú... por aquí... —balbucea.

—Sí, Peter, yo por aquí. Lo que iba a ser una sorpresa para vosotros se ha convertido en una sorpresa para mí, gracias a ti también por ocultármelo. Menos mal que pinocho no es real...

—Yo...

—Tranquilo, lo sé, Mamá os dijo que no me preocuparais, si lo sé —
contesto con tono irónico.

Me siento en los pies de la camilla, impaciente por que Mamá despierte y poder así abrazarla.

De repente, el médico nos reclama, Mamá sigue durmiendo y salimos fuera a hablar con él, tiene los resultados.

—Hola, soy Max, el médico de Cintia —me saluda estrechándome la mano.

—Soy Sofía, su hija, encantada.

—Bien, ya tengo los resultados, después de muchas pruebas y muchas incógnitas sobre su estado, os tengo que decir que vuestra madre sufre un estado de estrés grave. Esto no significa que corra peligro, simplemente que necesita descansar y desconectar, realizaremos un tratamiento durante seis meses e iremos viendo cómo evoluciona.

—¿Estrés? —pregunto sorprendida.

—Así es, estrés.

—Muchas gracias, doctor, cuando se despierte le avisamos —contesta Peter. Respiro aliviada. Mamá no tiene ninguna enfermedad, Mamá tiene estrés, gracias a dios.

Hora y media después, Mamá se despierta, no me he movido de sus pies, no he dejado de observarla.

—Estrés, Mamá, estrés, eso es lo que tienes —digo sonriendo.

—¿Sofía? ¿Estrés? ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo que estrés? —pregunta desorientada.

—Mamá, he vuelto a Londres para quedarme, me han trasladado aquí, en la clínica de detrás de casa, voy a estar cerca de ti.

—¡Oh! Sofía, cariño, qué fabulosa noticia, qué feliz me hace oír eso, ¿de verdad, hija, que te quedas cerca de mí?

—De verdad, Mamá.

—Qué alegría me das, y ahora ¿qué es eso de estrés?

—Ya tienen los resultados de todas las pruebas que te han hecho y el resultado es que tienes estrés grave. Debes descansar y desconectar, cariño

—dice Peter.

—Entonces, ¿no tengo nada más? —pregunta asombrada.

—No, Mamá, nada más —confirma Pablo.

—Hoy es el día de las buenas noticias, entonces ¿podemos irnos a casa?

—Tranquila, Mamá, primero tiene que venir el médico e indicarnos cómo proceder para tu recuperación.

—Vale.

Por lo visto, Mamá pasará un par de días más en el hospital para ayudar a su recuperación, luego tendrá un largo proceso en casa. Por las mañanas estaré en la clínica y por las tardes en la floristería de Mamá, hasta que ella se recupere. Ya hemos acordado que cuando Matilda esté lista empezará a trabajar en la tienda con Mamá, a tiempo parcial, ella necesita trabajo y Mamá ayuda; es la mejor decisión, así también tiene el resto de día para estar con su niña.

—Toma, hija, las llaves de casa.

—Gracias, Mamá, mañana he quedado con una inmobiliaria para ir a ver un piso.

—¿Un piso? Y ¿por qué no te quedas conmigo?

—Porque no, Mamá, tú tienes tu vida y yo tengo que hacer la mía, pero tranquila que me tendrás a dos calles.

—Te entiendo.

—Mañana, después del trabajo, vengo a verte, descansa. Te quiero, Mamá.

—Y yo, hija. ¿Has hablado con Mark?

Salgo de la habitación como si no hubiera escuchado esa última pregunta. Sé que saben que anda con una chica, pero no sé si saben que lo sé. En fin, no

es un tema que quiera tocar hoy, ya me encargaré de eso en otro momento.

Regreso a casa de Mamá con Pablo, ha sido un día muy largo para todos.

Mark

Mark se entera de que estoy allí por Peter, pero no se pone en contacto conmigo.

Sé que anda con una chica desde hace un par de meses. Es lo único que Matilda se adelantó a contarme.

Después de trabajar, y para despejarme un rato antes de ir a la floristería, me monto en London Eye, la noria de Londres, con mi *tupper* de ensalada de pasta.

Es un sitio que me transporta, que me hace recordar buenos momentos, los vividos sobre todo con él, con Mark.

Maldita casualidad. Ahí están los dos tortolitos, en la cabina de al lado, Mark y su chica. Él no deja de mirarme, se le nota nervioso, noto que empieza a sudar. Conforme la noria se mueve, me va perdiendo de vista, yo, sin moverme, no le quito la mirada de encima. Cuando llegamos abajo está esperando unos metros más allá, no sé si para saludarme o para qué. Solo sé que salgo sin mirarle, sin mirarles, no quiero ver eso, no me agrada verle con alguien que no sea yo, le quiero y no busco sufrir por nada, así que me dirijo hacia el puente de Londres, donde algo ha ocurrido, está el paso y el tráfico cerrado, no nos dejan pasar; no me queda más remedio que esperar, noto una ligera brisa en mi nuca, es él, está todo lo cerca que la avalancha le deja estar de mí, ella ni se imagina quién soy porque no parece inmutarse, me roza la mano con sus dedos y entre sirenas y voces me susurra al oído: «*I need you*».

Un escalofrío corre por mi cuerpo, deseo girarme y besarle, pero no es lo correcto. No me muevo, no le miro, apenas respiro, ¿a qué venía esto?

¿No tiene novia?

Una vez reabierto el puente, me dirijo a casa de Mati, tengo una hora hasta que abra la tienda y me muero de ganas de verla y de contarle lo que acaba de pasar. Ahora sí quiero información de Mark. Tiene que ser mío, yo también le necesito.

Matilda, como de costumbre, abre la puerta sin preguntar, cuando me ve empieza a chillar de alegría con su enorme barriga y unas pintas de «hola, amiga mía, sí, me acabo de levantar».

—Sofiiii, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has avisado?

—¡Sorpresa!

—Y tan gorda la sorpresa —dice.

—No, guapa, gorda tú, menudo barrigón tienes, ¿seguro que solo va una? —pregunto simpática.

—Sí, hija, sí, solo va una, pero me tiene agotada el embarazo, no quiero más que dormir y comer.

—Acabo de ver a Mark, y ahora sí necesito saber todo lo que sepas.

—¿Todo? Esta noche te vienes a cenar y te pongo al día, en una hora no nos da tiempo.

—De acuerdo, cuando salga de la tienda iré a ver a Mamá y después me vengo para tu casa.

—Vale Sofi, aquí estaré, dale un beso a tu madre de mi parte, cuando esté en casa iré a verla.

—Se lo doy, luego te veo.

Salgo de casa de Matilda, me dirijo a la floristería de Mamá. Hoy Pablo estará conmigo arrimando el hombro, faltaría más... Cuando llego, las persianas ya están arriba, Pablo lleva el delantal de Mamá y está muy gracioso, está preparando el primero de los encargos para mañana.

—No sabía que se te diera tan bien, hermanito

—Ni yo, ¿habré encontrado mi vocación? —pregunta gracioso.

—Todo se hereda, ¿no?

—Eso parece.

La verdad es que le está quedando precioso el ramo de novia de Stephanie, ese es el nombre que pone en la libreta de encargos, un buqué blanco maravilloso, parece delicado, con un cordón en forma de lazo sujetándolo, qué buen gusto tiene mi querido hermanito.

Me pongo yo con la cesta variada de Alessia, *qué nombre tan bonito*, pienso. Quiere una cesta de margaritas blancas y amarillas, qué buen gusto.

Son las siete, todos los encargos ya han sido entregados, Pablo ha recogido todo y ha quedado la tienda impecable.

—Pablo, voy a ver a Mamá, ¿vienes?

—Ve tirando, ahora iré yo.

Cojo el metro hasta el hospital, llego a la habitación de Mamá, está sola, tiene mejor cara que ayer, qué bien.

—Hola, Mamá, qué buena cara tienes hoy.

—Otra que me dice lo mismo, debe de ser el tratamiento, que ya lo he empezado.

—¿Otra?

—Sí, las enfermeras —contesta Mamá algo confusa.

Miro a mi derecha y encima del armario esta la cesta de margaritas blancas y amarillas que yo había preparado esa misma tarde.

¡Mierda! Alessia, es ella sin duda, la novia de Mark.

—¿Dónde están? —pregunto seria.

—Acaban de irse, pero hija, no la mira cómo te miraba a ti. Cuando Alessia ha salido de la habitación para ir a sacar algo de la máquina de refrescos, Mark me ha preguntado por ti. Yo creo que aún te quiere, Sofía.

—Mamá, eso es cosa mía, tú no pienses en esto, que tienes que ponerte bien. Ceno en casa de Matilda, mañana haré como hoy, cuando salga de la tienda vengo, ¿te traigo algo?

—Sí, por favor, tráeme ropa para salir del hospital pasado mañana.

—Vale, Mamá.

La abrazo, le doy un beso y salgo de la habitación. Mientras recorro los pasillos del hospital y después en el ascensor, no paro de darle vueltas a lo que Mamá me acaba de decir.

No la miraba como a mí y cree que aún me quiere.

Confesiones

—Hola, nenita, ¿cómo está tu madre?

—Hoy tenía muy buen color, saber que no tiene ninguna enfermedad la ha hecho recomponerse. Eso y el tratamiento, que ya lo ha empezado.

—Cuánto me alegro. He preparado el famoso pastel de atún de tu amiga. Como sé que te encanta, lo he preparado, hoy George no vendrá hasta tarde, así que tenemos todo el tiempo para nosotras.

—Genial, porque quiero que me cuentes todo lo que sepas.

Le cuento lo ocurrido en la noria ayer y lo de la cesta de margaritas de hoy. No le sorprende lo que Mamá me ha dicho sobre Mark

—Siéntate, Sofi, te voy a contar por qué no me sorprende. Mark conoció a Alessia en una discoteca. No lo estaba pasando nada bien por lo vuestro y encima le jodió, y mucho, que aceptaras sus peticiones de no querer saber nada más el uno del otro, así que se lió con ella por despecho, pero como ha seguido necesitándote, porque esta enamorado de ti, ha suplido tu ausencia con ella, pero es cierto que a quien quiere es a ti.

—¿Han estado aquí? —pregunto seria.

—¿Estás loca? Cómo voy a permitir que ella entre aquí, eres mi mejor amiga, no se me ocurriría jamás en la vida.

—Me tranquiliza saber que no todo es tan complicado como pensaba, tengo que hablar con él.

—Será lo mejor —responde Matilda.

Tema Mark cerrado. Ya sé lo que necesitaba saber, ahora he de buscar una estrategia para poder verle «por casualidad».

El resto de la noche nos centramos en ella y Olivia, en encontrar la habitación más dulce y bonita. El sofá está lleno de catálogos y revistas de bebés, madre mía, cuántas cosas necesitan.

Creo que va a ser la niña mimada de todos.

Hoy tengo que ir a la clínica a las doce, a supervisar si ha llegado el material solicitado por Samanta, así que para intentar cruzarme con Mark, me voy hacer ejercicio a Hyde Park. Sé que va de vez en cuando a correr por allí y me consta que solo. Primero me paso a ver el piso con la inmobiliaria. Es perfecto para mí, tiene dos habitaciones, un cuarto de baño completo, una cocina muy coqueta y una gran terraza, todo reformado de este mismo año.

Después de una hora haciendo ejercicio y de otra fingiendo hacerlo, no lo he visto. Vuelvo a casa, me ducho y me voy a la clínica. Hoy hace el turno mi hermano en la floristería, así que pasaré la tarde con Mamá en el hospital.

Hoy Peter no puede quedarse hasta tarde porque tiene que abrir la hamburguesería y no creo que haya nadie mejor preparado que él para mantener ese lugar tan especial.

En el parking del hospital, oigo una tenue voz diciendo mi nombre, me giro, y ahí está él, tan guapo como siempre, con el pelo más corto que la última vez que lo vi. Lleva unos vaqueros azul oscuro y una camiseta de manga larga fina con la imagen de los vengadores. Me mira asustado, no sabe cómo voy a reaccionar, lo veo indefenso, tímido. No me lo pienso dos veces y corro a sus brazos. Como era de esperar, me rodea con sus brazos y esconde su cara entre mi melena, qué ganas tenía de sentirte, lo noto pegado a mí.

—¿Qué haces en Londres, Sofía? —pregunta sin soltarme.

—Me quedo, Mark. Esta mañana, antes de ir al parque a hacer ejercicio, fui a ver un piso y ya lo he apalabrado: en dos días firmamos el contrato y me dan las llaves.

—¿En serio? ¿Para siempre?

—Espero que sí —digo tras una carcajada.

En ese momento, y sin que me diera tiempo a reaccionar, sus labios se unen a los míos. No lo puedo rechazar, llevo casi tres meses soñando con su boca, con su suave lengua, con sus apasionados besos, pero tengo que ser realista: tiene novia y, aunque no la quiera, las cosas hay que hacerlas bien.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te apartas? —pregunta Mark.

—Tienes novia, Mark, esto no está bien.

—Pero yo te quiero a ti.

—Vale, pero primero tienes que hablar con ella, no quiero hacer mal las cosas.

—Te prometo que hoy hablo con ella, ¿vienes a cenar a mi casa esta noche? —pregunta entusiasmado.

—Sí, iré, siempre y cuando hayas solucionado tus cosas con Alessia.

—Está bien, a las ocho en mi casa.

Se acerca a mí y, sujetándome suavemente de la nuca, me acerca hacia él y me da un delicado beso lleno de pasión. Una vez más no lo rechazo, no puedo, quiero más.

Mamá está mucho mejor y deseando llegar a casa. La he dejado cenando la comida insípida del hospital. Mañana por la mañana le dan el alta, irá Pablo a por ella mientras yo trabajo.

De camino a casa de Mark, me cruzo con Sharon en un semáforo, no puedo evitar reírme al recordar el numerito que montó la tía en medio de la calle, pero qué *choni* es. Sigo la calle hasta llegar a la estación de metro, vive a tres paradas, pero no me apetece ir a pie.

En poco más de diez minutos, ya estoy en su portal, estoy un poco nerviosa, aunque tengo claro qué es lo que quiero.

Y en este momento lo quiero a él.

Agradecimientos

A mis padres y a mi hermano, por confiar siempre en mí

A mis suegros, por tanto apoyo.

A mi marido, mi compañero y mayor crítico. A mi hijo, el amor de mi vida.

A mi entorno más cercano y familia, que esperaban impacientes.

A mi Ita Marta, por todo.

Y a todos los que leáis este libro.

¡Mil gracias por esta oportunidad!